

Tedium Vitae

Revista de libros de Guadalajara

Otoño 2007 / Número 05

\$40.00

Viajeros en el Islam

ALGIS VALIUNAS

El negocio de la contracultura

JOSEPH HEATH Y ANDREW POTTER

El desastre de la guerra contra las drogas

MARK A.R. KLEIMAN

George Santayana, el americano accidental

RAMÓN DEL CASTILLO

¿Qué fue Jesús?

E. P. SANDERS



Tedium Vitae

Revista de libros de Guadalajara

Otoño 2007 / Número 05

Sumario

George Santayana: el americano accidental RAMÓN DEL CASTILLO.	3
Borges y Bioy, los imperdonables ALBERTO GARCÍA RUVALCABA	5
Juan López, magister ludi GUILLERMO GARCÍA OROPEZA	9
Ambrose Bierce, la moral del parricidio PEDRO TRUJILLO.	12
Mercados y ciudades FRANCISCO J. NÚÑEZ DE LA PEÑA	14
Viajeros en el Islam. Tocqueville, Twain, Chateaubriand, Lawrence, Lane, Doughty, Burton ALGIS VALIUNAS.	16
¿Qué fue Jesús? E. P. SANDERS	21
El negocio de la contracultura JOSEPH HEATH Y ANDREW POTTER	24
El desastre de la guerra contra las drogas MARK A. R. KLEIMAN.	27
Cuando los ángeles se dibujan sobre las serpientes. Don Vasco de Quiroga y la ciencia aplicada en la Nueva España JAIME LUBÍN.	33
Oxímoron: el filo de lo chato RENÉ GONZÁLEZ.	35
Trivias	36
Entrevista con Karmelo Iribarren POR SERGIO ORTIZ	38
Poemas de Karmelo Iribarren	39
Novedades editoriales	40
Divertimento	42

Sobre esta entrega

El lector tiene en sus manos el número de otoño de TEDIUM VITAE, REVISTA DE LIBROS DE GUADALAJARA, ahora publicada trimestralmente. Como es habitual, encontrará en ella textos de diversa calaña. Quizás alguno lo haga pasar unos minutos alejado de esta tierra demasiado terrestre. No aspira a otra cosa el acto íntimo de la lectura por lo demás. Creo que no rechazaría esta tesis **George Santayana**, a juzgar por la reseña que de dos de sus libros hace aquí **RAMÓN DEL CASTILLO**, titulada **EL AMERICANO ACCIDENTAL**. • Incluimos también un ensayo aparecido originalmente en la influyente revista *The American Interest*, cuya oportunidad es inobjetable. Se trata del escrito por el especialista en políticas públicas de la UCLA **MARK A.R. KLEIMAN**, que nosotros titulamos **EL DESASTRE DE LA GUERRA CONTRA LAS DROGAS**, pero que en el original hacía eco a los Siete Enanos: "Dopey, Boozy, Smoky — and Stupid", algo así como: *Pasado, Tomado, Fumado — y Estúpido*. Se trata de un diagnóstico de la insensatez de las políticas prohibitivas que nos tienen en "guerra contra las drogas", y que no han hecho más que agregar a un problema de salud pública otro más grave aún de seguridad nacional. El lector no se arrepentirá de leer este lúcido ensayo. • El escritor norteamericano **ALGIS VALIUNAS** recorre la literatura de viajes al otro lado de la frontera occidental: Tocqueville, Twain, Chateaubriand, Lawrence, Lane, Doughty, Burton, y nos trae buenas cuentas en su ensayo **VIAJEROS EN EL ISLAM**. • Hicimos contacto con los *enfants terribles* y críticos de la contracultura, nada menos que Joseph Heath y Andrew Potter, autores del polémico libro *Rebelarse vende* (Taurus, 2005), que con desenfado y generosidad nos autorizaron a reproducir su ensayo **EL NEGOCIO DE LA CONTRACULTURA**, en el que responden a una pregunta simple: Si todos odiamos el consumismo, ¿cómo es que no podemos dejar de comprar? • **¿QUÉ FUE JESÚS?** Este es el sugestivo título de la reseña escrita por **E.P. SANDERS** —autoridad en el estudio de los Evangelios—, sobre el libro *Excavando a Jesús: Bajo las piedras, detrás de los textos*, de la autoría del ex sacerdote y profesor de estudios religiosos John Dominic Crossan y del arqueólogo Jonathan Reed. ¿Un profeta, un mago, un guía ético, un sabio, un reformador social, un visionario utópico, o alguna combinación de éstos? Júzguelo el lector. • El mayorista de poesía de TEDIUM VITAE, el arquitecto **SERGIO ORTIZ**, entrevista al poeta vasco **KARMELO IRIBARREN**, y nos comparte cuatro de sus poemas. • Otras cosas ocurren en este número de esta revista borrosa, que ofrecemos con humildad al juicio indulgente de nuestros pocos pero exquisitos lectores. •

Por último lo invitamos a suscribirse en línea a nuestra revista, y a colaborar —no perdemos la esperanza—, en sus páginas. www.tediumvitae.com

Director: Alberto García Ruvalcaba alberto.garcia@tediumvitae.com / **Editores:** Alberto García Ruvalcaba y Carlos Enrique Orozco Martínez / **Consejo de administración:** Neil Damy Novoa neil.damy@tediumvitae.com, Gustavo Huerta Ortega gustavo.huerta@tediumvitae.com, Carlos Enrique Orozco Martínez carloso.orozco@tediumvitae.com, Sergio Sandoval Romo sergio.sandoval@tediumvitae.com, Carlos Riggen Ramírez carlos.riggen@tediumvitae.com / **Coordinadora editorial:** Madú Díaz Muñoz madu.diaz@tediumvitae.com / **Relaciones públicas:** Josué Valencia García josue.valencia@tediumvitae.com / **Consejeros editoriales:** Francisco Ayala Varela, José María Cantú Garza, Fernando Carvajal, Neil Damy Novoa, Axel Gasquet, René González Aguilar, Alfonso Hernández Valdez, Gustavo Huerta Ortega, Carlos Landero Robles[†], Eduardo Mar de la Paz, Francisco J. Núñez de la Peña, Carlos Enrique Orozco Martínez, Sergio Ortiz Jiménez, Manuel Reguillo Cruz, Carlos Riggen Ramírez, Javier Ruiz de la Presa, Ernesto Sánchez Proal, Sergio Sandoval Romo, Jorge Tejeda González, Josué Valencia García, Guillermo Zepeda Lecuona. / **Cuidado de edición:** René González Aguilar. / **Asistentes editoriales:** Paola Mendoza González y María Antonieta Yépez Méndez. **Suscripciones, publicidad y contacto:** Paola Mendoza González paola.mendoza@tediumvitae.com / **Diseño original:** Crea Taller de Imagen. / **Diseño de este número:** Carlos H. León López (cleon65@prodigy.net.mx).

Sitio web: www.tediumvitae.com, Michael Boudey, Ocus Comunicación Visual / **Dirección electrónica:** revista@tediumvitae.com



En portada: *La vía extra* (Agosto 2000) del pintor Roberto Rébora, Guadalajara, 1963. **Fotografía:** Mónica Cárdenas.

Cualquier responsabilidad por el contenido de las colaboraciones y artículos publicados en esta revista corresponde a sus autores.

TEDIUM VITAE es una publicación de Revista de libros de Guadalajara, A.C., avenida Hidalgo 1769, Colonia Ladrón de Guevara, Zona Minerva, C.P. 44600, Guadalajara, México / Tel. (33) 38 18 00 44. Fax 38 18 00 21. Certificado de reserva de derechos al uso exclusivo 04-2007-012916565000-102. Todos los derechos reservados. Tiraje: 3,000 ejemplares. Impreso en papel ecológico por Printing Arts México, S. de R.L. de C.V., Calle 14 #2430, Zona Industrial, Guadalajara, Jalisco, México.

Si te interesa apoyar este proyecto editorial o recibir la revista en tu domicilio, por favor ponte en contacto con nosotros, envíanos tu nombre, ocupación y domicilio, a nuestra dirección electrónica revista@tediumvitae.com o suscríbete en línea www.tediumvitae.com

George Santayana, el americano accidental

RAMÓN DEL CASTILLO

Reproducido con autorización de la Revista de Libros de Madrid ©

Nacido como Jorge Agustín Nicolás Ruiz de Santayana en Madrid, este filósofo-poeta mejor conocido como George Santayana (1863-1952) vivió muchos años en los Estados Unidos y aprendió a vivir a contracorriente del voluntarismo exitoso del american way of life.

Ramón del Castillo nos invita en esta reseña de su autobiografía Personas y lugares, y de su "sistema" Escepticismo y fe animal, a contemplar la sonrisa desengañada de Santayana, a "subordinar la lógica a la intuición", a reivindicar el escepticismo como un método para liberarnos de la tragedia de la vida.

Libros reseñados:

George Santayana Personas y lugares.

Fragmentos de autobiografía

Trad. de Pedro García Martín

Trotta, Madrid.

600 págs.

George Santayana Escepticismo y fe animal.

Trad. de Raúl A Piérola y Marcos A.

Rosemberg

Losada, Madrid.

360 págs.

Sospecho que más de un filósofo profesional reaccionará como si nada ante la irónica obertura de *Escepticismo y fe animal* «He aquí un sistema más de filosofía. Si el lector siente la tentación de sonreír, puedo asegurarles que sonrío con él y que mi sistema difiere mucho de lo que usualmente se ajusta a ese nombre [...] simplemente estoy intentando expresar los principios a los que apela el lector cuándo sonrío» (la cursiva es mía). ¿Qué principios son éstos? Pues, según Santayana, convicciones del sentido común que pese a todas «las creencias de papagayo» que colocamos sobre ellas siguen ahí, rudas obstinadas, afanosas; mal expresadas, pero bien fundadas. En otras palabras: «cualquiera que sea la novedad que pueda tener mi versión de las cosas»—dice— «sólo pretendo evitar ocasiones de sofistería, dando forma más exacta y circunspecta a la creencias cotidianas».

Probablemente el «sistema» de Santayana atraiga justamente por eso, porque él mismo supo sonreír más que la mayoría de los filósofos, una sonrisa quizás un poco amarga, pero sonrisa después de todo. Otro depresivo crónico, Russell, uno de los pocos gigantes que se podría comparar con él, encontró en la ironía y el amor a las matemáticas, en el sarcasmo y la perfección lógica, una forma de felicidad. Santayana, por el contrario, reinventó la sonrisa estoica y buscó otro tipo de perfección: «Si yo fuera un matemático —dice— no dudaría en regalarme con un sistema eléctrico o logístico del universo expresado en símbolos algebraicos. Para bien o para mal soy un hombre ignorante, casi un poeta. Afortunadamente, las ciencias exactas y los libros de eruditos no son tan necesarios para establecer mi doctrina esencial porque descansa en la experiencia pública». Para empezar, ya nadie escribe como él —digámoslo claro—. Y es que Santayana siempre fue escritor por encima de filósofo,

fabulador antes que pensador. En realidad una cosa no tenía excluir la otra, pero dado el rumbo que siguió la prosa filosófica (ya fuera en manos de los positivistas o de los metafísicos, da igual) no es extraño que el sistema de Santayana ahora nos parezca más una pieza de imaginación que un resultado de la instrucción intelectual. Y tampoco es extraño que al mismo tiempo que se alaban sus dotes literarias, su idiosincrasia o su originalidad, se le acabe enlatando en los envases homologados de la exégesis filosófica. Santayana —como diría Harold Bloom— siempre parece adelantarse a sus comentaristas filosóficos, siempre abruma al intérprete que pretenda desentrañar la trama, encontrar la pieza clave. ¿Se puede sacar algo de Santayana sin caer ni en la abstracción filosófica ni en el historicismo mecánico?

El discípulo más díscolo de la filosofía americana siempre fue —como dijo Dewey— un cronista de la vida, un *moralista* en el sentido más polémico de la palabra y, sobre todo, un consumado maestro en el arte de subordinar la lógica a la intuición, el método a la expresión. Santayana fue —sentenciaba Dewey— un auténtico *utterer of aperçus*. Si Santayana huyó de todas las filosofías que lo rodeaban no fue por afán de instalar su propia franquicia, sino más bien por pura reacción. Los idealistas le entendían como una abstracción hipnótica, un juego de espejos interminable —como decía Borges—; los materialistas como una fábrica insomne (también con la imagen de Borges). Los pragmatistas, finalmente, como una energía moral, algo a medio camino entre una dinamo y una iluminación, entre la electricidad y la profecía. En aquel barullo, él prefería tomársela como un jardinero, como una forma de soportar esta vida y de disfrutar mientras dura. Eso sí, si uno se concentra en sus placeres privados —dijo en cierta ocasión— éstos pueden dar un valor intrínseco a los momentos fugaces de la vida, pero dejar a la propia vida sin forma ni final, como si fueran destellos sobre un pedazo de papel que se quema.

La estupenda y cuidada edición de su autobiografía que ahora nos brinda Trotta deja esto perfectamente

claro: ¿qué filósofo de su época podía convertir su vida en una crónica tan apasionante como la suya? En su magnífica introducción a *Personas y lugares*, Richard C. Lyon recuerda que Edmund Wilson comparó el ejercicio autobiográfico de Santayana al de Henry Adams (otro crítico impenitente de la «América» industrial y modernista) o incluso al extraño arte conmemorativo de Proust. Podría añadirse, quizás, el de otro americano accidental, el Nabokov de *Speak Memory*, creo. Pero, entre filósofos, ¿quién podía alcanzar semejante grado de elegancia? ¿Quién podía ocultarse bajo una prosa de perfección tan inquietante? Es obvio que cuando Russell también reinventó su vida no alcanzó, ni de lejos, la inventiva y la complejidad de Santayana. El atormentado británico trató de vendernos la historia de un rebelde, pero uno percibe perfectamente las contradicciones. Santayana, en cambio, parece el filósofo impenetrable: deslumbra tanto que uno ya no sabe qué pensar.

Con todo, el lector tampoco debería subestimar las cualidades fabulísticas de *Escepticismo y fe animal*, en esta, también, cuidada edición que Losada ha recuperado de su fondo. Lo que ya en 1905 Santayana había llamado «la vida de la razón» no era ninguna filosofía, sino —como él mismo dijo— una sabiduría vital o arte de vivir que, comprendiendo las condiciones de existencia del mundo material, pudiera de algún modo consolar al espíritu. Lo que casi veinte años después Santayana propuso en *Escepticismo y fe animal* no era algo muy diferente. El argumento es intrincado, pero el contexto y la moraleja son muy interesantes. En comparación con el mundo de la imaginación, de los ideales, de las esencias —como dice él—, la existencia siempre resulta ridícula, cómica. Los ideales no caen del cielo, brotan del mundo material y se apoyan en él, pero lo hacen de un modo fortuito, imperfecto, accidental, contingente. Si posee valor *moral*, la visión poética y filosófica parten de ese descubrimiento: la total irrelevancia de la existencia para la vida ideal, la constatación del abismo que separa la cruda realidad de la idea fulgurante.

Esto es una forma de escepticismo, un escepticismo que nos ayuda a librarnos de la tragedia, porque sólo hay tragedia si se alberga la falta ilusión de que las fuerzas materiales son propicias a la realización del ideal, sólo hay tragedia allí donde se piensa que la realidad y la imaginación están hechas la una para la otra.

El escepticismo feliz nos inmuniza contra la filosofía de la barbarie, entendiendo por ésta una metafísica de la acción como la que predicaron los profetas pragmatistas. Éstos afrontaban la vida con la firme convicción de que el ideal posee realización práctica; Santayana, en cambio, reivindicaba el gozo de su contemplación. ¿Platonismo irónico? Podría ser. La esencia —dice— es objeto supremo de la poesía, pero en realidad está al alcance de cualquier alma que aún conserve la capacidad de sonreírse. Incluso puede ser objeto del saber filosófico siempre y cuando las esencias se sigan considerando eso, espectros, sueños, ilusiones y no sustancias, ni causas últimas, ni modelos o arquetipos, ni entelequias a las que se otorgue una existencia de otro orden, superior. Los platónicos y los idealistas confundieron el asunto: lo único, lo verdaderamente existente es la materia. Punto. Las fuerzas y los condicionamientos materiales están ahí, porque somos animales, no ángeles. Surge, entonces, el otro lado de la fábula: en el mundo de la conciencia las esencias están a su aire, pero además de conciencia somos materia, o sea, cuerpos que tenemos que sobrevivir. Y como tales, siempre tenemos necesidad práctica de creer en cantidad de cosas que no podemos ver; nuestra vida, en resumen, depende de una confianza ciega, una fe bruta, animal, en la realización de esas cosas. Las esencias son lo que son y seguirán siendo lo que son, y no poseerán significados ni consecuencias más allá de sí mismas, pero la vida animal siempre necesita tomarlas como signos de otras cosas, medios para prever y juzgar este mundo.

La conjunción de vida imaginativa y necesidades, pues, no es lo mismo que la fusión pragmatista de ideal y acción, teñida de romanticismo y protestantismo. Podemos, por un lado, desdeñar la vida práctica y ensalzar el ideal contemplativo, al mismo tiempo que aceptamos el peso de las necesidades y la inevitable aplicación de los ideales a la existencia pura y dura. Para cuando aparece

Escepticismo y fe animal, James ya había muerto, pero había dejado claro por qué no podía aceptar esa extraña forma de conectar materialidad e idealidad. En 1900, después de elogiar las maravillosas *Interpretations of poetry and religion* de Santayana, James decía en una carta a Palmer que acabó llegando a manos de Santayana: «resulta estimulante ver alzarse a un representante del moribundo mundo latino y administrarnos semejante diatriba a nosotros, los bárbaros, en la hora de nuestro triunfo». A lo que Santayana contestó: «Si dejamos a un lado el temperamento, estoy más cerca de ti de lo que tú mismo crees». Los ideales, en efecto, tienen que apelar la existencia, debe existir una continuidad entre el mundo de los valores y de los hechos, pero a continuación añadía con ironía: «Sin duda tienes razón, la latinidad está moribunda, como Grecia lo estaba cuando transmitió al resto del mundo las semillas de su propio racionalismo. Y esta es la razón por la que la necesidad de trasplantar y propagar un pensamiento correcto entre aquellos que esperan ser los futuros dueños del mundo resulta aún más apremiante»¹.

En 1923, cuando aparece *Escepticismo y fe animal*, Dewey intentó calmar el debate, aunque parece que acaba en el mismo sitio: ¿era posible dar con una mano lo que aparentemente se quitaba con la otra? ¿Cómo era posible proclamar la indignidad del mundo frente al resplandor de la idea, y al mismo tiempo ir de naturalista? ¿Cómo era posible despreciar el interés práctico y al mismo tiempo reconocer la necesidad de volver los valores algo aplicable a la existencia? «A priori uno diría que no puede hacerse las dos cosas, y que aunque el señor Santayana parece rendirse ante la evidencia del naturalismo pragmatista, aún debería rendirse más»².

Más allá del sistema, pues, el mensaje de Santayana en 1923 constituía toda una diatriba contra el voluntarismo americano. Los bárbaros americanos

(sus anfitriones) defendían la fusión entre esencia y existencia (*el valor de un valor* reside en sus consecuencias reales para la existencia —decían—), mientras que para él (el extraño clasicista) sólo podía aspirarse a una continuidad decepcionante, desengañada, continuamente desmentida, una sabiduría vital con otro tipo de fuerza civilizadora. Los valores serían irrelevantes si no apelaran a la existencia, si no se tradujeron en consecuencias buenas —de acuerdo—, pero confundir las dos cosas, acción e ideal, hecho y valor, llevaba o a creerse dioses, a concebir este mundo como un material hecho a medida de tus deseos, o incluso a identificar el progreso moral con una historia natural que iría desde la ameba hasta la industria pesada, pasando por la desaparición de los dinosaurios y la aparición de la Declaración de Independencia Americana³.

En resumidas cuentas: Santayana nunca pudo soportar esa reforma protestante del protestantismo en la que se seguían mezclando la reverencia y la insubordinación, la culpabilidad calvinista y una metafísica energétista. Y nunca se pudo creer, con toda la razón, que el mejor freno contra aquella galopante cultura fuera un individualismo moral de raíces románticas que, en el fondo, seguía privando a sus practicantes de juicio y sentido histórico. La conclusión de Santayana era totalmente cierta, no importa si llegó a ella partiendo de premisas y fuentes con las que muchos no comulguen: Lucrecio, Spinoza, Schopenhauer, Taine, Arnold, Leopardi, incluso a través de una pose católica. La razón no estaba totalmente de su lado (ni tampoco de la de algunos americanos nativos —Henry James y T.S. Eliot— que como él huyeron despavoridos de Estados Unidos), pero tampoco lo estaba del lado de aquella cosmovisión que sólo podía compensar con buenos sentimientos, acciones con consecuencias inesperadas, descomunales. Sólo un moralista de su talla, en resumidas cuentas,

podía diagnosticar el malestar de un moralismo puritano reconvertido en una filosofía de la acción. Que la mejor solución contra la civilización de la máquina fuera la reivindicación del naturalismo grecolatino, el ascetismo estoico y la piedad panteísta parece algo más que discutible. Que allí donde imperaba la ética del amor propio (en versión de Emerson o de James) debiera cultivarse la ética del desapego, también. Que la mejor defensa contra el poder de la voluntad (o la voluntad de creer en el poder de la voluntad) fuera el *amor intellectualis dei* y la veneración de grandeza y belleza de lo *non purposive* —como decía él— sólo puede juzgarlo el lector. Puede ser que, como dijo Hartshorne, a Santayana le perdiera cierta pose dasafiante, provocadora, pero gracias a eso —habría que admitir— diagnosticó como nadie los peores malestares de una cultura que se acabaría extendiendo por todo el mundo. Sólo Russell, de nuevo, el Russell sarcástico y cáustico que arremetió contra la hipocresía americana, estuvo a su altura, aunque las fuentes de éste fueran liberales (John Stuart Mill y Tocqueville), y no el extraño cambalache neoclásico que se inventó Santayana. Sea como sea, aunque Santayana fuera un pasajero accidental en Estados Unidos, sembró las semillas de un tipo de crítica cultural que, tal como demostraron alumnos suyos, por ejemplo Walter Lippmann, resultó de lo más apremiante. Sería demasiado fácil, sin embargo, poner a Santayana del lado antiamericanista. La tradición angloamericana —lo dijo él mismo— nunca le sirvió como medio, nunca como fuente, lo cual le permitió «decir en inglés el mayor número de cosas no inglesas que pude». Sus fuentes, en efecto, no fueron americanas, pero entonces ¿por qué —en palabras de Rorty— «fue capaz de reírse de nosotros sin despreciarnos, una proeza de la que los nativos no solemos ser capaces»? Algo no cuadra, sinceramente. ¿Pudo llegar a hacer eso siendo sólo un forastero, un invitado, un extraño en una fiesta de otros? Si Santayana dijo tantas verdades sobre la era americana no es sólo —sugiero— porque sus fuentes (ni intelectuales, ni vitales) no fueran angloamericanas, sino porque su vida fue un cúmulo de accidentes, y porque convirtió el accidente en una forma de vida. Los vaivenes geográficos, intelectuales y emocionales que describe *Personas y lugares* son tan complejos, tan intrincados, que cualquier sumario resultaría paródico.

Fue también su descolocación permanente, sin duda, lo que le permitió mantenerse a distancia del sueño americano, pero también, no se olvide, de muchas otras fiestas europeas. Despreciando el individualismo americano, él mismo practicó otro tipo de individualismo más aristocrático que tampoco cuadraba con las filosofías para energúmenos. Su ética de la soledad, su religión de la desilusión,

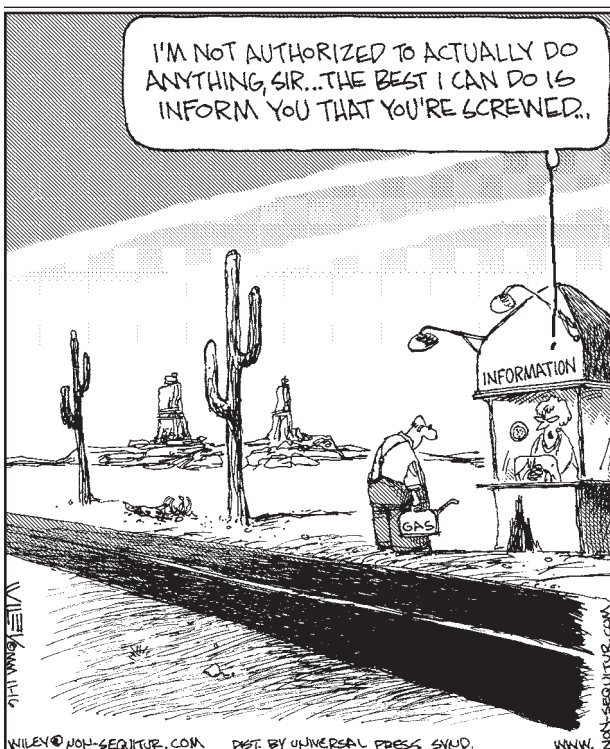
su indiferencia, su impasibilidad, su escepticismo feliz, su divertida amargura —llámese como se quiera— resultaron, a la postre, algo bastante más juicioso, positivo y humano que muchas de las ambiciosas filosofías que se pusieron de moda desde los años veinte. El optimismo forzado de los estadounidenses le desagradaba, y con razón, pero, ¿qué decir del pesimismo europeo? ¿Cuadraba su ironía con la solemnidad que acabó imperando, con tanto vocerío terminológico y aspaviento metafísico? Quizá por eso, porque se vio obligado a decir muchas cosas no inglesas en inglés, Santayana siempre brilló más que aquellos filósofos españoles que importaban ideas de Alemania para envasarlas en botes de casticismo, es decir, aquellos que trataban de decir cosas alemanas en español. Comparado con las diatribas políticas de Ortega y su afán de protagonismo público, habrá que reconocer que el carácter melancólico y huidizo de Santayana resulta, como poco, entrañable. A la postre, ¿qué resulta más civilizador, el pensador con afán vertebrador o el filósofo invertebrado? ¿La rapidez del bolido vitalista o la lentitud del paseante? Finalmente, comparada con la amargura de otro personaje desproporcionado de aquella España, un lector de William James, don Miguel de Unamuno, no es extraño que el *ennui* de Santayana le siga devolviendo la sonrisa a uno. Es posible, desde luego, volver a leer a Santayana sin convertirlo en una pieza de museo ni, menos aún, en un hijo pródigo de la patria filosófica española. Compruébenlo. ■

Ramón del Castillo (Madrid, 1964) es profesor titular de Filosofía en la Universidad Nacional de Educación a Distancia y acaba de publicar «El amigo americano», introducción a Viejo y nuevo individualismo, de John Dewey (Paidós, 2003).

¹ Esta correspondencia está documentada en Ralph Barton Perry, *The Thought and Character of William James*, Nashville, Vanderbilt University Press, 1996. En «Una breve historia de mis opiniones» Santayana aclaró otro particular: en *The Life of Reason* «había una especie de pragmatismo —decía—, el mismo que he tratado de explicar con más claridad en uno de los *Diálogos en el Limbo* ("Locura normal") [...] Es probable que haya llegado a él por influencia de James, a pesar de lo cual la aparición de su libro *Pragmatismo*, casi al mismo tiempo que mi *Vida de la razón*, me produjo una violenta sacudida. Yo no podía admitir esa manera de hablar de la verdad». Véase también en *Personas y lugares*, pág. 347, lo bien que describe Santayana las contradicciones de James.

² Reseña de *Scepticism and Animal Faith*, en Dewey, *Later Works*, vol. 15, pág. 222.

³ Véase *Personas y Lugares*, pág. 434, sobre el americanismo y la Declaración de Independencia como una «ensalada de ilusiones».



Borges y Bioy, los imperdonables

ALBERTO GARCÍA RUVALCABA

El tímido Bioy nos tenía reservada una sorpresa póstuma. Otra revolución copernicana. Muchos planetas de la Galaxia Borges han salido desde entonces de órbita, y otros cuerpos celestes han sido promovidos o degradados de categoría. Un libro de estilo y título parcos, es la sorpresa. 1600 páginas esperan al lector y miles de tesoros y minas ocultas en conversaciones memorables. El libro Borges es la recopilación de cuarenta años de comentarios, boutades y juicios de Borges, recogidos por el diario y la paciencia de su amigo y contertulio Bioy Casares. De esta epopeya sedentaria —según la define el autor de esta reseña—, nos da noticia este centón.

Libro reseñado:

Borges

Por Adolfo Bioy Casares.

Destino, 2006, 1664 pp.

El lunes 19 de septiembre de 1983 Bioy anotó en su diario: «Es triste, si vemos la vida como un cuento, que una amistad como la nuestra [con Borges] se quiebre en los últimos tramos.» Bioy había descubierto en su amigo una «nueva actitud» hostil hacia él, quizás incitada por María Kodama. La nota corresponde a una entrada de la página 1579 de su diario sobre Borges. Los cientos de entradas anteriores, que corresponden a iguales días desde 1947, tienen un tono diferente. Mientras ésta representa el fin de lo que llegó a ser una vida compartida, las anteriores muestran a dos amigos —casi exclusivos y excluyentes— que comieron, conversaron, leyeron y escribieron juntos durante casi todos los días de su vida (salvo cuando viajaban). La «nueva actitud» no quebró su amistad ese lunes de septiembre. El cuento de su amistad no terminó sino hasta la muerte en Ginebra —desolada, según imaginó Bioy— de Borges, el sábado 14 de junio de 1986. Algunas de las cosas que ocurrieron antes de aquél día nos llegan ahora en este libro póstumo de Adolfo Bioy Casares que reúne las notas que durante cuarenta años llevó en sus pequeños cuadernos de los comentarios y juicios que hacía Borges.

LA OBRA.

Dos hechos improbables, la espaciosa amistad de un par de escritores sobrios, desengañados y proclives a la vida de la inteligencia, y la resolución de uno de ellos a registrar las intervenciones más memorables del otro, han sido la causa eficiente de este libro hospitalario (para usar un adjetivo de su autor). Bioy, un hombre generoso y curado de los ensueños del yo, nos entrega un diario que trasmina el carácter, el color, el genio, el humor borgianos, sin incurrir en las supersticiones del género biográfico. No cae, por ejemplo, en conjeturas psicológicas (como sí lo hizo la más reciente de Edwin Williamson, *Borges, a life*), ni nos abruma con datos triviales o circunstanciales. Su método no explica, muestra. Y lo hace del modo más simple posible, reproduciendo las anotaciones que hizo en su diario a lo largo de los años, de los comentarios y preocupaciones de Borges. No hay un método más modesto ni más provechoso. Adolfo Bioy Casares, un sobrio, un sosegado, el último de los estoicos, al servicio periodístico, casi taquigráfico, del escritor más

influyente del siglo pasado. (A esa feliz coincidencia habría que agregar la espléndida por acuciosa y cuidada edición del libro por Daniel Martino).

¿ESTILO BORGES?

Las cualidades de la prosa y del temperamento de Bioy son particularmente visibles en este libro. Lenguaje implacablemente subordinado a la idea, lucidez sintáctica, claridad de expresión, ausencia de frases hechas, modestia, generosidad, moderación sentimental. El tipo de «amistad inglesa» que mantuvieron Borges y Bioy no se prestaba a desmesuras, efusividades, ni confidencias, y ese recato contribuyó a dar un carácter sobrio y clásico al libro. Imaginando su peculiar amistad, no puede uno dejar de recordar la frase en *Tlön* de las «amistades inglesas que empiezan por excluir la confidencia y que muy pronto omiten el diálogo.» En su código de amistad no estaba excluido el diálogo, pero la intimidad personal parece desdeñada, más que proscrita. Así lo demuestra la entrada del domingo 21 de abril de 1985, en que Bioy anota: «con nadie he hablado de mis amores. Borges muchas veces me confió los suyos... yo a él, nunca (ni a él ni a nadie)... no por duro, soberbio o viril... por supersticioso.» Si bien, a juzgar por el diario, cuando el puritano Borges comentaba sus amores a Bioy, lo hacía sin nombres propios y con reserva. Bioy no sentía curiosidad por conocer detalles: semanas después de que Borges venía confesando las desazones de un amor no correspondido, Bioy dedujo que la villana era María Esther Vázquez. ¡No lo había mencionado Borges! Esta ausencia de intimidad puede verse como frialdad, pero también como desinterés por el destino personal tan peculiar de los dos estoicos contertulios. En cualquiera de los casos la ausencia de entusiasmos y devociones favoreció al libro. Lo mismo hizo la perfección técnica y la estatura moral de Bioy.

Hay que recordar que Borges reconoció en Bioy a un maestro del estilo clásico. En ese credo la sorpresa y el énfasis eran descortesías para el lector. Había que ofrecerle, en cambio, *servicial* serenidad. Por eso, se supone, Borges habría suavizado su estilo hacia el final de su obra (compárense por ejemplo

los estilos de *El Inmortal*, 1947, con *El Congreso*, 1971). Las dificultades de la ceguera, y Bioy, habrían tenido que ver en este cambio. Lo cual honraría a Bioy y haría aún más admirable su resistencia al estilo abrumador de su amigo y colaborador Borges, a quien al final, por inverosímil que parezca, habría convertido a su doctrina de reticencias.

Esta influencia de Bioy sobre Borges es más admirable cuan patente es el peso de Borges en el idioma. Nuestro idioma (y no sólo el español a juzgar por lo dicho por escritores de otras lenguas: Italo Calvino, John Barth, Julian Barnes, Susan Sontag, Umberto Eco...) ha pasado de modo irreversible por la minuciosa aduana borgiana. Aduana que hizo posibles las frases construidas como un mecanismo de relojería suiza sin demérito de la intimidad y el pensamiento. Ciertos saludables hábitos de redacción llegaron al idioma a través de Borges, que volvió obsoleta y anacrónica mucha de la prosa pesada y grave que le precedió (llena de «vaivenes dialécticos» y «pensamiento demasiado arropado de lenguaje», según sus palabras). En ese sentido quizás no sea exagerado afirmar que Borges terminará haciendo por la *redacción* (usemos esa palabra) lo que Bach hizo por la música. Hombres que heredaron una forma, la llevaron al límite de sus posibilidades expresivas, y pusieron a sus sucesores en un dilema incómodo: repetir o pasar a otra cosa. Cualquiera de esos caminos bajo el imperativo de la dialéctica hegeliana: superar asimilando, trascender incluyendo. Luego de las *Variaciones Goldberg* y de *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, no es posible sustraerse a su influencia sin quedar a la zaga, sin tener «todo el pasado por delante» (Borges *dixit*)... ¿Fue Bioy una excepción a esta influencia? ¿Pasó a esa «otra cosa»?

En ese contexto la larga conversación y colaboración de estos dos grandes escritores resulta aún más insólita. Puede ser vista como el extraño encuentro de dos modos opuestos de *anotar* el mundo. El uno representado por Borges, el hombre que encontró la manera de decir en un párrafo más de lo que muchos pueden en un capítulo, y el otro representado por Bioy, el escritor que pudo *callar elocuentemente*

en un capítulo más de lo que muchos en un párrafo, el clásico para el que toda palabra parece demasiado altisonante. La exuberancia económica de Borges y la mesura alusiva o insinuante de Bioy.

El desenlace de este encuentro era previsible y así lo demuestra el libro: el joven escritor ávido de procedimientos reflexivos y literarios fue tomando distancia hasta salir de la órbita de Borges. Este momento ocurre el domingo 21 de diciembre de 1969: «Esta noche ocurre mi primera desinteligencia con Borges sobre la redacción de un texto... hoy quiere que los personajes dialoguen en monólogos, en discursos, de frases muy redactadas, precisas y concluidas.» Lo confirma la entrada del miércoles 21 de junio de 1972: «por primera vez nos sucede que él y yo tratamos de escribir diferentes cuentos.» Aunque antes había ya señales del distanciamiento, según da testimonio la frase más dura que tiene para su amigo en todo el libro, el jueves 9 de junio de 1966: «... esta incontinencia de mi colaborador [Borges] nos precipita en tristes abismos de Rabelais, que él tanto aborrece. Depresivo espectáculo de literatos que se regodean con sus laberínticas y retorcidas chanzas, que nadie sigue, escucha ni celebra...» La ruptura literaria, pues, era inevitable. ¿Lo era la personal? Reunidos espléndidamente durante años por un ritual de escritores al alimón y de comentaristas ora exquisitos ora desalmados, el destino se encargó de separarlos cuando la colaboración se había vuelto imposible, cuando la agudeza refulgente de Borges resultaba un recurso incómodo en la literatura de Bioy.

AHORA BIEN, BORGES.

La modestia congénita de Bioy deja ver en todo momento, sin sombra, al protagonista del diario, el considerable Borges (para usar un adjetivo de Bioy para Goethe). El héroe invidente que enfrentó y conquistó al mundo sentado en un sillón. Así, el sosegado libro inaugura un género improbable: la epopeya sedentaria. Las aventuras de este periplo no llevan a sus protagonistas a conquistar reinos, o derrotar ejércitos. Ni siquiera a rescatar doncellas en apuros. Aquí los viajes ocurren montados en una silla inconvencional, y tienen lugar en el diálogo o frente a un libro. Su humor constante, además, erosiona cualquier resquicio épico o patético. Las victorias de los protagonistas de esta epopeya son de un tipo inusual. Representan,

quizás, los triunfos de un canon estético y ético hoy desdeñado. Los triunfos de la indiferencia, que menosprecia más que critica, las costumbres y anhelos que el siglo xx encumbró: la exaltación, la conducta acomodaticia, el resentimiento, el cálculo moral, el lujo, el sentimentalismo, la obsecuencia, el narcisismo. Bajo qué otra clave que no sea ésta puede entenderse a una persona que confiesa «[salir] de los cocktails tristísimo», porque «si hay diez personas, hay una décima parte de cada una; si hay cincuenta, una cincuentava parte.» O que razona: «como todas las cosas —salvo los sonetos, que hay algunos buenos—, las reuniones siempre fracasan. En contra de la experiencia universal se insiste, en la esperanza de que la reunión que se prepara salga bien.» Que critica por igual al «pobre con resentimiento» que al «rico con ostentación.» Que confiesa «aborrecer el lujo.» Que, «transfigurado por la rabia que le da el tema del dinero», según describe Bioy, se pregunta «¿por qué, por ganar un premio, vamos a recibir una pensión?» para agregar lapidariamente: «es otro soborno de los gobiernos de este país arruinado.» Que exalta «la majestad del hombre que no depende de las circunstancias», y admira las reformas, «no acaecidas todavía», «que abolirán el culto del dinero y el de la fama.» ¿Podría, alguno de nuestros contemporáneos, solicitar lo que Borges a *Madre*?: «¿No podrías pedirle una rebaja? Quiere pagarme demasiado.»

Así es el Borges que retrata Bioy en este libro inolvidable, el que prefirió las pastillas de menta a la cocaína, que creyó que ningún invento superaría al café con leche, que entendía «las comidas» como el rito innoble de llenar barriles de forma humana («llenarse de comida es algo triste, el hombre como recipiente, como un barrilito»), que aborreció el alcohol y se mantuvo fiel a una dieta de agua, bisteces sin salsa, arroz blanco y dulce de leche («a mí me cuesta creer en la gula, ¿qué es?, un agradable cosquilleo en el paladar», «lo raro es que haya que tragarse»).

Entonces el panegírico de Susan Sontag cobra sentido: «Nuestro modelo, nuestro héroe.»

LA RISA PIADOSA.

El libro de Bioy es inmune, claro está, a la propaganda pedagógica o a la hagiografía. No convendría otra cosa

a un par de desengañados del sueño de la vida, que se dedicaron *de tiempo completo* a tomar distancia del frenesí y de la vanidad del mundo, a través de la burla y de la poesía. Pertrechados en el rito de la conversación privada, los dos amigos recorrieron todo el espectro de la impiedad humana. Los dardos de su cruel ingenio no hacían distinciones. Uruguay tenía un amor, «no correspondido», por las letras. Encontrar a su conocido Max Rohde en todas partes «era una prueba de la pobreza de la vida.» Jaime Rest no era capaz de llegar solo a «una equivocación tan extraordinaria.» Los pescados muertos tenían la misma «mirada de inteligencia» que el doctor Julio Noé. Mallea estaba «en esos cincuenta años de oscuridad, inmediatos a la muerte; sólo que vivo.» O tenía una «notable capacidad para elegir buenos títulos, era una lástima que se obstinara en añadirles libros.» No había peor sordo «que el quiere oír», refiriéndose al ya casi sordo Guillermo de Torre. Qué humildad, reconocía Bioy a Haydée Lange, «sentirse indigno del pensamiento, de la lectura, de todo, y entregarse al alcohol.» Alicia Jurado era a *thin fellow*, «muy pronto se llega a sus límites.» A fulanito «no le faltaban motivos para ser muy tímido.» Ghiano, escribía mucho porque «no podía escribir bien.» No se podía plagiar a Osvaldo Dondo, «porque inmediatamente después de leerlo uno lo olvida.» La congruencia de su cuñado era notable, pues se encontraba «en una dificultad intelectual: en una misma frase quería impugnar, indignado, el precio exorbitantemente alto en que se vendían los departamentos, porque tiene que comprar uno, y el precio ridículamente bajo en que se vendían los departamentos, porque tiene que vender el suyo.» *Cultura universitaria*: «oxímoron.» Sobre la literatura argentina tenía dos ideas: una, «que era la más importante del continente» y otra, «que era una porquería.» De una persona a quien no consideraba demasiado inteligente ni compleja: «es como un dibujo.» La homosexualidad era un error gramatical consistente en la «confusión de géneros.» Adolfo Mitre era un «producto de la antítesis.» Otro era «invulnerable a la realidad.» Su mecanógrafa trabajaba con extraordinaria lentitud, «pero muy mal.» Zorrilla de San Martín estaba más cerca de la literatura y Herrera y

Reissing «de la demencia» (escritores uruguayos). Encontraron al doctor Eisenstein en un avanzado estado de semitismo. Guillermo de Torre había «nacido tonto» y tenido la «mala suerte de descubrir muy pronto el dadaísmo.» El carácter más permanente de la poesía de Mastronardi era la mediocridad...

FEMINISTAS AVANT LA LETTRE.

Nulla dies sine sorna, podría ser el subtítulo del libro de Bioy. Sus *misererordias* son incesantes en todo el volumen. Lo salvan, además, de ser un centón de juicios literarios, o una aparatosa manera de exponer un manual de estilo. Este es un libro que se lee a carcajadas (a veces asfixiantes). El humor, lo han dicho los especialistas en comedia, se sostiene del concepto de superioridad. Bioy y Borges juntos no podían dejar de acudir a ese código de convivencia que desemboca en la ruidosa hilaridad de la superioridad intelectual. Contemplaban el mundo desde donde los hombres parecen insectos movidos por impulsos absurdos y divertidos. «Hace aparecer la obra de los hombres como obra de insectos», afirmaron de Voltaire, pero el mismo comentario les acomoda. La lucidez es cruel. Por eso las obras de su coautoría son casi todas satíricas (obras no suficientemente valoradas). Estar juntos fue para ellos una manera de reírse de los demás. El lector lo celebra y agradece —en secreto— no haber tenido la suerte de ser su prójimo.

Respetaron, sin embargo, a la mujer. De una amiga, por ejemplo, dijo Borges: «tan partidaria de la mujer libre... con manos y pies delicados y pequeños, con tobillos finísimos, que no sé como sostienen tanto culo, es, ante todo, una sedentaria.» O de otra dama: «Como no es linda, ni es fea, esa chica no es nada, logra no existir, logra la ausencia.» Susana Soca, según Borges, «necesitó la muerte para alcanzar alguna realidad.» Y Bioy defendió, ante Borges, la dignidad del género: «nada más concreto, más burgués, más limitado, que una mujer.» Bebé Elía, otra virtuosa amiga, era una «buena tonta.» Y comentando el distraído interés femenino por las cuestiones prácticas, las redimieron porque veían «todo *sub specie* de pesos y centavos.» Casi una ecuación es su cálculo visual de una amiga de cara angosta y sólidas caderas: «Pierde la cara lo que gana el

culo.» La sustantiva Marta Mosquera era una «*stream of words*», «no es más que lo que dice, no hay nada detrás.» De Wally y otras mujeres alabaron tener «el hábito de la desesperación.» Y Bioy, caviloso, reflexionó con Borges sobre los problemas de sueño de la mujer: «Si hay contradicción entre los actos y las palabras de una mujer, confía en los actos: no cometas el error propio de escritores de querer que te aclaren con palabras esa contradicción ni que te den una satisfactoria declaración de amor; hay mujeres que van a la cama diciendo no; señalarles la contradicción sería una tontería.» Ensayaron una clasificación retrospectiva: «Silvia Bullrich ha de ser mucho mejor que Estela Canto. Ésta es ya prostibular, es lo último. Pero si no existiera Estela, lo último sería Silvia Bullrich.» Con ánimo benevolente reflexionaron sobre los epigramas de la señora Bibilioni de Bullrich: «Así como a usted [Borges] le interesa conocer poetas y escritores, a mí me interesa conocer gente rica», «yo no soy una mujer frívola, a mí lo único que me interesa es el dinero.» Otra amiga quizás filósofa, Beatriz Guido, «vivía en un mundo dramático, sin ninguna consideración por la verdad», «sólo cuenta ella, lo demás es estímulo.» Analizan, azorados, el espacioso comentario de Dorothy Parker: «Tal actriz could express the complete gamut of human emotions, from A to B.»

LOS PLACERES DE LA VULGARIDAD.

El lector encontrará, además, que estas dos almas de la caridad cultivaron la fórmula sublime. Cualquiera estudiante de primer semestre de psicología sabe que no se alcanza un extremo de la psique sin comulgar secretamente con su contrario. Los exquisitos, pues, anhelan la procacidad. El mismo sujeto que se deleitaba con las aporías del tiempo, confesaba a su amigo: «que el pan negro me gusta porque tiene olor a pis.» O improvisaba a un conocido médico unos versos gongorinos: «Si prudente se cagara / antes de armarse la gresca, / otro gallo le cantara / al doctor Olejaveska.» Rescataba meditando esta joya popular: «En el medio de la plaza / en el pueblo'e Pehuajó / hay un letrero que dice: / "la puta que te parió."» Se extrañaba de frases que no suelen oírse: «*Me inculcó una patada en el culo, Gente de la mejor calaña espiritual.*» Se convertía en promotor del lema de superación personal, *querer es poder*: «Con paciencia y con saliva el elefante se la metió a la hormiga.» Improvisaba variaciones escatológicas: «Estreñido por el deber, obró así.» Murmuraban sesudas reflexiones prostáticas: «Vos dirás que siempre es un placer orinar; pero uno desearía que fuera un placer menos imperioso.» Exaltaban la ética del varón morigerado: Bioy: «Mucho a las penas no atiendo / y en todo imito al conejo / que vive alegre y cogiendo / hasta morir de viejo.» O, ya desesperado Bioy, emprendía

Los clásicos más modernos los tenemos en Atmosfera

Porque lo bueno perdura.
Vive tu espacio con el prestigio y garantía de HermanMiller.

atmosfera distribuidor autorizado HermanMiller

Pablo Neruda 2886-3, Col. Providencia, Guadalajara, Jalisco. Tel. 3641-1049 www.atmosfera.com.mx



nostálgicos poemas hidráulicos: «En la plaza sale el sol / en el Cabildo la luna / te fuistes y me dejastes / la concha como la laguna.»

MANUAL DE ESTILO.

El libro es también una colección de consejos estilísticos. Abundan las consignas en contra de *escritura literaria*. En esto me recordó a Italo Calvino y sus furibundos juicios, recogidos en *Los libros de los otros*. «Para escribir», sostenían, «conviene que la expresión y el pensamiento lleguen a un tiempo.» Había que «evitar que las formas del idioma dirijan el pensamiento», como en «Perón sólo diestro en lo siniestro», porque «muestran al autor preso de mecanismos.» Había que evitar intensidades falsas: «Se escribe para comunicar algo, para ser entendido por el lector, y las lentitudes, las languideces y hasta las repeticiones son necesarias, porque corresponden a la psicología de los hombres, que no están siempre tensos y atentos.» Lo importante, decían, «no es que el lector crea lo que lee sino que sienta que el autor cree lo que escribe.» No defenestraban las frases hechas: «Entre una frase hecha y una variante, mejor la frase hecha, porque no es vanidosa.» Pero se valoraba la espontaneidad: «Hay que evitar el plan sistemático para las obras.» Y en los guiones había que evitar: «los parlamentos, demasiado concluidos, correctos y sentenciosos.» Había que precaverse de las «connotaciones de vejez, de muerte y de averno» porque están vinculadas «a una tradición literaria que ha dado muchos frutos académicos y fríos... fácil literatura de efectos elementales, viciosos y estériles, onanismo con la vieja mortalidad...» Ante todo, dice Bioy, evitar los sinónimos: «Mi regla es no emplear una palabra que pueda sentirse como sinónimo de otra, de la más natural.» Huir de las palabras feas: «Yo también siento odio por los que dicen *búsqueda* [por *busca*] y *no lo escucho* [por *no lo oigo*].» También de las palabras abstractas: «Con naturalidad echa mano a palabras como *estupendo*, *tremendo*, que revelan la desesperación de quien ha perdido toda esperanza de expresarse precisamente.» Evitar lo expresivo, «a lo más, insinuar.» Y también el estilo notarial: «con la *enmienda pertinente*, que comporta de *suyo*.» ¿Cómo escribir? Responde Bioy: «Lisamente, con armonía, tratando de comunicarse con el lector no de rechazarlo.» Abolir las densidades intelectuales: «No hay que pretender la perfección en todos los párrafos, en todas las frases. El estilo no sale natural. No corre aire. Se escriben así libros muy vanidosos.» Eludir también las incertidumbres del subjuntivo: «Habría que iniciar una campaña para sustituir el indicativo por el subjuntivo, para joder bien el idioma.» No recurrir a las pobreza de la exageración: «La hipérbole es una forma de la indiferencia: porque no se puede o no se quiere entrar en detalles se recurre a los superlativos.» Elegir siempre el

camino fácil: «Los escritores creen que no deben decir nada sencillamente.» Evitar las metáforas: «Bioy: “Llegará un día en que toda metáfora parecerá ridícula.” BORGES: “Sí, muestra la retórica. Interpone una frialdad.”» Olvidarse del *estilo ametralladora*: Bioy: «no me atrevo a decirle que el defecto de su libro es que no corre aire entre los pensamientos: cada frase es un pensamiento, una aserción, una opinión, implacablemente; está escrito en *estilo ametralladora*.»

LA TRADICIÓN.

Muchos autores y obras pasan examen en el libro. Aunque la opinión de estos dos lectores sería sin duda una buena guía, voy a evitar el error de abrumar al lector con los resultados de este examen. Sólo mencionaré a los aprobados (el lector ya los anticipará) y a los reprobados. Si bien hasta para los primeros tienen críticas, y para los segundos, menos frecuentemente, reconocimientos. Entre los aprobados, pues, están: Kipling, Conrad, Stevenson, Chesterton, Verlaine, Henry James, Scott Fitzgerald, De Quincey, Sir Thomas Browne [«Por una cruz de Quevedo con Montaigne, ¿se obtendría a sir Thomas Browne?»], Robert Graves, Voltaire [con aprobación: «que manera de volver todo trivial.»], Dylan Thomas, Dante.

Entre los reprobados, y aquí sí hago algunas anotaciones, están los siguientes caballeros y caballera. Shakespeare: «No puede uno leerlo sin hacer concesiones... irresponsable, en ningún momento uno puede estar seguro de que un personaje no mate a todos los otros.» «Siempre usa el *mot injuste*.» Faulkner: su «amaneramiento es personal, es inconfundible... y permite el trabajo de los críticos.» Proust: «En Proust la memoria es un género literario; como las aventuras en otros.» Góngora: «... se deja en descubierto la pobreza mental de Góngora [si se restituye la sintaxis eliminando los *hiperbata* de *Las soledades*].» T.S. Eliot: «Debería dar el mismo nombre a todos los personajes de sus piezas, para que no se descubriera que intentó diferenciarlas.» Virginia Woolf: «Todo es visible y muy lento.» Anatole France: «lentitud con la que el autor progresa, por párrafos cuidados pero no brillantes, que a veces concluyen con una moderada nota de sorna. El estilo es decorativo.» Albert Camus: «*beneath contempt*.» Émile Zola: «su debilidad es el naturalismo.» Montesquieu: «Johnson piensa más. Montesquieu estaba ocupado en redactar sus frases.» Stendhal: «...todo el tiempo explica y analiza, no logra intimidad.» «Su bagaje de ignorancia es verdaderamente considerable y variado, acaso universal.» Witold Gombrowicz: «Es asombroso cómo algunos escritores ilegibles engañan a personas más inteligentes y complejas que ellos.» James Joyce: «*Ulysses* los familiarizó con la idea de admirar sin entender.» Maupassant: «Todo está visto de lejos. El autor no se acerca

ni que lo maten...» Sade: «páginas realmente toscas.» Goethe: «no se le ocurría nada», «menos mal que no lo tenemos de colega a Goethe. ¡Cómo se entusiasmaría con toda clase de imbecilidades!» Rabelais: «[*Gargantúa y Pantagruel*] al principio traté de que me gustara; después comprendí que no quería dormir en el cuarto donde ese libro estuviera.» Thomas Mann: «yo creo que era un idiota.» Flaubert: «nunca pude leer *L'éducation sentimentale* ni *Madame Bovary*.» Valéry: «a mí Valéry no me dio nada», «es más reseco que un ladrillo», «todo en él se vuelve lejano, frío y muerto, figuras de yeso, aforismos y alegorías.» Camoens: «...uno de los peores poetas del mundo... *Os Lusíadas* es como Milton, que tampoco es bueno; pero peor.» Herman Hesse y Romain Rolland: «escritores imprecisos y falsamente profundos.» Baudelaire: «la cursilería gusta... es la piedra de toque para saber si una persona entiende algo de poesía.»

De la literatura en castellano. Baroja: «Baroja es la decadencia de Montaigne.» Antonio Machado: «se queja [Borges] de no hallar un poema de Antonio Machado sin algo ridículo.» Unamuno: «pensamiento demasiado arropado de lenguaje; como si se hubiera puesto encima el cortinado.» El autor de la Epístola moral a Fabio [Andrés Fernández de Andrada]: «mucho mejor que Quevedo, que Lope, que Fray Luis de León.» Ernesto Sabato: «... *cad* lacrimoso, apiadado de sí mismo, trémulo de vanidad.» «Al enérgico mal gusto, la desenfadada egolatría, la sincera preocupación por el propio y continuado triunfo, hay que agregar la melancolía porque éste no sea mayor y el entusiasmo con que acoge los modestos productos de su mente activa y mediocre.» «Groseramente elocuente, con indiferencia a la escasa calidad de lo que dice.» «Su conversación es demasiado anecdótica; se parece demasiado poco al pensamiento.» «Es curioso el caso de Sabato: ha escrito poco, pero ese poco es tan vulgar que nos abruma como una obra copiosa.»

Baltasar Gracián: «literato desafortado: el colmo del literato, para quien los problemas son puramente verbales», «[con él] llega al apogeo ese estilo, vacuo y retórico, que tiene las formas del pensamiento y no contiene un solo pensamiento.» Románticos españoles: «Bécquer fue discípulo de Heine. Tal vez haya algo que no sea malo en Espronceda; pero todos —Zorrilla, Espronceda, Quintana, Cienfuegos, etcétera— más que poetas son oradores farragosos.» Manrique: «¿Por qué es tan lindo el poema de Manrique? No sólo por los versos: por su ética. La ética es importante en todo; también en literatura.» Alberti y León Felipe: «no hay que condenar a España por algún Alberti o algún León Felipe.» «Periodista: “¿Por qué dice usted que no le daría el premio Cervantes a Rafael Alberti?” Borges: “Porque he leído sus poemas”.» Pablo Neruda: «[*Veinte poemas de amor y una canción desesperada*] no es intenso, es casual. Tiene un idioma poco feliz, es horriblemente metafísico, es cursi... es peor que Amado Nervo, pero menos eufónico.» «... un discípulo de Lorca, mucho peor que Lorca.» Menéndez Pelayo: «admiran la literatura griega y latina que pasó por él.» Lugones: «tenía todos los defectos de un escritor español: trataba de escribir con demasiada palabras, no era íntimo», «[sus metáforas] son mecánicas y mentales. Inventó un nuevo tipo de error: frecuentemente dice frases como “el árbol que enarbola”... No quieren decir nada.» Ortega y Gasset: «más cursilerías», «primer discípulo del *Breve diccionario del argentino exquisito* [obra satírica de Bioy].» Quevedo: «demasiadas palabras abstractas», «ilegible.» «sin alma, no es capaz de sentimientos ni de ternura.» Bioy: «armadura vacía que se mueve sola, una panoplia en movimiento», «un bravucón, tiene algo de militar y de eclesiástico.» Cervantes: «incapaz de imaginar nada visualmente.» «Es muy raro su procedimiento. Dirige al lector para que sepa cómo debe reaccionar. Si va a ocurrir algo malo,



lo anticipa, lo prevé.» Rubén Darío: «Los versos de Darío, en general, son el mejor argumento en defensa de la inspiración.» «Pocos dieron tanta vida a las palabras.» Maples Arce: «Peor [que Mitre] es Maples Arce, el fundador del estridentismo ¿Qué incómodo, no?» San Juan de la Cruz: «muy superior a Quevedo y Lope.» Mujica Lainez: Bioy: «Hay en él errores de gusto y de discernimiento, verdaderas vulgaridades, como tomar por dignas cosas que son secundarias, que son meras derrotas o triunfos de la vanidad... no descubre nada esencial, casi nunca es noble, ni épico, ni patético, ni siquiera muy verdadero: es la fatua expresión de sentimientos y pensamientos corrientes, no decantados.» Juan Ramón Jiménez: «Lo mejor de Juan Ramón es memorable.» Fray Luis de León: «el mejor poeta español.» Calderón: «Pertenece a una escuela de escritores ingeniosos *ratés*. De poca *ingeniosa ingeniosidad*, como dijo Croce. Tienden al ingenio, es evidente que lo intentan, pero lo miran de lejos.» «En ese momento la pasión eran las contradicciones y la tendencia a oposiciones simétricas. Góngora, Lope, Calderón, Gracián: poetas enamorados de las formas lógicas, pero incapaces de pensar *to some purpose*... son un coletazo de la escolástica.» Lope de Vega: «Lorca *avant la lettre*... pero es poeta delicado... no muy intenso: casi todo parece en tono menor... no tenía conciencia de hacer una gran

obra, éste es otro de sus encantos.» Gómez de la Serna: «inventar frases como “el pez más difícil de pescar es el jabón dentro del baño” es una pésima costumbre para el intelecto... cada vez que descubre una de sus miserias, se palmea la espalda y exclama: “Menudo tío soy”.»

De los mexicanos. Octavio Paz: Bioy: «Leemos poemas de Neruda y de Paz. Los de Paz, no libres de fealdades y estupideces, parecen mejores.» «[publicó en *Sur* un poema que decía] *tus pedos estallan y se desvanecen*.» Bioy: «Comentamos títulos absurdos. Recuerdo *Libertad bajo palabra*: “A continuación del título vigoroso, poemas deshinchados. Pero no agradables, no vayas a creer: en cuanto asoma la posibilidad del agrado, el poeta reacciona, no se deja ganar por blanduras, y nos asesta una vigorosa, o por lo menos incómoda, fealdad. Así cree salvar su alma.”» Juan José Arreola: «excelente cuentista. Me contó un cuento que escribió en estos días, sobre un viaje en tren [*El guardaguas*]. Me dijo: “es un cuento que cuelga de Kafka”. Pero es injusto consigo mismo porque el empleado de ferrocarril, que atiende al héroe, es benévolo, en Kafka sería frío o lejano.» Alfonso Reyes: «poemas irregulares, a veces muy débiles», «¿Por qué es tan acartonado, tan elogioso, tan poco convincente [*Marginalia*]? ... en un país civilizado sólo por parodia se podría escribir

así.» Mariano Azuela: «*Los de abajo*... lo leí hace mucho y no me pareció gran cosa.» López Velarde: «El defecto de *La suave patria* es que uno siente que cada estrofa es un ejercicio independiente, que le sale bien o mal al autor, y éste avanza despachándolas, y sin noción del todo.» «Es un *bric-a-brac* [*La suave patria*] que salió bien» «Superior a Lugones e inferior a Rubén Darío...»

EL AMOR DE BORGES A MÉXICO.

Aunque usted no lo crea, Borges hizo un poema a los tapatíos: «Permítame un jarabe tapatís / Permítame, señor, / Permítame, doctor, / Permítame un jarabe tapatís» Luego agregó un juicio razonable: «La música mexicana es la peor.» ¿Qué pensaba de la comida mexicana?: «[Sirvieron] comida horrible mexicana.» ¿Es posible la belleza en México? Borges opina: «Hay países con vocación para la fealdad: la India, México. Peor que los demonios (para ellos no serían demonios) de los aztecas, son los personajes de caricatura de los frescos de Rivera.» Y termina con un juicio de Secretario de Promoción Económica: «[México] un país pobre que vive del turismo y del folklore.»

THE END.

Aquí es cuando me conviene acudir a la doctrina japonesa de lo inacabado. Me detengo. Hay, naturalmente, otros temas en este *adobón* que por cuestión de ganas no toco en esta reseña. Las

posiciones políticas de Borges, su exótica afición por las actividades gremiales y los desplegados públicos, su rechazo a la figura de Cristo, las rectificaciones a sus múltiples biografías... Me quedo, pues, con la imagen apacible, inofensiva y *temible* de Borges y Bioy reunidos en torno a un vaso de agua: un insólito país de dos miembros en el que las palabras se usan como un bisturí antiséptico, y la realidad es un dato que ocurre a pie de página.

Un sentimiento parecido a la tristeza nos oprime cuando terminamos una novela extensa y entrañable. El aire se enrarece, las cosas parecen más lentas, y uno no puede sino pensar en Ana Karenina, en Hans Castorp, en Rodion Raskolnikov... Porque este libro es a la vez descomunal e íntimo, por la nobleza de sus protagonistas, por las intensidades y levedades de esa amistad (frente a la cual uno se siente indigno), ese efecto lánguido puede ser aún más abrumador. Pero no lo sabré. Me detuve antes del final. No leí la entrada correspondiente al último día de esos cuarenta años de convivencia. No terminé el diario. En mi agradecida memoria esa amistad no ha acabado. ■

Alberto García Ruvalcaba (Guadalajara, 1966) es notario público y director de TEDIUM VITAE.



LA FUNDACIÓN PEDRO SARQUIS MERREWE, A. C.

Con el propósito de reconocer anualmente a personajes de nuestra comunidad, que hayan contribuido a fomentar el bienestar de la sociedad, así como a transformar su entorno y engrandecer el nombre de Jalisco en el contexto mundial,

CONVOCA

A LA COMUNIDAD EN GENERAL, DEL ESTADO DE JALISCO, A PRESENTA R CANDIDATURAS Y TRABAJOS PARA EL OTORGAMIENTO DE LOS PREMIOS “PEDRO SARQUIS MERREWE 2008”

EN LAS SIGUIENTES MODALIDADES:

- BELLAS ARTES: Artistas o promotores culturales que se consideren dentro de las bellas artes; se tomará en cuenta la trayectoria y las obras de los personajes propuestos.
- DESEMPEÑO SOBRESALIENTE EN SU PROFESIÓN O ESTUDIOS: Profesionistas o estudiantes que hayan sobresalido de manera sorprendente y significativa.
- ESPECIAL: Personas que hayan realizado un acto heroico de ayuda a la comunidad.

DE ACUERDO CON LAS SIGUIENTES BASES:

1. Los candidatos al premio, deberán haber nacido en Jalisco o haber desarrollado su trabajo o actividad, motivo de su postulación en el Estado de Jalisco.
2. Las candidaturas deberán ser presentadas por Instituciones gubernamentales, educativas, empresa u organizaciones de la sociedad civil de cualesquier índole y deberán enviar carta a la Fundación Pedro Sarquis Merrewé, A.C. en hoja membretada, anexando currículum o semblanza del candidato con domicilio, teléfono y correo electrónico.
3. No podrán participar como candidatos a este premio, las personas que ya lo hayan recibido en convocatorias anteriores.
4. El ganador en cada modalidad recibirá presea y cheque por la cantidad de \$50,000.00 (Cincuenta mil pesos MN.), en ceremonia especial.
5. La fecha límite para la recepción de documentación será el 20 de diciembre de 2007. Toda la documentación se recibirá en las oficinas de la FUNDACIÓN: Bernardo de Balbuena # 668 Col. Ladrón de Guevara C.P. 44600 Guadalajara, Jalisco. TEL. 38-18-08-50, 78 y 79.
6. Los resultados se comunicarán directamente a los ganadores en cada una de las modalidades, después del 1° de Marzo del 2008.
7. No hay restricción de edad, y en caso de que el seleccionado sea menor de edad se le entregará el premio monetario a su tutor o a quien tenga la patria potestad sobre el menor.
8. En cada modalidad se podrá otorgar más de un premio, a discreción del jurado calificador.
9. La decisión del jurado y Comité Técnico Asesor será inapelable, el premio para cada modalidad no será dividido y podrá declararse desierto, en el caso de que las solicitudes recibidas no reúnan los requisitos mencionados.

Juan López, magister ludi

GUILLERMO GARCÍA OROPEZA

Este texto fue escrito para ser leído, entre amigos, en el aniversario del natalicio de Juan López Jiménez. Su título, magister ludi (maestro del juego), sintetiza a su cabal protagonista. Podría agregársele únicamente temible y el retrato sería completo. El inigualable estilo de su autor, su peculiar humor, su larga amistad con Juan López, hacen de estas memorias un documento digno de mejores páginas que éstas.

Un día descubrimos Enrique Alfaro, Juan López y yo que éramos vecinos astrológicos. Es decir que Enrique era del 23 de junio, Juan del 24 y yo del 25. Que éramos tres habitantes del signo de Cáncer y que por lo tanto deberíamos tener algo en común. La verdad ignoro qué sea esa convergencia astrológica pero no dudo que exista. Pese a nuestras diferencias existía una empatía que se tradujo en una amistad muy sólida y placentera. Nos juntábamos a comer y a comentar los males de la Patria en sesiones donde reinaba, suprema, la maledicencia de Juan. Y no que Enrique y yo seamos novicios franciscanos, pero Juan era el maestro absoluto, el “magister ludi”. Y yo, que siempre he gozado del humor, entre más negro y malvado mejor, gocé mucho el magisterio juanino.

Cuando murió Juan y asistimos a esa ceremonia tan valiente donde nos despedimos de él, nos dimos cuenta que era insustituible, que no hay otro Juan López. Ni puede haberlo porque él fue producto de una genética, una geografía, un tiempo histórico, una historia personal, unas lecturas, un momento político. Y lo extrañamos y se nos antojó que no hubiera muerto y que pudiéramos ir a comer como antes y fue entonces que le dije a Enrique “debíamos juntarnos para hablar mal de Juan...”, a él le hubiera gustado”. Porque, claro, no íbamos a tener una remembranza sensiblera, convencional, cursi. Hubiéramos traicionado al personaje.

Y hoy, en este 20 de junio de 2007, tengo la oportunidad de hablar mal, a mi manera, de mi querido y extrañado Juan López. Y por hablar mal implico buscar la verdad sobre este hombre tan fuera de serie, con esa personalidad fuerte, hecha a golpes verbales, en una lucha constante contra tantas cosas. Y me he puesto a analizar, a tratar de entender al Juan López que yo conocí, a través de tantos años de amistad. ¿Qué era para mí Juan López?

Ante todo, la inteligencia –una inteligencia temible. Y yo he conocido a mucha gente inteligente, hombres y mujeres y, por cierto, que Diego Rivera decía que las mujeres siempre son más inteligentes que los hombres. Cosa en la que creo que tenía la razón Diego, el cual tenía una inteligencia también temible, a la Juan López. Y entre esa gente inteligente que he conocido brilla en un lugar privilegiado Juan. Con una inteligencia donde se equilibraba lo teórico con lo pragmático. Porque gracias a Dios Juan no era esa cosa terrible que es un intelectual 100%

puro. Era un intelectual, claro, a sus horas y a sus lecturas, y su preparación humanista de base se notaba claramente. Pero por encima de ese intelectual que sabía lógica, filosofía, teología y latín, amén del pensamiento jurídico y político, estaba su inteligencia de hombre con los pies en la tierra y en la realidad más cruda.

Juan sabía, por supuesto, que era inteligente y no tenía mucha caridad que digamos con aquellos que no se le parecían, aunque fuesen santones de la cultura nacional, como don Antonio Caso, por ejemplo, de quien decía que a fin de que se le viera la frente amplia se la rasuraba con navaja, a riesgo de llevarse algún pellejo. Tampoco tenía mucha misericordia con las figuras públicas, con los políticos, aunque admirara ciertamente a algunos. Los de estilo duro, generalmente. Había en Juan una admiración por la fuerza política y era capaz de leerse una biografía de mil páginas sobre Francisco Franco, por ejemplo. Lo cual no implicaba una identificación ideológica porque creo que Juan estaba más allá o más acá de las ideologías. Y es que era un historiador, y los historiadores son muy escépticos con cualquier entusiasmo ideológico.

Tengo la impresión de que Juan desconfiaba de los intelectuales, de esa casta inútil que va acumulando maestrías y doctorados y haciendo investigaciones que no sirven para nada. Aunque, claro, hay intelectuales e intelectuales, y los buenos son, me temo, una minoría.

En cambio Juan tenía admiración por esas inteligencias espontáneas que tienen algunas naturalezas poderosas. Pienso en ciertos políticos mexicanos, los constructores del Sistema, todos los Gonzalos N. Santos que en el mundo han sido, todos los Plutarcos Elías Calles, todos los Gustavos Díaz Ordaz. Esa raza de hombres de poder que han construido el mundo, aunque, claro, a un costo. Y me imagino que entre sus admirados estaban algunos Papas del Renacimiento, aquellos que levantaron, como ya lo había hecho Augusto, una Roma de mármol, aunque sus vidas privadas no fueran exactamente ejemplares. Entre las cosas que lamento es no haber platicado con Juan sobre este tema, que me dijera qué pensaba de Julio II, por ejemplo, aquel que no se bajaba del caballo desde donde dirigía sus ejércitos pero que también fue el patrón abusivo y estimulante de Miguel Ángel.

Y Juan amaba el arte clásico, más el de los romanos que el de los griegos, y le gustaba coleccionar réplicas de aquellos hombres que tuvieron tanto poder que los convirtieron en dioses. Julio César, intelectual, pecador universal y figura trágica, Augusto, sobrio administrador y constructor que fundó un sistema que duró trescientos años.

Juan López, inteligencia temible. Temible porque despreciaba la prudencia cada vez que se podía. Porque, claro, Juan no comía lumbre. Pero en las circunstancias normales de la vida Juan decía cosas inteligentes y verdaderas, horriblemente verdaderas. Y es que conocía a los seres humanos, pues con Terencio nada humano le era ajeno. Esta *temibilidad* hacía que muy pocos retaran su inteligencia. Sus amigos, como Enrique Alfaro y yo, desplegábamos frente a Juan una gran prudencia. Yo cuando mucho le objetaba sus excesos racistas, pero así, muy suavemente, sin arriesgar tampoco la cabeza. Y parte de la *temibilidad* juanina es que era de lo más divertida. Si existe un juego perverso es, sin duda alguna, el de la maledicencia. Pero esta maledicencia puede ser vulgar, sucia, mal intencionada, o puede ser una obra de arte: la maledicencia que gracias al ingenio se convierte en algo si no bueno, al menos sí admirable. En un juego que busca la frase, el apodo, la clave de una personalidad a la que se va a demoler verbalmente. Borges, que era un señor muy bien educado, de las mejores familias argentinas-inglesas escribió sin embargo un delicioso arte del insulto porque cualquiera puede arrojar un hijo de puta o una mentada de madre pero no cualquiera puede decir algo como esto: “Su esposa, caballero, con el pretexto de que trabaja en un lupanar, vende géneros de contrabando.” Cito de memoria.

La inteligencia temible de Juan era menos literaria que la del argentino o la de aquel Oscar Wilde, maestro universal del juego. Pero, a mí me recuerda a otra inteligencia temible que ha dado México: Salvador Novo. Y por cierto fue Juan López hace muchísimos años quien me regaló una copia mimeografiada, que era como circulaban entonces, de los poemas malditos de Salvador Novo. Poemas que después pude conseguir en una bella edición de Alberto Dallal llamada “Sátira” y que son un monumento prohibido de las letras mexicanas. Allí está la Diegada, los poemas de año nuevo, los poemas en que acaba con

sus enemigos y finalmente, lo menos interesante, sus poemas de amor. Y Novo jugaba rudo y sólo algún valiente o inconsciente se atrevió a pelearse con él. Porque de la picadura de la espada de Novo nadie se salvaba.

Y ya que andamos en éstas habría que recordar a ciertos grandes poetas y escritores del género maledicente, a Catulo, claro, y a nuestro don Francisco de Quevedo y Villegas, aquel maledicente, boca de infierno que hablaba cuando quería en el más bello castellano del mundo. Y aunque creo que Juan era más cervantino que quevediano, en espíritu era no ese santo triste que es Cervantes sino el temible cortesano que fue Quevedo.

Hemos dicho que la inteligencia de Juan está fincada en el realismo. En lo que los psicoanalistas llaman la “realidad real”. El realismo que mira al mundo tal y exactamente como es. Es decir, terrible. Que conoce la condición humana, la del hombre lobo del hombre, la de las debilidades, de las ridiculeces, de la tontería, de las vanidades, de las ambiciones, de las lujurias, de las santas hipocresías. Una visión de quien ha vivido mucho y ya no cree en ningún romanticismo. O si se quiere, una visión de confesor o psicoanalista, o para no ir más lejos, de abogado, vamos. “Cuénteme como están las cosas con toda sencillez y claridad que luego yo ya me encargaré de enredarlas”. Algo así decía un letrado que estaba en su despacho. Porque Juan era muy abogado aunque despreciara a muchos de sus colegas. Cosa que, mucho me temo, pasa en muchas profesiones.

Y no es que para Juan no hubiera hombre bueno, mujer honrada o caballo veloz. Pero ciertamente era muy selectivo. Incluso admiraba a su manera a ciertos seres que son héroes en sus actividades. Pero no salían éstos seres sin un rasguño. Juan los llamaba los “beatos” de la medicina, del derecho, de la educación, de la ciencia. Admiraba pero no absolutamente. En cuanto a las personas simplemente buenas, sin heroicidades seguramente les concedía el beneficio de la duda pero no perdía su juicio vigilante. Y es que, como dice un dicho que le debo a Enrique Alfaro, “caballo manso tira a malo, mujer coqueta tira a puta y hombre bueno tira a tonto”. Y en nuestro idioma castellano a manso y menso sólo los separa una vocal. Y volviendo a los beatos, Juan reconocía que el mundo les debía mucho si no fuera por ellos, por los enamorados de la ciencia, de su profesión, de la raza

T [33] 3165.2512
www.ocus.com.mx

humana, el mundo, simplemente no caminaría. Y en eso coincidía con una vieja leyenda judía que dice que gracias a los justos –es decir, los beatos en el lenguaje juanino– ya la humanidad se hubiera destruido.

La inteligencia de Juan surgía de la experiencia. Primeramente de la experiencia de niñez en un pueblo, diría Yáñez, situado en “algún lugar del Arzobispado”, en uno de esos pueblos jaliscienses que nuestros grandes novelistas han descubierto ser tan complicados y humanos. Lo universal pasa por lo local y eso lo sabía también, por ejemplo, don Luis González y González cuya tesis doctoral se iba a llamar “Historia Universal de San José de Gracia”; y de haberle dado por la novela, Juan nos hubiera dado un delicioso Mexticacán. La escuela inicial, la de haber nacido y crecido en un pueblo, jamás lo abandonó, en su inteligencia había mucho de esa condición pueblerina que los ciudadanos envidiamos. De Mexticacán sacó también, por supuesto, su lenguaje por más conocedor que se hubiera hecho después de la universalidad del castellano.

Hubo también según sé una experiencia de seminario que lo cambió profundamente. Porque dicen, no me consta, que el seminario ya imprime carácter y jamás se puede uno librar de él. Algunas cosas buenas sacó Juan de allí. Una cultura humanista, ésa que incluye una lógica formal, un gusto por esa extraña cosa que es la teología que para los buenos es la reina de la ciencias y para los malos como yo una provincia de la literatura fantástica. Y el seminario le dio también el latín, lengua que Juan admiraba por sobre todas las cosas. Ignoro qué tan buen latinista fuera Juan, pero la lengua le marcó la inteligencia, esa lengua que es como un álgebra verbal y que fue, no lo olvidemos, la lengua de la jurisprudencia.

Pero Juan deja el seminario y lo encontramos en Guadalajara luchando por la vida. Guadalajara le da otra picaresca y una historia. Juan se pone a leer las cosas de aquí y se convierte en uno de sus expertos. Eso que yo llamo, en poco gracioso y poco pronunciable neologismo, un “guadalajarólogo”. Y Juan sabía de Guadalajara como pocos y le interesaba en sí. Seguramente, no lo sé, tuvo sus maestros en la guadalajarología. Muchas veces mencionaba al Maestro Cornejo, tan divertido y malhablado como él que se pasó media vida en la biblioteca y que conocía sus tesoros.

Y Juan escribiría sobre muchas minucias tapatías. Como los puentes que cruzaban el río o aprendiz de río que era el San Juan de Dios. Pero nunca nos dejó su *summa tapatía*, un libro que hubiera sido instantáneamente un clásico, junto con el Chávez Hayhoe o el Pérez Verdía.

Ignoro qué va a pasar con los libros que escribió Juan. Alguien debería de antologizarlos, de otra manera se

perderán en las bibliotecas indiferentes. Y es que la vid actual nos impone formatos cortos, escritos hechos al grano. Hemos perdido con tantas cosas el tiempo de lectura y sobre todo cuando esa lectura pertenece, como la prosa de Juan, a la abundancia. En eso Juan era de otra época, cuando se podía todavía hablar sin tener que mirar al reloj.

Creo que Juan fue sobre todo un escritor oral, aquellos en los que lo mejor de su obra no queda en el papel sino en el aire. Como esa gente que en tanto se le parecía que era Juan José Arreola, que habló tanto y escribió menos. Y bueno, es triste decirlo pero así es, el papelito queda y la palabra hablada se pierde en las inconfiabilidades de la memoria. Y como a muchos sucede, la lengua escrita y la hablada no siempre se llevan bien. Juan era mucho mejor en el juego libre de la conversación que en la formalidad de lo escrito, donde a veces se ponía en esa situación tan peligrosa que es la solemnidad y el bien decir, o donde el abogado estorbaba al escritor.

La siguiente escuela de Juan fue la de Derecho. A mí, como no soy abogado ni conozco la Facultad, se me hacían muy divertidas las crónicas de Juan de sus maestros, los que no salían muy bien parados que digamos, y sus compañeros menos. Seguramente que Juan llegó a la Facultad con un bagaje cultural que le dio una injusta superioridad sobre sus colegas. Pero la Facultad lo hizo abogado de por vida, lo quisiera Juan o no. Y seguramente que Juan vivió, como tantos lo hemos hecho, una molesta dicotomía entre la profesión y la querencia intelectual. Querencia que en el caso de Juan eran la Historia y el idioma. Y aquí no nos queda sino quejarnos de este país donde tan pocos pueden dedicarse a lo que les gusta y para lo que tienen facilidad, y cargar toda la vida con una profesión porque ni modo, más cornadas da el hambre. Sobre todo en los tiempos de la juventud de Juan cuando el espectro de profesiones era tan limitado y lo que daba el Alma Mater era media docena de opciones: o médico, o abogado, o ingeniero midecalles, o químico, o arquitecto, y cuando nadie sacaba maestrías ni doctorados, a no ser que emigrara de aquí para siempre. Cuando las becas a España eran para los mochos de la Autónoma, aquellos que se iban al Colegio Real de Guadalupe, en los madriles, hecho para indios bien portados.

Las escuelas finales de Juan ya fueron la universidad de la vida, la profesión y la política. Una política que Juan veía con el más descarnado realismo, desde esa perspectiva soberana que da la Historia y con el realismo tan particular que da la Historia de México tal y como la conocía Juan. Una Historia de México que es de una picaresca total donde no se salva nadie. Una Historia donde los seres míticos desplazan a los héroes, donde todo está saturado por la retórica, por esa tendencia de

la historia oficial de convertirse en hagiografía o donde para la historia de la oposición católica todos los héroes de la historia oficial son unos malandrines. Ignoro cuáles fueran los personajes de la historia de México que valían para Juan. Quizá ninguno. A la mejor Porfirio, aquél que nos trajo unos años de reposo en medio de la locura nacional; el Señor Presidente Díaz, que no tenía enemigos porque ya los había matado a todos pero que cuando vio el juego perdido no se empecinó en quedarse y volver a ensangrentar a México sino que se fue a París a vivir un crepúsculo dorado.

Ciertamente otros héroes de la historia oficial no eran admirados por Juan. Todavía me estremezco en divertida indignación al acordarme de lo que decía Juan de Zapata o del Tata, ese Tata que se venera en los altares del día de los muertos en Michoacán. Ahora, de los presidentes recientes y ya no tanto, quizá Juan salvara a Díaz Ordaz por testicular y decidido. Y al que pese a su pecadito viendo lo que vino después es como un emperador romano. En esta decadencia terminal de nuestra pobre patria.

Ignoro la trayectoria política de Juan. Sé sin embargo anécdotas de él muy divertidas. Seguramente se sentía en nuestra vida pública como en medio de una novela picaresca, pero podía jugar y muy bien el juego. *La movía*, diríamos informalmente.

Y podía ser travieso pero, repito, no comía lumbre. Me preguntó si le hubiera entrado a la política como trabajo de tiempo completo, si hubiera aguantado todas las perversas disciplinas que el oficio supone. La infinita capacidad de comer mierda sin hacer gestos como alguien lapidariamente la definió. Ciertamente no le faltaba a Juan ni la inteligencia (que quizá le sobrara), ni el conocimiento del medio, ni el gustillo por la vida pública, pero creo que no tenía la gran obsesión del poder, la adicción terrible.

Quizá en otros tiempos, cuando había grandes tribunos y aún existía la tradición de la elocuencia. Quizá. Pero me lo imagino muy a gusto en su sillón de notaría rodeado de libros contestando preguntas a los reporteros de la televisión.

Junto con la Historia y la inteligencia tuvo Juan el amor al idioma. Ya hemos mencionado su latinismo. Vayamos ahora al amor al castellano, esa lengua misteriosa que tan pocos hablan correctamente y menos aún con todas sus posibilidades de belleza.

Las fuentes del español de Juan eran dos. La materna, por supuesto, el habla de su región de Jalisco que sabía naturalmente a fondo. Y sobre ésa fue acumulando una lengua académica alimentada por la lectura de Historia y clásicos así como el trato diario con el diccionario. Juan, que era un ávido coleccionista, iba juntando diccionarios y descifrando así los misterios que son infinitos de la lengua castellana. Ese idioma que, dicen los que saben, es muy

difícil y el más latino de las lenguas romances. Más que el mismo italiano. El resultado era, cuando quería, una lengua y un estilo que oscilaba entre lo clásico y lo barroco. Sobre todo al escribir, claro.

Conocía a fondo el idioma y detectaba todas las barbaridades que decimos aquellos o que no sabemos o no respetamos al castellano. Los que, por ejemplo, estamos infectados de anglicismos y galicismos. O los que tienen un vocabulario a nivel de mendicidad, ese de los chavos y los malos locutores de radio. Juan era castizo y caxcano y su vocabulario inmenso. Pero hay otro castellano que dominaba, el de las malas palabras. Era, si me permiten decirlo, un gran malhablado y sus chingados caían como fuetazo y, lo que es más importante, era un malhablado creativo que trabajaba un insulto como otros trabajan un soneto. Pero sabía que las malas palabras sólo son un condimento, una salsa picosa pero que no pueden suplir al discurso.

Juan era orgullosamente regional, tenía por allí un cuadro del pueblo y tenía las virtudes y defectos de su tierra. Pertenece a lo que Luis González y González llama la *matria*, es decir, el lugar donde nacimos, *matria* en contraste con *patria* que es el gran conjunto que en el caso de México es tan complejo. Y en el caso de Juan la identidad con la *matria* mucho me temo era mayor que la identidad con la *patria*. Arriesgando una barbaridad diré que Juan no era tan mexicano. No le gustaba mucho que digamos esa mitad del país que es indígena y morena. Practicaba con desafío el racismo jalisciense, el cual no podemos negar que existe, aunque no sea políticamente correcto. Pero así es.

El racismo de Juan nacía de una identidad racial, cultural, sentimental con España. En este país donde muchos odiamos a los gachupines, Juan iba a contracorriente. Y se sentía en España como en su casa. Me tocó viajar con él por la Península, íbamos en un viaje que pagó –Dios la bendiga– el Alma Mater, y nuestra expedición la dirigía el rector que era nuestro amigo común. Eran los años buenos cuando en los dominios del PRI no se ponía el sol y cuando pensábamos que así iba a ser siempre. De España sabía todo lo que hay que saber; sabía, por ejemplo que la iglesia que estaba cerca del hotel, en Madrid, era donde habían bautizado a Cervantes. Tenía amigos españoles, sobre todo libreros que cuando lo veían venir sacaban a la acera el tapete rojo para que entrara Don Juan. Y es que en las librerías que le gustaban, que es donde también se podían comprar documentos históricos, era el gran cliente. Un cliente de esos que saben y, sobre todo, que pueden comprar.

Pero no sólo con los libreros Juan tenía afinidades amistosas, pienso que se sentía bien con casi todo mundo y España era para él la joya de Europa. Donde había todo: comida, museos, tiendas, maravillosas arquitecturas y,

pienso, sobre todo historia y palabras, sus dos grandes aficiones intelectuales. No sé si le gustara el toro, ni el fútbol, ni los folklores flamencos. Sé que gozaba el paisaje, aquellos verdes infinitos de Andalucía y la amarilla sequedad castellana y manchega. No sé por qué no se fue a vivir a España pudiendo hacerlo. Pero en la vida uno deja tantas cosas por hacer ignorando que, como dice el proverbio chino, “es más tarde de lo que te imaginas”.

En el caso de Juan, la admiración española implicaba, para mí, un escandaloso menosprecio de México. Sobre todo del México indio. No sé si fuera pose, pero si lo era, era muy ruidosa. No sé si lo hacía por escandalizar los mestizos como yo, con una bisabuela nahuatlata y otra guare, es decir, *purépecha*, que se identifica sentimentalmente con todo lo indio y que considero a España un país de segunda comparado con la verdadera Europa, la que está al norte de los Pirineos. Pero bueno, estamos entrando a un psicoanálisis de lo mexicano que mucho me temo es causa perdida.

Para explicar un poco el ánimo anti-indio de Juan arriesgo una teoría. Y es que él venía de una zona donde la conquista acabó con lo que el llamaría la “*indiada*”, y que la relación entre las razas no fue tan pacífica que digamos. Lo mismo sucede, me consta, por antecedentes familiares con muchos norteños. La duración de la guerra india fue en Sonora, por ejemplo, larguísima, hasta que la Revolución acabó con el conflicto. Pero de cualquier manera Jalisco no es Oaxaca, ni el D.F., ni la sierra de Veracruz o Puebla. Los criollos alteños fueron templados por la historia y por la vida dura. Y no hay por aquí maravillas indias de la humanidad, como Chichén o Teotihuacan. Finalmente todos somos el resultado de un drama que aún no termina de resolverse que es la Conquista. Eso que para algunos fue maravillosa y para otros, me cuento en su número, un asalto a mano armada y un genocidio.

Sólo me queda recordar un aspecto muy curioso de Juan, que creo que viene muy al caso y es lo que yo llamaría su catolicismo residual. Algo de lo que padecemos quizá muchos porque en México a todos nos hacen católicos y luego nos sueltan y algunos nos separamos de la Santa Madre pero muy difícilmente del todo, siempre queda por ahí una nostalgia, un residuo. Y en el caso de Juan, del que respeto su vida privada que incluye el aspecto religioso, había una nostalgia por la teología. Sé que cultivó una larga amistad con uno de los curas más poderosos de la ciudad. No digo nombres de la persona ni de su muy temible congregación o prelatura. Pero Juan simpatizaba con el personaje quien, además, era gato, es decir madrileño. Y algunas veces me dio Juan alguna lección de teología en respuesta a mis preguntas herejes. Y sentía una admiración por esa magna institución que es la Iglesia romana, ejemplo de

organización y de permanencia y, seguramente, también de un realismo absoluto fruto de toda la experiencia del mundo.

Y Juan que se burlaba de mis liberalismos me la ponía como ejemplo. Además admiraba al Papa Juan Pablo II, de quien había leído alguna buena biografía. Lo llamaba *Lólek*, que era su nombre familiar y seguramente admiraba el dominio de la comunicación que tenía el Papa polaco. En cambio no salían tan bien librados ciertos altos clérigos mexicanos y locales. Sea por Dios.

Y al envejecer Juan mismo fue desarrollando un no sé qué de clerical. Con su calvicie y blancura, con la figura de canónigo chocolatero iba que volaba para obispo. Y seguramente si se hubiera quedado en la iglesia, si no hubiera sido obispo sí cuando menos monseñor. No faltaba más, pero qué bueno que se quedó en el mundo que es terrible y caótico pero, eso sí, muy divertido.

En alguna revista muy popular había –no sé si continúe– una sección llamada “*Mi Personaje Inolvidable*”, que dado el tono de tal revista era generalmente una personalidad de beato de cualquier cosa, de bueno de bondad, de bien portado. Juan López es para mí uno de mis pocos personajes inolvidables, aunque sea por razones muy particulares. Quizá porque me enseñó muchas cosas con su mayéutica dura, con su humor negro y su realismo implacable. Me hizo ver muchas veces las imbecilidades que había cometido y lo lógico de las calamidades que me había provocado yo mismo. “Eso y más te mereces, gordo”, y tenía razón. Y es que nosotros mismos somos nuestros peores enemigos. Enemigos encarnizados y constantes que no nos damos respiro.

Y yo le agradezco la franqueza a Juan una franqueza totalmente confiable. Aunque dejara morete.

Fui amigo de él por muchos años. Nos conocimos, como debe ser, en una librería e incontables veces fui a

su bufete de la calle de Belén que me quedaba a tiro de piedra de mi escuela de artes plásticas. Le debo muchas horas de conversación donde siempre salía aprendiendo algo de entre las infinidades que ignoro. Algunas veces le sugerí que escribiera una gran novela picaresca que fuera su visión de la Historia de México. Una especie de “*Episodios Nacionales*” como los de Galdós o los de don Victoriano Salado Álvarez. Sólo que en negro, en malvado, donde no quedara títere con cabeza. Pero, claro, nunca me hizo caso. Y es que, como en el caso de Oscar Wilde, Juan reservaba su talento para la vida. Para la conversación, para el destello de inteligencia. Para el golpe de esgrima, para el aplastamiento de algún gilipollas, como diría él, a la española. De un pendejo, dicho en moneda nacional.

Juan fue para mí un gran amigo y le debo muchos favores que ante ustedes reconozco. Le debo anécdotas y riquezas verbales y humorísticas. Su visión de las cosas de México y del mundo me enseñó muchísimo y quisiera que me sirvieran de algo, para ya no hacer tantas *gilipollecias* en lo que me queda de vida. Lo recuerdo vivo y brillante, temible y solitario. Rodeado de sus libros y de los objetos que coleccionaba con tanto placer. No quiero caer en ninguno de los lugares comunes que se usan cuando se habla de los muertos. Le envidio que haya muerto con las botas puestas y que no haya hecho concesiones a lo convencional. Fue hasta el final un desafiante, un rebelde, un fuera de serie. Juan López Jiménez, cronista de Guadalajara. En cuya rebeldía, en cuyo negro humor, en cuyo desafío quizá se ocultara una amargura, esa amargura típica de los que la vida ha golpeado, pero no doblado ni roto. ■

Guillermo García Oropeza (Guadalajara, 1937) es autor, entre otros muchos, del libro *Viaje mexicano* (Fondo de Cultura Económica), y Alejandro Rangel Hidalgo: *Artista y cuentacuentos* (editorial Ilustra).



Ambrose Bierce, la moral del parricidio

PEDRO TRUJILLO MURO

La literatura sociopática tiene en el escritor norteamericano Ambrose Bierce a uno de sus clásicos. Su Diccionario del diablo, por ejemplo, ocupa un sitio céntrico en el inframundo de las letras. El autor nos entrega en esta nota un informe sugerente de las vicisitudes de lectura que provoca uno de los inquietantes relatos de Bierce.

Libro reseñado:

¿Pueden suceder tales cosas? Cuentos fantásticos,

de Ambrose Bierce

Madrid, Ed. Valdemar, Colección Gótica, 2005.

Una mañana me eché el Winchester al hombro y me dirigí a casa de mi tío. Pregunté a mi tía Mary, su esposa, si él estaba en casa y añadí que tenía la intención de matarle. Mi tía replicó, con su habitual sonrisa, que eran tantos los caballeros que llegaban con la misma idea y se marchaban sin obtener ningún resultado, que dudaba de mis intenciones. Agregó que no tenía aspecto de querer matar a nadie, así que, para demostrarle mi buena fe, cogí el rifle y pegué un tiro a un chino que pasaba por allí. Entonces comentó que conocía a familias enteras que podían hacer cosas así, pero que Bill Ridley era harina de otro costal. (...)

La tía Mary es una de las personas más ecuanímes que he conocido"
-Ambrose Bierce, en "El clan de los parricidas"

Ignota revelación

Una bellísima arca considerada exquisita artesanía, labrada en delicadas maderas y portadora de sorprendentes incrustaciones, además de imitar una considerable variedad de melodías, silbar como codorniz, ladrar como perro, cacarear al amanecer y recitar los diez mandamientos, promovió el parricidio.

Se lee en una confesión anónima: "en junio de 1872, una mañana temprano, asesiné a mi padre, acto que me produjo

una tremenda impresión". El agresor y la víctima, además del vulgar vínculo de sangre, eran camaradas de rapacería. Esa ominosa mañana, después de entregarse desmesuradamente al latrocinio, padre e hijo intentaban dividirse equitativamente el botín en la biblioteca de casa. El arca aludida con anterioridad, suponía un problema en la división y el anciano trató de ocultarla hasta que un largo kikirikí, seguido del Tannhauser delató su nefasta existencia debajo del albornoz paterno. Después de un conato de querrela, donde el viejo se opuso a llevar un cascabel en atracos a futuro, menoscabando su corporación, el malhechor relata: "su carácter y sensibilidad resultaban admirables. Me sentí orgulloso de él y a punto estuve de pasar por alto su falta. Pero una mirada rápida a la caja ricamente adornada me decidió y, como dije, despaché al viejo de este valle de lágrimas". Acto seguido, por temor a ser descubierto por su madre, la remitió igualmente.

Taciturno y lastimero, se dijo que no podía conocerse lo sucedido. Condenarían su conducta y con seguridad los periódicos sacarían a luz los asuntos si alguna vez, por ejemplo, él se destapaba para las elecciones. Tras consultar al comisario policial, inveterado asesino, y por consejo del magistrado que presidía el Tribunal de Jurisdicción Variable, el homicida resolvió esconder los cadáveres en una estantería de la biblioteca, asegurar la casa y posteriormente, póliza en mano, prenderle fuego.

La estantería era a prueba de fuego y se sintió muy afectado. Tales sucesos, como puede averiguarse, le conmovieron profundamente.

Boffer Bing

Atormentado por la culpa y convencido de que su espeluznante pasado entorpecería cualquier intento por llevar a cabo "una carrera honrada" en su pueblo natal, Boffer Bing se trasladó a Otumwee, ciudad desde donde relata con quejumbrosos ornamentos su historia.

Su padre, respetable diácono de iglesia, comerciaba con aceite de perro que él mismo fabricaba. La progenitora, de santísimo influjo, tenía un pequeño despacho donde atendía a irritadas madres que querían deshacerse de sus hijos no deseados -éste era esencialmente su compromiso.

Al joven Boffer se le inculcaron dulces hábitos de trabajo desde su infancia: ayudaba al padre a capturar perros para sus calderos y, eventualmente, asistía a la madre para deshacerse de los "restos" de su encargo. También le instruyeron que los guardias "hagan lo que hagan, siempre actúan inspirados por los más execrables motivos". Los guardias del barrio "estaban en contra del negocio materno", explica en su confesión: "no se trataba de una cuestión política, ya que no eran de la oposición; era sólo una cuestión de gusto, nada más". A pesar de que la actividad paterna era menos impopular en tanto que gozaba del respaldo médico (difícilmente se recetaba algo que no contuviese *Ol.can*, como designaban al despiadado óleo, desdichado medicamento), la recolección de caninos le granjeó la desaprobación de algunos vecinos insensibles cuyos perros habían desaparecido: "no dejaban que los perros más gordos jugaran conmigo", recuerda Boffer y añade: "eso hirió mi joven sensibilidad, y me faltó poco para hacerme pirata". En cambio, cuando ayudaba a su madre era donde tenía que valerse de su truculenta inteligencia para desaparecer algún cadáver infante.

Una noche, al no poder arrojar al río ("que la naturaleza tan sabiamente había dispuesto para aquel fin") el cuerpecillo inerte de un huérfano a causa de la acuciante vigilancia que un guardia ejercía sobre él, Bing halló refugio en la fábrica de aceite de su padre. Mientras acariciaba el sedoso y corto cabello de su macabro botín,

observó cuán bello era a pesar de su corta edad y resolvió, "con una tristeza inexpresable", arrojarlo al humeante caldero.

A causa de esta pequeña falla, se obtuvo un aceite de incomparable calidad. El padre, frotándose las manos, auguró el contundente éxito de la empresa familiar. No es difícil vaticinar la suerte de los progenitores de Boffer Bing, ni la atroz consumación de aquella desventurada kermés.

Elegir el crimen

"Samuel, me tienes en tus manos y puedes permitirte ser generoso. Sólo quiero pedirte una cosa: llévame a casa y acaba conmigo en el seno familiar". Tal fue la humana solicitud que dio lugar a uno de los asesinatos más célebres que relatan los anales del crimen.

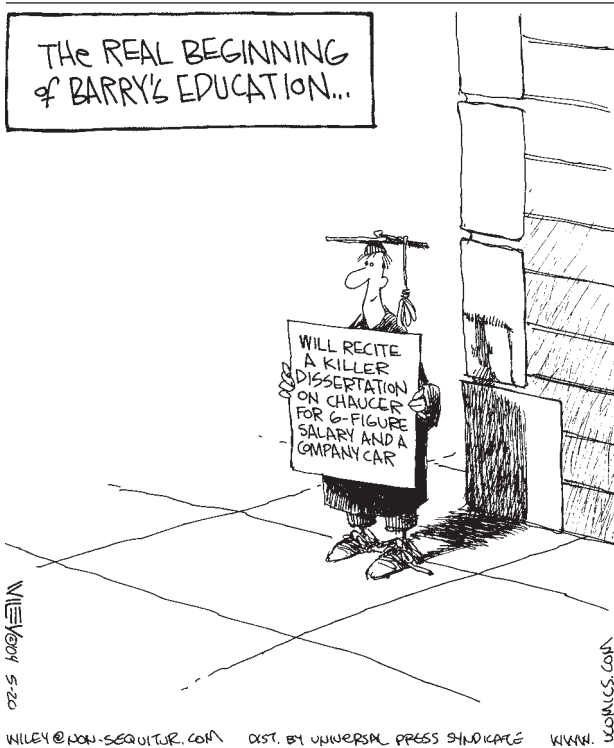
Incitado por una añeja rencilla familiar, el homicida, introdujo a su víctima, tío paterno, en un saco de trigo después de haberle inmovilizado y cortado los nervios de ambas piernas. Acto seguido lo colgó de un árbol, encaminando a un carnero salvaje, propiedad de la víctima, que lo embistiese hasta escanciarle la muerte ante la lánguida mirada familiar.

Tiempo después, cuando el homicida hizo frente a un juicio por haber matado a su madre en circunstancias "singularmente atroces", recordaría ante el juez que "los crímenes son horribles o agradables cuando se los compara". Sin lugar a dudas, la paciente compasión y la consideración filial que ostentó en su primer crimen, eran indudables. Conmovió al jurado con su declaración y, después de algún trámite, abandonó la sala con reputación inmaculada.

Una mordaz pluma de ganso

Semejantes criminales son algunos de los que Ambrose Bierce acuñó magistralmente en su gigantesco relato "El clan de los parricidas". En esta narración de fisonomía amenazadora, dividida en historias cortas, la truculencia, la crueldad y el horror se mezclan a venganzas extravagantes y ocurrencias macabras. Sus personajes son producto de una sociedad de torva gentualla que vive de maleficios, latrocinios y perversidades; asesinatos y porquerías, bribonerías y nefandeces.

En este lugar, fraguado con la poderosísima prosa de Bierce y su



perspicaz humor negro, abundan los juzgados que sirven al sombrío, e impudicamente verosímil, engranaje de la justicia: "Tribunal de Detalles Técnicos y Aplazamientos", "Tribunal de Revisión de Nuevos Procesos", "Tribunal de Absolución", "Tribunal de Impugnaciones y Detalles Técnicos" o "Tribunal de Jurisdicción Variable" por advertir unos cuantos. Igualmente hormiguean lóbregos personajes que se arrojan a toda clase de delitos: jueces que dirigen compañías de seguros que aceptan pólizas por ahorcamiento, que condenan de por vida poniendo en libertad, hipnotizadores que se sirven de sus artimañas para atroces fines y con atroces resultados; destaca, entre ellos, el inefable John Brenwalter que, resueltamente, delinquirió en cohecho, hurto, incendio, perjurio, adulterio, asesinato. Sus anales despiden un apestoso tufo a perversidad y a infinidad de actos de indecible violencia y maldad. Pero siempre con la socarrona mueca secuaz. Entre su mascar bestial, se escuchan banalidades como: "me acerqué, lo saludé amablemente y le sacudí un fuerte culatazo en la cabeza" o "entre débiles lamentos aparecía mi nombre pronunciado en tono suplicante que resultaba de lo más agradable", etc.

El hombre que para el horror y la gloria sería Ambrose Gwynett Bierce (1842-¿1914?), acaso injustamente apodado *Bitter Bierce*, además de conocer los horrores de la guerra civil norteamericana, donde fue malherido, buscó suerte como agente de una compañía extractora de oro en Dakota. Residió, escribió, publicó, editó, sobrevivió a numerosos duelos a muerte y vendió injurias en San Francisco, Washington o Londres. Frecuentemente se le inscribe en la sombría tradición Poe o Hawthorne; sin embargo, sus panegiristas aseguran que nadie se ha reído de la gente y las instituciones como él lo ha hecho en Norteamérica hasta el día de hoy. Hacia 1913, este hijo de calvinistas rurales de Ohio, decidió desaparecer en la frontera con México, que se encontraba en plena efervescencia revolucionaria. Sus motivos se desconocen y diversas hipótesis lo colocan ya escanciando el cáliz de la muerte heroica en el bando de Villa, ya siendo fusilado entre las huestes carrancistas. Las verdaderas circunstancias de su muerte seguirán siendo, al menos por un largo tiempo, meras conjeturas, al igual que ese lema arrogante que se le atribuye: "Ser un gringo en México jah, eso sí es eutanasia!"

Bierce, que produjo entre tres y cuatro millones de palabras, visitó diversos géneros, como poesía, artículos de opinión, además de un nutrido conjunto de relatos de terror (*La muerte de Halpin Frayser*, *El dedo corazón del pie derecho*, *Un diagnóstico de muerte*, entre muchísimos otros) que le valieron encomios, por

ejemplo, de H. P. Lovecraft. Además, este consumado maestro del humor negro produjo *El diccionario del diablo*, un clásico universal de una refrescante licencia, obra cumbre del cinismo y la ironía, producto del periodismo satírico -al parecer en extinción- que fomentó durante muchos años. El repertorio del diccionario, por ejemplo, sugiere: "*cadáver*, s. Persona que manifiesta el grado más elevado posible de indiferencia que puede aceptarse para corresponder a la solicitud ajena", o "*revólver*, s. Argumento utilizado por maníacos temporales", o "*abominable*, adj. Cualidad aplicable a las opiniones

ajenas". En el profuso catálogo ningún tema escapa a su ingenio irreverente.

Acusado de misántropo, siniestro, cruel y pesimista, su autenticidad y el arte de sus oscuras intenciones, lo colocan como una de las mentes más portentosas de Norteamérica y de la literatura universal.

La satírica pluma de Bierce, concretamente de ganso, produjo en "El clan de los parricidas" un relato que se lee, como el resto de su obra, al mismo tiempo con horror e hilaridad, acaso con mortificación pero siempre con avidez. Su estilo invariablemente es límpido y

elegantísimo. Nadie como él entendió que en un ambiente sombrío el humor se aprecia mejor, que un chiste en la capilla mortuoria, sorprendentemente, puede hacernos reír, y que el deseo de hacer el bien es un deseo pueril. ■

Pedro Trujillo Muro (Guadalajara, 1980) es egresado de ciencias de la comunicación (ITESO), es escritor y traductor; publica en diversas revistas locales.

gedisa
editorial

La editorial de las ciencias sociales y humanidades

Creatividad

Conocimiento

Vanguardia

VISIÓN

Experiencia

Compromiso

Son los elementos que hacemos propios cuando editamos y comercializamos libros

30 años aniversario
1977-2007

gedisa@gedisa-mexico.com
Tel. 5564-5607
Fax. 5564-7908

Mercados y ciudades

FRANCISCO J. NÚÑEZ DE LA PEÑA

Libro reseñado:

Mercados en México y el mundo

BBVA Bancomer,
2006, 264 pp.

*El mercado nació con la civilización, no es un invento capitalista. [...] Si contribuye a mejorar el bienestar de las personas, no contradice al socialismo.*¹

Atajo

Contenido: Tres artículos (“Los mercados y la economía”, de Robert J. Shiller; “Del mostrador al mercado. Una pequeña historia sobre arquitectura y espacios del vivir”, de Delfín Rodríguez; y “La historia del mercado en México”, de Luis Jáuregui) y una sección de fotografías y textos no escritos para esta obra. Según la página legal, la investigación iconográfica y la selección de textos es de “DGE Equilibrista Turner Cecilia Gandarías Tena”. En la presentación del libro se afirma: “[...] una introducción histórica a los mercados, acompañada de un extenso recorrido fotográfico por algunos de los mercados más tradicionales, representativos –e incluso curiosos– del mundo. Este recorrido no se limita a lo documental y a lo pintoresco, también busca explorar el acto mismo del mercado y sus implicaciones. A la vez retrata a sus participantes a veces desafiantes y reconocibles, otras anónimos, incluso por momentos mimetizados y confundidos con la estructura de la que participan. La parte fotográfica se acompaña de una antología de textos, de los escritores más reconocidos, que a su vez provocan diferentes interpretaciones de la imagen. Por momentos documental, y en otros con una mirada crítica, la selección fotográfica y literaria muestra la realidad y señala las contradicciones del mercado. Fotografía y literatura dialogan y se enriquecen con nuevas lecturas” (p. 10). En el portal de BBVA Bancomer se informa lo siguiente: “Un recorrido por los mercados más bellos y singulares del mundo. Entre ellos el Mercado de Oaxaca, Gran Bazar de Estambul, Amazon.com, Wall Street, Sotheby’s, etc. Mercados y economía. Contando con la colaboración de algunos de los más ilustres economistas del momento, nos introduciremos en el mundo del mercado desde una perspectiva económica de la forma más accesible posible. Historia de los mercados. El

historiador del arte Delfín Rodríguez traza una historia de los mercados desde el punto de vista formal. Este análisis nos permitirá adentrarnos en gran variedad de épocas artísticas, históricas, geográficas y sociológicas. La selección de los mercados más bellos o particulares del mundo irá acompañada de fragmentos de textos literarios, históricos o económicos que nos permitirán obtener una perspectiva más amplia de la conformación y vida de los mercados”.²

Lectores posiblemente interesados: Cualquier persona a quien guste la arquitectura, el comercio, la economía, la fotografía, la historia o las letras.

Juicio personal: Libro muy bien ilustrado, interesante y con textos dispares. Después de la concisión de Shiller (dos páginas, sin notas de pie), sigue una “pequeña historia” contada por Rodríguez en 33 páginas (y con 48 notas de pie) y un artículo breve de Jáuregui (13 páginas, sin notas de pie), cuyo título pretencioso me causó desconfianza.

Introducción muy personal

Durante mi infancia y mi adolescencia, muchas veces fui con mi madre al mercado Corona, a la mercería El Jonuco, a los pasajes (subterráneos), a las tiendas de ropa, calzado y juguetes en los portales del centro de Guadalajara. Íbamos a comprar.

Durante mi infancia y mi adolescencia, también fui con mi familia a los templos del centro, particularmente los jueves de la Semana Santa, o con mis compañeros, por razones escolares. Íbamos a rezar.

Durante mi infancia y mi adolescencia, nunca entré en el Palacio de Gobierno.

Entonces yo no conocía la teoría económica de los mercados ni, mucho menos, había oído hablar de consumismo o materialismo. Tampoco sabía de los conceptos para analizar los poderes religiosos y civiles. Y nada había leído acerca de la relación entre la arquitectura, las ciudades y los mercados. Ahora, en *Mercados en México y el mundo*, me entero de lo siguiente: “Vinculado siempre a las ciudades, a las distintas formas e ideas de ciudad, los mercados han crecido con ellas, acompañándolas como cómplices decisivos, llamando en su ayuda a la arquitectura, a las leyes, a los pueblos, a los sueños” (p. 17). Antes yo había leído lo que dijo en un discurso el arquitecto mexicano Teodoro González de León en 1989: “Las ciudades se

deben al azar, el diseño, el tiempo y la memoria. En otras palabras: son obra de la gente, regulada por el gobierno, modificada por el tiempo y preservada por la memoria”.³

En el centro de la ciudad de Guadalajara, a un costado del templo de La Merced y muy cerca de la Catedral, se encuentra todavía el mercado Corona, pero ya no la mercería El Jonuco. En los alrededores siguen los portales, varias plazas, el Palacio de Gobierno y otros edificios antiguos.⁴ Ahora descubro que no es una casualidad la cercanía de mercados, templos y sedes de los gobernantes.

Luis Sandoval Godoy observa: “Ahí donde se reúnen las multitudes, donde resuenan la jácara y el bullicio humano, ahí aparecen de pronto las condiciones para el comercio, en todos los niveles y en todos los géneros. Lo vemos a nuestro tiempo en los incontables ‘tianguis’ que se prodigan por todos lados. Siempre a la sombra de un templo que atrae la presencia del pueblo, siempre en plazas que congregan muchedumbres, siempre en el cruce de calles populosas. Parece que el hombre tuviera necesidad de comprar y también de vender; unos y otros se combinan para crear los centros populares para toda mercadería”.⁵

Según uno de los primeros economistas, ésta es la explicación: “Una vez introducida la división del trabajo, el producto del propio es muy poco lo que puede suministrar al hombre de tantas cosas como necesita. Para subvenir a la mayor parte de sus necesidades tiene que permutar o cambiar aquella porción sobrante del producto de su trabajo, o la que excede de su consumo, por otra tal porción del producto del ajeno, según que lo exija su necesidad o conveniencia. De modo que el hombre vive con la permuta o viene a ser en cierto modo mercader, y toda sociedad como una compañía mercante o comercial”.⁶

Tribunal de la opinión pública

¿Cómo podemos saber si *Tedium Vitae* es una publicación valiosa para quienes no forman parte de su consejo editorial? Para mí, la prueba indiscutible es su compra.

Robert J. Shiller, profesor de economía en Yale University, escribió sólo dos páginas (11-12) para explicar con sencillez cómo funcionan los mercados y qué es la “mano invisible” (Adam Smith usó esta expresión una vez en *The theory of moral sentiments* en 1759

y otra en *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations* en 1776), lo cual agradecerán los lectores cuya pasión no sea la economía. Es posible que la visión de Shiller no guste a algunas personas. Pero así son los mercados. Las cuatro citas siguientes sintetizan, según yo, sus ideas:

“Los mercados son los lugares donde se coordina prácticamente toda la actividad humana de importancia”.

“El mercado es un tribunal de la opinión pública, donde ponemos a examen los frutos de nuestro trabajo y donde se alcanza un veredicto objetivo que decide que prosigamos en esa actividad o no. En un mercado auténtico no hay política, no hay sentimentalismo, no se oculta la verdad sobre el valor real. En un mercado descubrimos que nuestro amado tesoro vale millones o que no vale nada. Es frecuente que haya una discrepancia llamativa entre el mercado y nuestras valoraciones personales”.

“Un mercado es un espectáculo prodigioso porque hace visibles algunos afanes humanos en sus incontables variantes”.

“Siempre habrá mercados. Son esenciales para la especie humana. Siempre serán fuerzas que orienten nuestras vidas”.

Tipologías

“Del mostrador al mercado, una pequeña historia sobre arquitectura y espacios del vivir” (pp. 17-59) fue escrito por Delfín Rodríguez. Ahora sé, después de una indagación extra libro, que el doctor Delfín Rodríguez Ruiz es profesor de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid.

Este artículo, a mi juicio innecesariamente largo, muestra la erudición de su autor, pero después de leerlo me cuesta trabajo decir, en pocas palabras y de memoria, de qué trata. Además, el párrafo final de la introducción no me ayudó a descubrir lo que después vendría: “Lugares de orden y de desorden, los mercados constituyen y han constituido siempre un límite, un borde, un confín, permeable, sí, pero límite al fin, ya que no se vive del mismo modo a un lado que al otro de la barrera, del mostrador o del espacio del mercado, como señalara Fernand Braudel. Lo fascinante es que ese límite se mueve, cambia, se desplaza, como la arquitectura misma de las ciudades y en especial la de los mercados, lugares y actividades que, además, siempre remiten al viaje, a

las fábulas y narraciones de ensueño, a otras geografías, incluso imaginarias, a sueños y utopías, a la fantasía en definitiva. Y es esa peculiar historia, y a grandes trazos, la que pretendo resumir en estas páginas" (p. 17; subrayado mío).

A lo largo de este artículo, estructurado en cuatro partes ("Del mostrador a la plaza", "Los mercados en la edad moderna: plazas, pórticos y regularidad, entre la historia y la utopía", "Los cambios del siglo XVIII" y "De los pasajes a los grands magasins"), descubrí que los mercados y las ciudades han crecido juntos, que los arquitectos y los urbanistas han estado presentes en sus transformaciones.

La pequeña historia empieza en la Edad Media con los bazares del mundo islámico. Luego, Rodríguez recapitula: "La identidad estrecha entre mercado, plaza y ciudad, inaugurada en los siglos finales de la Edad Media, acabaría por convertirse en una clave decisiva del desarrollo urbano durante los siglos posteriores" (p. 21). Según él, "La vida civil en la baja Edad Media y la ciudad del príncipe y del comercio en el Humanismo y el Renacimiento, potenciaron de forma extraordinaria la atención por los mercados, cuidando tanto su localización y comodidad, como su arquitectura" (pp. 22 y 24).

Y en la parte final, don Delfín habla de los pasajes (mercados de lujo) y los grandes almacenes en Francia, Italia, Alemania, Bélgica, Estados Unidos, etc., pero interrumpe, casi abruptamente, su relato de los tratados y las obras de arquitectura. Esto dice el autor antes de terminar su recorrido: "Su misma terminología, tal como fue usada en el siglo XIX, según cada país o ejemplo concreto, anuncia y define su condición arquitectónica y su uso y funciones simbólicas: passage, pasaje, arcade, bazar, corredor, galerie, galleria, halle, etc. Lugar limitado, propio de un paseo corto, con paradas en comercios, librerías o cafés, en el que se puede deambular como aislado de la ciudad real, recorriendo un lugar de ensueño y de ficción, de anhelos o deseos" (p. 56)

Historia más pequeña

"La historia del mercado en México" (pp. 61-81) fue escrita por Luis Jáuregui. Ahora sé que Luis Antonio Jáuregui Frías, licenciado y maestro en economía y doctor en historia, es investigador en el Instituto Mora (México, D.F.).

Contar esta historia en pocas páginas es un gran reto. Jiménez lo resolvió así:

Tres páginas y media para hablar de "El mercado en tiempos coloniales", o sea, de las importaciones de mercancías y del comercio sin establecimiento fijo: "[...] por muchos establecimientos que pudieron existir en la Nueva España,

no tienen comparación con el comercio ambulante, el de puerta en puerta de cada casa, el de las ferias, mercados urbanos y tianguis de barrio, el del puesto que apenas contaba con su mercancía y una manta para hacer sombra, e incluso el que hacían las personas desde la propia puerta de sus casas" (p. 64).

Seis páginas y media para "El mercado en el siglo XIX", o sea, los factores que explicaron la evolución (impulso y freno) del "mercado interno": el aumento de la población, el estancamiento del ingreso, la modificación de los gustos, el "problema monetario" crónico, las alcabalas y el transporte.

Dos y media para "México y su mercado nacional en el siglo XX", donde sólo cupieron generalidades como ésta: "En la última parte del siglo XX, el mercado interno mexicano se compone de múltiples unidades que van de los vendedores ambulantes [...], los tianguis/ mercados sobre ruedas y tiendas de abarrotes, hasta los súper e hipermercados, clubes de venta, tiendas departamentales en grandes y lujosos centros comerciales y toda una miríada de tiendas especializadas" (p. 81).

Imágenes y letras

"Mercados en México y en el mundo" (pp. 82-261), sección cuyo título es casi igual que el del libro del que forma parte, trata de vendedores, compradores, productos, almacenes, transporte, inmuebles, agua, Internet, petróleo, oro, valores, diamantes y subastas. Es la más amplia y puede verse y leerse en cualquier orden. Después de lo escrito por Shiller, fue lo que más me interesó de la obra reseñada.

Está compuesta por fotografías acompañadas de breves y no tan breves textos, cuyos autores, mexicanos y extranjeros, son, por orden de aparición: Stan Allen (p. 85), John Carroll, Elias Canetti, Bernard Villaret, Ryszard Kapuscinski, Guillermo Cabrera Infante, Jorge Amado, Eduardo Mendoza, Nathaniel Hawthorne, Gerard de Nerval, Eliseo Diego, Gustave Flaubert, Elias Canetti, H. G. Wells, Charles Dickens, James Joyce, Claude Lévi Strauss, Juan José Arreola, Alonso Zuazo, Charles Dickens, Eric Hobsbawm, Herbert Marcuse, Gabriel García Márquez, Ramón Gómez de la Serna, Oscar Wilde, Henry Ford, Bernard Shaw, Ramón Gómez de la Serna, Ramón de la Cruz, Ricardo Garibay, Roberto Bolaño, Rubén Darío, Oliver Sacks, Gabriel García Márquez, Adam Smith, Gabriel Zaid, Bernal Díaz del Castillo, Bertolt Brecht, Christina Rossetti, Tomás Moro, Jorge Amado, el pueblo ("dicho popular"), Amin Maalouf, Pierre Loti, Juan Rulfo, Gustavo Adolfo Bécquer, Italo Calvino, Antón Chéjov, Gustavo

Adolfo Bécquer, Mijaíl Gorbachov, Naguib Mahfuz, John Ashbery, Allen Ginsberg; Wallis, duquesa de Windsor; H. G. Wells, Adlai Stevenson, Ernest Hemingway, Franklin D. Roosevelt, Daniel Sada, Manuel Vázquez Montalbán, Konstantin Kavafis, William Shakespeare, Kenize Mourad, Octavio Paz, Adam Smith, Carlos Monsiváis, Michel de Montaigne, Jane Jacobs, Winston Churchill, Washington Irving, Pierre Omidyar, John Paul Getty, William Shakespeare, Vladimir Nabókov, Juan Manuel Ugarte, George Soros, Stephen Hawking, Federico García Lorca, John Maynard Keynes, Zsa Zsa Gabor, Henry James, William M. Thackeray y John Berger (p. 258). O sea, de autores para todos los gustos.

Sólo transcribiré dos textos: el primero y el último:

"Algunos ven el origen de la ciudad en la guerra y el ejercicio del poder. Esto produce una visión de la ciudad amurallada que es, a la vez, un lugar de protección frente a un mundo hostil y un centro fortificado desde el que la influencia y el poder pueden extenderse. Otros, quizás más generosamente, ven el origen de la ciudad en el comercio, el mercado que se establece en los cruces de caminos, donde la gente de los campos circundantes se encuentra para intercambiar bienes y servicios. Sea cual sea la verdad de estas visiones contrastadas (y es probable que ambas posean algo de cierto), la visión de la ciudad/mercado es, bajo mi punto de vista, más atractiva. Sugiere un lugar donde los extraños se reúnen voluntariamente para mejorar y enriquecer sus vidas mutuamente. Sus valores son la abundancia, la tolerancia y la confianza, y su arquitectura es abierta e indeterminada" (*Mercat de la Vila Joiosa Solid- Soto/Maroto*).

"A veces, debido a su inmediatez, la televisión genera una especie de parábola electrónica. Berlín, por ejemplo, el día en que se abrió el Muro. Rostropovich tocaba el violonchelo

junto al Muro, que ya no proyectaba sombra, ¡y un millón de berlineses del Este afluían en tropel al Oeste para comprar a cuenta de los bancos de Alemania Occidental! En ese momento el mundo entero vio que el materialismo había perdido su temible fuerza histórica para convertirse en una lista de compra" ("The soul and the operator", *Expressen*).

Conclusión mínima

Los humanos no sólo intercambiamos afectos y palabras; también compramos y vendemos bienes y servicios. Amar es humano. Conversar es humano. Comerciar es humano. ■

Francisco J. Núñez de la Peña es economista y profesor en el ITESO desde 1983.

¹ Mijaíl Gorbachov en la obra que se reseña, p. 188.

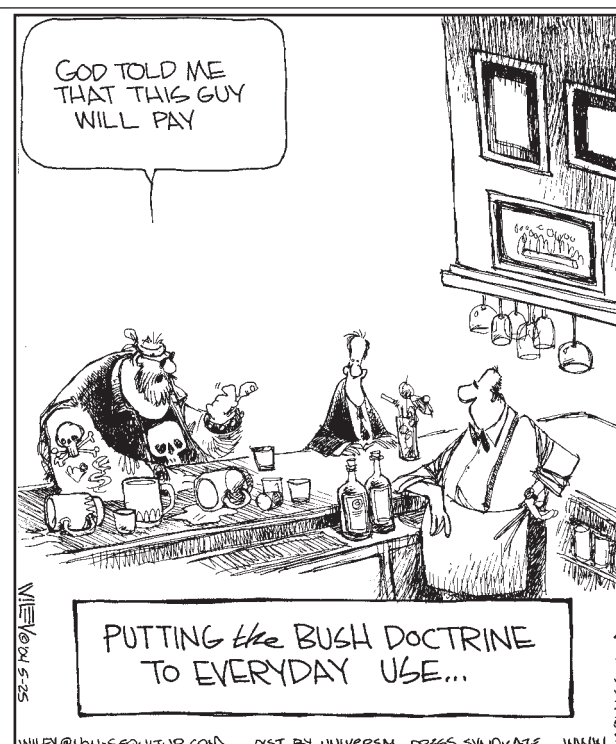
² http://www.bancomer.com/ruta.asp?pagina=/FundacionB/in_bienvenida.asp

³ Teodoro González de León, "Arquitectura y ciudad. Discurso de ingreso al Colegio Nacional", *Vuelta*, enero de 1990, p. 7.

⁴ La catedral definitiva empezó edificarse en el siglo XVI. La orden de la Merced comenzó a erigir su convento a mediados del siglo XVII; y la construcción del Palacio de Gobierno, en la misma época. Según Agustín Yáñez, el mercado Corona antes tuvo otros usos: "En cuatro siglos, cementerio, casa de obispo, convento y hospital; plazuela y sitio de ajusticiamiento (don José Antonio Torres, descuartizado); pasto de incendios y charca de inmundicias". Cfr. José Rogelio Álvarez (Dir.), "Guadalajara", *Enciclopedia de México*, tomo V, México, Enciclopedia de México, 1977, pp. 558 y 561; José María Muriá (Dir.), *Historia de Jalisco*, tomo II, Guadalajara, Gobierno de Jalisco, Secretaría General de Gobierno, Unidad Editorial, 1981, pp. 281, 287 y 288; y Agustín Yáñez, op. cit., p. 177.

⁵ Luis Sandoval Godoy, *Ayer, Guadalajara, amable visión de la historia*, Guadalajara, Ediciones Impre-Jal, 2006, p. 52.

⁶ Adam Smith, *Riqueza de las naciones*, México, Publicaciones Cruz O., México, 1979, libro I, capítulo IV.



Viajeros en el Islam

Tocqueville, Twain, Chateaubriand, Lawrence, Lane, Doughty, Burton

ALGIS VALIUNAS ©

Traducción de Moisés Silva

Publicado originalmente en Claremont Review of Books, Primavera 2007.

Muchos escritores se han aventurado por tierras musulmanas y han escrito crónicas memorables sobre esos viajes. De Chateaubriand a V.S. Naipaul, el género de la literatura de viajes no sería lo que es en la actualidad sin los relatos de Richard F. Burton, Mark Twain, Gustave Flaubert o Ryszard Kapuscinski que nos han contado a los lectores occidentales sus personales andanzas por tierras exóticas. Sin embargo Edward Said ubica a todos estos autores en la misma valija de los intereses imperialistas y sus prejuicios contra los musulmanes.

Algis Valiunas nos muestra en esta reseña que la literatura de viajes sobre el Islam puede no estar tan equivocada al denunciar las enormes diferencias culturales que separan esa cultura de la occidental y es más perceptiva de lo que sugiere la animadversión del intelectual palestino estadounidense fallecido en el 2003.

Edward Said, profesor palestino-estadounidense de inglés en la Universidad de Columbia, publicó en 1978 *Orientalism*, un estudio que condena prácticamente toda la literatura y los estudios occidentales acerca de cuestiones islámicas como instrumentos del imperialismo. El Oriente, según él, es una invención de los orientistas. No existe en realidad una civilización islámica que circunscriba los pensamientos y sentimientos de cada uno de los musulmanes, sino un sinnúmero de individuos que son musulmanes y que son en todo sentido tan singulares en sus experiencias como sus contrapartes en la cristiandad, por lo que emitir sonoras generalizaciones acerca de los tipos de islamistas es una imperdonable falta de imaginación y un equívoco moral. Al describir este Oriente islámico que para empezar no existe, los escritores occidentales siempre dan una imagen equivocada. Aunque Said evita discretamente describir en detalle cómo sería una representación auténtica, algunos comentarios dispersos hacen pensar que sus musulmanes son universalmente tolerantes, amantes de la paz, moderados en su devoción religiosa y apasionados en su búsqueda de libertad política, esencialmente indistinguibles de sus hermanos occidentales en todo excepto en su experiencia de la opresión occidental.

Said critica a varios profesores distinguidos de estudios orientales – Louis Massignon, Sir Hamilton Gibb, Bernard Lewis – pero reserva un desdén especial para algunos de los grandes viajeros literarios

occidentales en tierras musulmanas como Chateaubriand, Edward Lane, Gustave Flaubert, Richard F. Burton, Charles Doughty y T. E. Lawrence. Un grupo tan variado e inteligente de escritores seguramente merece una segunda ojeada. El encuentro de Occidente con el Islam se remonta a la Edad Media, pero incluso si le hacemos caso a Said y confinamos nuestra atención a los dos últimos siglos, la imagen que emerge es muy distinta de la descrita en *Orientalism*. La literatura de viajes tiene una mentalidad más abierta y es más perceptiva de lo que sugiere la animadversión de Said, que además deja fuera figuras tan importantes como Alexis de Tocqueville, John Lloyd Stephens, Mark Twain y Robert Byron. Todos esos escritores fueron honestamente en busca de la civilización islámica y, contrariamente a la caricatura de Said, sus observaciones todavía podrían instruirnos.

El choque de civilizaciones de ayer

Si hay un escritor en este grupo

que casi se ajusta a la descripción de Said de la obra orientalista, sería François Auguste-René vizconde de Chateaubriand, conocido sobre todo como escritor de memorias, diplomático, panegirista del cristianismo y novelista de la nobleza salvaje de los indios americanos. Su *Itinéraire de Paris à Jérusalem* (1811) ensalza el orgullo marcial francés en colisión con los rufianes levantinos, tiembla ante el misterio de lugares sagrados irradiados de eternidad, deplora la codicia árabe que prevalece ahora en la Tierra Santa donde Jesús predicó la caridad, celebra la excelsa piedad de los cristianos árabes y denuncia la sacrilega monstruosidad de los salvajes musulmanes. Contra la santidad de Jerusalén – o por lo menos de sus vestigios cristianos – Chateaubriand enfrenta la incurable sensualidad de Constantinopla, en donde ningún hombre tiene control sobre sí mismo. Se lamenta de Egipto, “la tierra donde la civilización nació y donde la ignorancia y la barbarie reinan ahora”. Los árabes podrán vivir “en Oriente, donde todas las artes, todas las ciencias, todas las religiones surgieron”, pero ahora son pequeños primitivos. “Con el indio americano todo afirma que el salvaje no ha alcanzado aún el estado de civilización”, afirma, “mientras que con el árabe todo indica que el hombre civilizado ha vuelto a caer en un estado de salvajismo”.

Entre una raza como esa y los pueblos de la cristiandad, la condición natural es la guerra. En las cruzadas, la dulce justicia cruzó espadas con las fuerzas de la oscuridad, y el mundo sería un mejor lugar si el conflicto se hubiera resuelto de una vez por todas. Las cruzadas “tuvieron que ver, no sólo con la liberación del Santo Sepulcro, sino con la cuestión de qué debería prevalecer en la Tierra, una religión enemiga de la civilización, sistemáticamente dispuesta a la ignorancia, al

despotismo, a la esclavitud, o una religión que revivió entre los modernos el genio de la sabia antigüedad y que abolió la servidumbre... El espíritu del mahometanismo es la persecución y la conquista; el Evangelio, por el contrario, predica sólo la tolerancia y la paz”. Predicar la tolerancia y la paz deja a Chateaubriand empapado en sudor de fiebre guerrera.

Pero tenía sus razones. Los insultos e injurias a los que los cristianos y los judíos se veían sometidos bajo la tiranía musulmana le calaban hasta los huesos. La orden religiosa que guarda la tumba de Jesucristo, observa Chateaubriand, es humillada y atormentada sin cesar por los oficiales turcos. La situación es aún peor para los judíos:

Objeto particular de todo desprecio, inclina la cabeza sin quejarse, sufre todos los insultos sin pedir justicia, se deja golpear sin un suspiro; si alguien pide su cabeza, la entrega en el cementerio... Uno tiene que ver a estos legítimos dueños de Judea como esclavos y extraños en su propia tierra; uno tiene que verlos esperando, bajo toda esta opresión, un rey que los habrá de liberar.

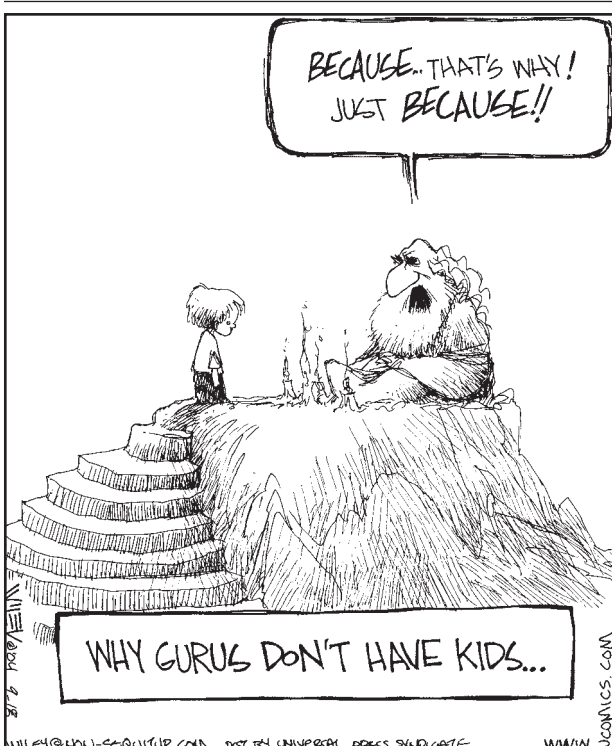
Los judíos en Jerusalén, escribe Chateaubriand, viven como vivían los franceses bajo el Terror. Pero también los musulmanes, aunque sean los musulmanes los que gobiernan:

Acostumbrados a seguir la fortuna de un amo, no tienen ley alguna que los ate a ideas de orden y moderación política. Matar, cuando se es más fuerte, les parece un derecho legítimo. Ejercen ese derecho o se someten a él con la misma indiferencia... No conocen la libertad, no tienen derechos de propiedad; su Dios es la fuerza.

En opinión de Said estas son calumnias, y Chateaubriand es el manantial contaminado del que fluyen los relatos de los viajeros que le siguieron.

El dominio sobre los musulmanes

Alexis de Tocqueville, cuyos escritos sobre Argelia no son mencionados por Said, cuenta una historia diferente. En las dos “Cartas sobre Argelia” (1837) que escribió – sin haber puesto un pie en esas tierras – como candidato para la Cámara de Diputados, alaba a los Kabyles, que habitan los Montes Atlas, como los verdaderos nobles salvajes amantes de la libertad, mucho más dignos de esa denominación que



los Caribes y otros indios americanos ensalzados por Rousseau. En los Montes Atlas “él habría encontrado hombres sujetos a una especie de policía social, mas sin embargo casi tan libres como el individuo aislado que disfruta su independencia salvaje en el corazón de los bosques; hombres que no son ni ricos ni pobres, ni siervos ni amos, que nombran a sus propios jefes, y que casi no notan que tienen jefes”. Pero la nobleza de los Kabyles no ablanda su estado salvaje: aman tanto su libertad que si “deseas visitarlos en su montañas, incluso si vas con las mejores intenciones del mundo, incluso si no tienes más objetivo que hablar de moralidad, civilización, bellas artes, economía política o filosofía, con toda seguridad te cortarían la cabeza”. Los árabes de la costa comparten el amor por la libertad de los Kabyles: la ponen “por encima de todos los placeres, y prefieren huir al desierto que vegetar bajo un amo”. No tan absolutamente inhospitalarios como los Kabyles, de todos modos “aman la guerra, la pompa y el tumulto por encima de todo”. Pero con todo y su ferocidad, los argelinos de Tocqueville no están en contra de los beneficios del progreso europeo; quieren lo que los europeos tienen, siempre y cuando no amenace quitarles lo que ellos tienen: su preciosa libertad. Estas tribus medio civilizadas poseen ya lo que Tocqueville considera la mejor parte de la civilización.

En su “Ensayo sobre Argelia” (1841), escrito después de su primer viaje, Tocqueville condena el salvajismo con el que el ejército francés está tratando de imponerles la civilización a los árabes: “estamos peleando de una manera mucho más bárbara que los árabes mismos. Por el momento, es en su lado en donde uno encuentra la civilización”. En su “Primer Reporte sobre Argelia” (1847), escrito después de su segundo viaje, deplora la administración colonial que ha despojado al sistema nativo de apoyo caritativo a la educación en religión y leyes. “La sociedad musulmana en África no era incivilizada; era simplemente una sociedad atrasada e imperfecta... Hemos hecho a la sociedad musulmana mucho más miserable, más desordenada, más ignorante y más bárbara de lo que era antes de

conocernos”. Tocqueville aboga por cultivar lo mejor en la civilización musulmana, en vez de arrancarla de raíz y erigir un modelo europeo en su lugar:

Debemos exigirles lo que se ajuste a sus costumbres, y no lo que vaya en contra de ellas. La propiedad individual, la industria y la vivienda sedentaria no son de ninguna manera contrarias a la religión de Mahoma. Los árabes conocen o han conocido estas cosas en otros lugares; algunos en la misma Argelia las conocen y las aprecian... El Islam no es absolutamente impenetrable a la ilustración: con frecuencia ha admitido a algunas ciencias y artes en su seno. ¿Por qué no tratamos de que éstas florezcan en nuestro imperio?

Entre las costumbres nativas que deben ser preservadas está la fe musulmana. Tratar de erradicarla como una superstición nociva sólo desviaría pasiones religiosas legítimas hacia canales políticamente incendiarios, de manera que los *mullahs* más agresivos dominarían el escenario. Aunque Tocqueville no duda por un momento de que Francia debe tener un imperio en tierras musulmanas, su moderación y delicadeza buscan transformar un sangriento choque de civilizaciones en una reconciliación relativamente amable. No es de sorprender que Said no tenga lugar para él en su galería de villanos que viajaron al Oriente.

Simpatía y repugnancia

Otro escritor orientalista con espíritu moderado y un toque delicado es Edward William Lane, autor de *An Account of the Manners and Customs of the Modern Egyptians* (1836; revisado en 1860), traductor de *Las mil y una noches*, y compilador del *Arabic-English Lexicon*. Said lo acusa típicamente de manipulador, presuntuosamente enciclopédico e incapaz de establecer una conexión humana con los egipcios que describe. Pero en realidad Lane escribe con un atractivo sentido de la comedia humana, que encuentra abundante en la devoción musulmana; la presenta con la sagaz ironía de los *philosophes*, pero sin su lacerante desprecio. Hablando de la particular proclividad religiosa de un amigo,

compone una adorable viñeta de santidad que sobrepasa ciertos límites:

Era miembro de la orden de los darweesh [derviches] Saadeeyeh, especialmente famosos por devorar serpientes vivas, y se dice que era uno de los comedores de serpientes, pero no se limitaba a alimentos tan fáciles de digerir. Una noche, durante una reunión de un grupo de darweeshes de su orden, en la cual su Sheik estuvo presente, mi amigo, presa de un frenesí religioso, tomó una gran pantalla de vidrio que cubría una vela colocada en el piso y se comió buena parte de ella. El Sheik y los otros darweeshes, que lo miraban sorprendidos, lo reprendieron por haber roto los principios de su orden, pues comer vidrio no era uno de los milagros que se les permitía realizar, y lo expulsaron de inmediato.

Varias recaídas embarazosas ocurren antes de que su amigo se convierta en un vitrófago en recuperación. La historia es divertidísima, y Lane la cuenta sin malicia ni desdén.

Pero el estilo sobrio no sirve sólo al gentil humor de Lane, sino también a su aspereza, como en su descripción de la educación religiosa de un niño egipcio: “Recibe también lecciones de orgullo religioso, y aprende a odiar a los cristianos y a otras sectas distintas de la suya, tanto como lo hace un musulmán de edad avanzada”. Entre aquellos a los que odia un musulmán, los judíos ocupan el lugar de honor:

No hace mucho tiempo, solían darles empujones en las calles del Cairo y a veces golpearlos sólo por pasar por el lado derecho de un musulmán. Actualmente son menos oprimidos, pero todavía casi nunca se atreven a decir una palabra ofensiva cuando son insultados o golpeados injustamente por el más cruel de los árabes o turcos, pues muchos judíos han sido ejecutados por acusaciones falsas y maliciosas de pronunciar palabras irrespetuosas contra el Corán o el Profeta. Es común oír a un árabe maltratar a su fatigado asno y, después de aplicarle varios vergonzosos epítetos, terminar llamando a la bestia un judío.

La racionalidad imperturbable de Lane es el instrumento perfecto para diseccionar la sinrazón y revelar cuán cercano está lo divertido de lo espantoso.

El escritor estadounidense John Lloyd Stephens, autor de *Incidents of Travel in Egypt, Arabia Petraea, and the Holy Land* (1837) – y de obras aún más célebres sobre sus exploraciones en Yucatán y América Central – también maneja su escéptica inteligencia con ligereza en sus encuentros con la superstición musulmana. Un sólido sentido común y compasión yanquis son sus varas de medida, y descubre mucho en su viaje que no se ajusta a esas especificaciones. Después de ascender al Monte Sinaí, le dice a un beduino y a un viejo monje búlgaro que recuerda una historia tradicional musulmana en la que Mahoma sube en camello hasta la cima de la montaña antes de ascender al séptimo cielo. Stephens había olvidado buscar la huella de la pata del camello, que estaba supuestamente preservada en la roca. El arrogante monje se mofa de la leyenda árabe; todos saben que el camello tropezó y Mahoma se rompió la nuca a medio camino. El furioso beduino responde que la historia es incontrovertible: aparece en el Corán, él mismo ha visto la huella muchas veces, y “es visible sólo para los ojos de los verdaderos creyentes”. Abandonando toda razón en su disputa, tanto el cristiano como el verdadero creyente musulmán son igualmente ridículos para Stephens.

Un poco de devoción puede llegar muy lejos para el pragmático Stephens:

Fue extraño entrar en un contacto tan inmediato con los discípulos del fatalismo. Si no llegábamos hasta donde habíamos planeado, era por la voluntad de Dios; si llovía, era la voluntad de Dios, y supongo que si hubieran puesto sus negras manos sobre mi cuello y me hubieran despojado de todo lo que tenía, habrían alzado piadosamente sus ojos al cielo y gritado: ¡Es la voluntad de Dios!

Atribuirlo todo a la voluntad de Dios hace que el actuar humano sea patéticamente inútil, como demuestra Stephens con una anécdota acerca de dos turcos que fumaban tranquilamente

Creamos con imaginación, comunicamos con eficiencia.

Comunicación gráfica, publicidad, mercadotecnia, multimedia, relaciones públicas, impresión en todos los formatos, contratación de medios, campañas políticas, páginas web, lanzamiento de productos y servicios, diseño de stands, estrategias de venta...

crea
taller de imagen

Ostia #2665 (planta baja) Col. Providencia Tel. 36 41 41 40 / Fax. 36 41 74 06 Guadalajara, Jal. C.P. 44630 / www.creataller.com

después de un terremoto, confiando en la protección de Alá, hasta que los aplastó un montón de escombros.

Stephens encuentra que la voluntad de Alá y el honor del Profeta proporcionan una excusa muy útil para el comportamiento bestial. En Hebrón, observa la profunda repugnancia musulmana ante la presencia judía: los judíos “fueron echados del barrio turco, como si el más mínimo contacto con este pueblo alguna vez elegido fuera a contaminar al prejuicioso seguidor del Profeta”. La hospitalidad de los judíos le llega a Stephens al corazón cuando él y un círculo de piadosos judíos hablan de “Abraham, Isaac y Jacob como de viejos amigos mutuos”. Los patriarcas judíos están enterrados bajo el suelo de la mezquita de Hebrón, y tanto a los judíos como a los cristianos se les prohíbe presentarles sus respetos, como descubre Stephens cuando trata de hacerlo. El peculiar odio musulmán por los judíos es, como podemos ver, un leitmotif en la literatura de viajes de principios del siglo diecinueve. La afirmación generalizada hoy en día de que ese odio es una importación europea, o una reacción al sionismo, es claramente un amañado cuento. Stephens encuentra en sus viajes muchas cosas que lo ofenden, y su compostura es a menudo empujada hasta el límite.

En los cuadernos y cartas que registran el viaje de Gustave Flaubert a Egipto en 1849-1850 (recogidos en el libro *Flaubert in Egypt*, editado por Francis Steegmuller), un sentido común liberal ilustrado se junta con un brío libertino. Flaubert revolotea por Egipto como un turista sexual, y la única fe que obedece es la del espíritu de Voltaire, que se mantiene constantemente a su lado, aunque se retira discretamente cuando visita el burdel. Viajar de esa manera, repite Flaubert varias veces, es el antídoto al aburrimiento terminal. Y ciertamente hay mucho para distraerlo: la satisfacción de cualquier impulso lúbrico está fácilmente a su alcance aquí. Se convierte en un exaltado conocedor de las temperaturas y

texturas de la piel, y después de haber estado en la cama de la famosa cortesana Kuchuk Hanem, ruge “Me sentí como un tigre”.

Los alaridos felinos de los derviches en trance también tienen su atractivo para el viajero:

Apenas la noche anterior habíamos estado en un monasterio de derviches, en donde vimos a uno de ellos caer al suelo entre convulsiones de tanto gritar “¡Alá!” Era un cuadro muy bonito, que habría hecho reír a M. de Voltaire. ¡Imaginen sus comentarios acerca de la pobre mente humana, del fanatismo, de la superstición! A mí no me hizo reír en absoluto, y todo es demasiado *absorbente* para ser espantoso. Lo más terrible de todo es su música.

Es lo ridículo de la mente *humana*, no de la mente musulmana, lo que más divierte a Flaubert. Como Voltaire, ha encontrado fanatismo y superstición con tanta frecuencia en la cristiandad como en el Islam. En Flaubert, como en Stephens, uno ve los comienzos de una rara claridad con respecto a la cultura, en la que las fallas y las extrañezas de la civilización occidental son tan evidentes a los ojos del viajero como las del mundo musulmán. Aún así, en Oriente no escasean los detalles bizarros que atraigan la absorta atención indiferente de Flaubert, incluso si no parece ni espantado ni divertido, o en todo caso dice que no lo está.

Humor e hipocresía

En *The Innocents Abroad* (1869), Mark Twain se las arregla para quedar al mismo tiempo divertido y espantado, y por cosas que son en su mayoría sólo espantosas. Cuando se trata del absoluto horror físico de un enjambre de limosneros deformes, Europa no puede competir con Asia:

Si quieren enanos – digo, unos cuantos enanos, por curiosidad – vayan a Génova. Si quieren comprarlos por docena, para vender

al menudeo, vayan a Milán... Pero si quieren ver el mismo corazón y hogar de los inválidos y monstruos humanos, vayan directamente a Constantinopla. Un mendigo en Nápoles que muestra un pie convertido en un solo y horrible dedo, con una uña deforme, tiene una fortuna, pero esa exhibición ni siquiera llamaría la atención en Constantinopla. Se moriría de hambre. ¡Oh, desgraciado impostor! ¿Cómo podría competir con la mujer de tres piernas, o el hombre con un ojo en la mejilla? ¿Cómo se sonrojaría ante el hombre con dedos en el codo!

Para Twain, la existencia levantina es totalmente minusválida y miserable. En el Valle del Líbano comenta acerca de la sorprendente falta de avance tecnológico, la lamentable persistencia de la más profunda ignorancia. “Los arados que utiliza esta gente son simplemente una vara afilada, como aquella con la que araba Abraham, y siguen separando el grano del trigo como él lo hacía: lo amontonan encima de sus casas, y lo arrojan al aire hasta que el viento se lleva toda la grama. Nunca inventan nada, nunca aprenden nada”. La tierra de la miseria material y la indigencia es también el territorio de los moralmente retrasados y retorcidos: “Las mezquitas abundan, las iglesias abundan, los cementerios abundan, pero la moral y el whisky escasean. El Corán no permite la bebida a los mahometanos, pero sus instintos naturales no les permiten ser morales. Dicen que el Sultán tiene ochocientas esposas. Eso es casi bigamia. Nos pone las mejillas rojas de vergüenza que tal cosa sea permitida aquí en Turquía. En Salt Lake, en cambio, no nos molesta tanto.”

Twain encuentra más hipocresías que aguijonear, incluso entre las damas y caballeros cristianos de su propio grupo de viajeros, que profanan una mezquita al hacer lo que hacen los turistas:

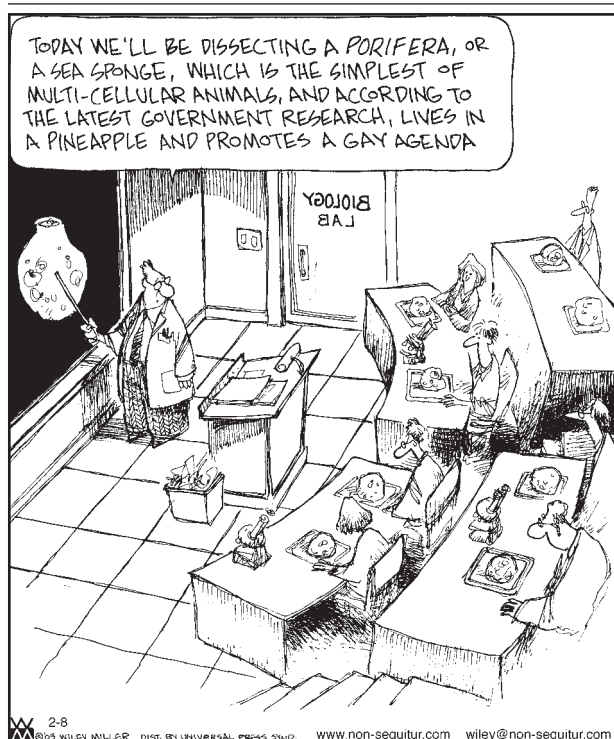
Pisar rudamente los sagrados tapetes de oración, con botas – algo que ningún árabe hace – era infligir dolor a gente que no nos había ofendido en modo alguno. Imaginen que un grupo de extranjeros armados entrara en la iglesia de un pueblo en los Estados Unidos y rompiera los ornamentos del altar para llevarse curiosidades, y se trepan y caminaron sobre la Biblia y las almohadillas del púlpito. Sin embargo, se trata de dos casos diferentes: uno es la profanación de un templo de nuestra fe, y el otro la de uno pagano.

Pero la piadosa reprimenda de Twain no dura mucho. En Jerusalén, la visión de la legendaria espada mágica de un cruzado lo hace entrar en trance: “Nunca podré olvidar la vieja espada de Godofredo. La probé en un musulmán, y lo partí en dos como a una dona... Si hubiera tenido un cementerio

habría destruido a todos los infieles de Jerusalén.” El tono variado del libro de Twain – animadversiones alternadas con disculpas, la más descarnada irreverencia salvada por una decencia solemne – captura la ambivalencia de los estadounidenses hacia el mundo musulmán, que persiste hasta nuestros días: no podemos evitar pensar que tiene algo de extraño e incluso de horrible, pero muy en el fondo no se le puede considerar inalcanzablemente ajeno. La compasión democrática se sobrepone a una igualmente natural antipatía por la pobreza, la ignorancia, la superstición, y la absolutamente apabullante repulsividad de un déspota con 800 esposas.

Sir Richard Francis Burton, políglota sin par, aventurero irreprimible por los rincones más inhóspitos del mundo, inspirado traductor de *The Arabian Nights* (Las Mil y Una Noches) y autor de *Personal Narrative of a Pilgrimage to Al-Madinah and Meccah* (1855), goza de una reputación como uno de los viajeros con más simpatía por el mundo musulmán. Como un “bárbaro amateur” y “totalmente cansado del ‘progreso’ y la ‘civilización’”, se disfrazó de médico musulmán de la India e hizo el *hajj* a la Meca y Medina, ciudades prohibidas a los cristianos. También dijo muchas cosas agradables acerca del mundo islámico: los musulmanes trataban mejor a sus esclavos de lo que los cristianos trataban a su gente libre que vive en la pobreza; los críticos de la enseñanza musulmana deberían tomar en cuenta lo constreñidas y enervantes que las escuelas de Trinity College o Christ Church (en Oxford) le parecerían a cualquier musulmán razonable; las mujeres eran un “producto en venta” tanto en la civilización occidental como en la barbarie oriental; el harén no es un pozo de maldad, o siquiera algo tan desagradable como los arreglos de algunas familias europeas; el “origen del ‘amor’ [podría atribuirse] a la influencia de la poesía y la caballeridad de los árabes, más que al cristianismo medieval”, y “los musulmanes pueden ser más tolerantes, más ilustrados, más caritativos, que muchas sociedades que se llaman a sí mismas cristianas”. Seguramente alguien que valora tan generosamente las virtudes orientales no encajaría en el estereotipo del orientalista de Said, quien sin embargo ataca al agente imperialista que hay debajo de esas amables palabras.

No está completamente equivocado, porque también es cierto que la consideración de Burton por el Oriente tenía sus límites. Al final, no sólo sostenía que la civilización europea era superior, sino digna de gobernar el Oriente por su propio bien. No duda en llamar a los aspectos extravagantes de la fe musulmana por lo que son, y el Islam que describe es una civilización a la que le falta verdadera sabiduría. En la universidad islámica del Cairo,



la renombrada Al-Azhar, la ciencia es tratada a la ligera y prolifera la necedad: "Las ciencias naturales encuentran muy poco apoyo en las riveras del Nilo. La astronomía sigue siendo astrología, la geografía es un amontonamiento de nombres, y la historia natural es un amasijo de fábulas. La alquimia, la geomancia y cómo convocar a los espíritus del mal son algunos de sus proyectos favoritos..." El odio por el infiel, "la mala levadura del prejuicio", es un rasgo indeleble de las enseñanzas musulmanas, especialmente en Egipto: "La misma lengua que se emplea para bendecir a Alá, se piensa, funciona igual de bien al maldecir a los enemigos de Alá. Por lo tanto, el Kafir es denunciado por todo sexo, edad, clase y condición, por el hombre de mundo y por el niño en la escuela, y fuera al igual que dentro de la mezquita." Burton, que encuentra tanto que elogiar en la civilización musulmana, encuentra igualmente mucho que detestar en la barbarie musulmana, y en su caso lo más bajo es parte inseparable de lo más elevado.

La descripción más famosa, y más notoria, de la naturaleza más elevada junto con la más baja de los musulmanes aparece en el clásico de 1,200 páginas de Charles M. Doughty, *Travels in Arabia Deserta* (1888). Al igual que Burton, Doughty era un prodigioso políglota y un hombre muy valeroso. A diferencia de Burton, hizo sus viajes a las profundidades del desierto de Arabia sin tratar de ocultar el hecho de que era un Nasrany – un Nazareno, o cristiano – cuya sola presencia era considerada por la mayoría de los árabes como una "calamidad en su tierra". Doughty señala inmediatamente las calamidades que los árabes se causan a sí mismos. Observa la mortífera cuota que cobra el *hajj* todos los años en el nombre de la piedad musulmana (todavía lo hace). "Son infinitas las miserias del *hajj*; la religión es una promesa de cosas buenas por venir para los pobres, y muchos de ellos están casi en la miseria. Este dolor, las palabras de aquel árabe fatal, que profesaba ser el mensajero de Ullah [Alá], se han impuesto sobre decenas de miles de afligidas personas cada año." La ley musulmana también aflige a las mujeres, en su opinión, con la inevitable injusticia de los matrimonios arreglados: la poligamia y las leyes de divorcio hacen que las mujeres sean prácticamente desechables. La esclavitud le parece también particularmente reprochable. Al informar a un moralista musulmán acerca de que en Inglaterra no hay esclavitud; Doughty hace que su compañero se avergüence por "algunas fallas en sus costumbres, algunas sombras de barbarie en su religión en sitios en los que la nuestra se encontraba sin mancha..."

Doughty paga el precio por su audacia: es golpeado, robado, encarcelado y amenazado de muerte, todo por lo que uno de sus verdugos llama su "equivocada religión". "¿En qué

región, pensé, he caído! ¿Y quiénes son estos que me toman (¡a causa del dulce nombre de Jesús!) por un enemigo de la humanidad?" El verdadero enemigo, se queja, es la religión que es una "quimera del amor humano por sí mismo, la malicia, y el miedo." Cuando un amigo árabe le recomienda evitar esas tribulaciones convirtiéndose al Islam, el fatalismo cristiano de Doughty es tan obcecado como suele ser el del musulmán: "Si Dios lo quiere he de pasar, ya sea que ellos lo quieran o no." La piadosa confianza de Doughty se enfrenta cara a cara con la maldad de los árabes: "¿No temes morir! – 'No he vivido, musulmán, de una manera que me haga temer la muerte.' El infeliz me miró, y contemplé otra vez su apariencia apenas humana: ¡sus mejillas estaban atravesadas por tres cortes en un lado!" El encuentro de Doughty con "aquel árabe fatal", y otros árabes casi fatales que juran por las enseñanzas de su Profeta, muestra el choque de civilizaciones como un riesgo mortal, que debe ser enfrentado con gran valor si uno quiere preservar su integridad y su vida.

Volviéndose nativo

T. E. Lawrence, Lawrence de Arabia, a quien Winston Churchill ensalzó como una de las figuras más caballerizas de la Primera Guerra Mundial, tenía las más grandes esperanzas de que la derrota del Imperio Otomano produciría naciones árabes libres. En *Seven Pillars of Wisdom: A Triumph* (1926), Lawrence afirma que la lucha, de la que él fue el héroe principal, fue "una guerra árabe peleada y dirigida por árabes por un objetivo árabe en Arabia." Pero la guerra no habría tenido lugar sin su liderazgo. El libro lo muestra instruyendo a sus subordinados árabes en la práctica de las reglas de guerra civilizada, que requiere una cabeza fría para superar el instintivo acaloramiento nativo. Cuando un árabe marroquí mata a otro, un ageyl, por una tontería – "Hamed confesó que después de hacerse de palabras con Hamed, se le había calentado la sangre y le había disparado de repente" – Lawrence se enfrenta a una pugna incontrolable si deja que los ageyl tomen venganza.

Había otros marroquíes en el ejército, y dejar que el ageyl matara a uno en venganza acarrearía represalias que pondrían en peligro nuestra unidad. Tenía que ser una ejecución formal, y al final, desesperadamente, le dije a Hamed que debía morir como castigo, e hice caer el peso de su muerte sobre mí. Tal vez no me considerarían apto para la venganza; al menos, no podrían tomar represalias contra mis seguidores, pues yo era un extranjero y no tenía parientes.

Una justicia fría y racional se debe imponer sobre un pueblo que pierde fácilmente el control, y Lawrence se sobrepone a su repulsión por tener que ser un verdugo a fin de preservar

la integridad del grupo de guerreros. Su descripción de la ejecución es terrible: Hamed grita y llora, Lawrence tiene que dispararle tres veces, y tiembla tanto que una de las balas sólo despedaza la muñeca de la víctima. Cuando todo ha terminado, ordena a sus hombres emprender la marcha en medio de la noche. "Me tuvieron que subir al caballo", confiesa, sugiriendo que la misión civilizadora pesa mucho más sobre el que civiliza.

Si les enseña a sus hombres la justicia, les enseña también a contenerse. En camino a Aqaba, para un ataque estratégicamente crucial, el ejército árabe descubre una columna de turcos que serían presa fácil, al precio de perder cinco o seis de sus hombres. Lawrence lo considera una pérdida inaceptable porque necesitan a todos para el ataque a Aqaba, y los detiene:

Se lo dije a Zael, que no quedó nada contento, mientras los furiosos howeitats amenazaban correr cuesta abajo hacia los turcos sin ton ni son. Querían un botín de mulas y yo especialmente no, pues nos habría desviado. Usualmente las tribus hacían la guerra para obtener honores y riquezas. Los tres trofeos nobles eran las armas, las monturas, y las ropas. Si tomábamos estas doscientas mulas, estos hombres ufanos se habrían olvidado de Akaba y se las habrían llevado por el camino de Azrak a su campamento, para mostrarlas en triunfo frente a sus mujeres.

Uno de los lugartenientes de Lawrence tiene que apalearse a un joven entusiasmado por el botín, pero aprenden la lección: en la guerra civilizada, que calcula racionalmente los medios y los fines, se debe hacer a un lado la gratificación inmediata para alcanzar el objetivo principal. Lawrence les enseña a los hombres que dirige, y que profesa servir, cómo unir sus heterogéneas fuerzas y hacer la guerra no por la furia del momento ni por pingües ganancias, sino por su libertad.

Pero la libertad del yugo turco fue seguida por la sumisión a los ingleses y los franceses, y el sentido de culpa por haber fracasado en asegurar la libertad de los árabes casi destruye a Lawrence. A la mitad de su misión, Lawrence se entera que los poderes imperiales no les concederán a los árabes naciones independientes, y la máscara de "hedionda fraudulencia" que tiene que mantener frente a sus hombres le carcome en su interior. Esta doble vida casi acaba con él:

En mi caso, los esfuerzos de todos esos años por vivir en las ropas de los árabes, y por imitar sus concepciones mentales, me arrancaron mi forma de pensar inglesa y me permitieron ver al Occidente y sus convenciones con nuevos ojos: me lo destruyeron para siempre. Al mismo tiempo, no podía ponerme de manera

sincera en la piel árabe: era sólo una afectación... A veces estas dos personalidades conversaban en el vacío, y la locura estaba muy cerca, como creo que estaría del hombre que pudiera ver las cosas a un mismo tiempo a través de los velos de dos tradiciones, dos educaciones, dos entornos.

En *The Valleys of the Assassins* (1934), Freya Stark, cuyo obituario en el *Times* de Londres la llamó "la última de los Viajeros Románticos", va en busca de los herederos de la secta persa medieval conocida como los Assassins, surgidos de los ismaelitas, la rama de los chiítas famosa por su erudición. No es de sorprenderse que Stark no haya encontrado sucesores dignos. Lo que sí encontró es la imbécil inercia que parece normal en esos lugares. Un amigo rehúsa la ayuda de un doctor para su hija gravemente enferma, pues sería una violación que un hombre la viera. La niña muere, por supuesto. Un doctor que fuma opio se encoge de hombros cuando ella le hace notar que su hábito lo va a matar, mostrando el "melancólico fatalismo que es todo lo que el Oriente promete retener en ausencia de la religión." Al pedir unas papas en una remota aldea de montaña, le dicen que vaya a la siguiente aldea, a menos de una milla de distancia. "Ahí las cultivan" dijo él, 'pero en nuestra aldea nunca se han cultivado. No es nuestra costumbre.' En las montañas, donde cae mucha nieve en invierno, nunca han "inventado un medio de locomoción como los esquís o las botas de nieve para salir de su prisión." La necesidad es la madre de la resignación. La Ilustración de los ismaelitas, extinguida hace tanto tiempo, no muestra ninguna esperanza de revivir en una tierra en la que no hay papas.

Como Stark, Robert Byron, autor de *The Road to Oxiana* (1937), va en busca de una perdida época de luces musulmana. En Afganistán, nada menos, en la ciudad de Herat, ahora "nada más que un nombre y un fantasma", se dio el magnífico florecimiento de una civilización musulmana que realmente sabía vivir bien: el Renacimiento de los Timúrides, en el siglo quince. "Al recorrer el camino hacia los minaretes, me siento como se sentiría alguien que ha descubierto los libros perdidos de Livio, o un Boticelli desconocido." Hay tanta nobleza en el Herat descrito por Byron como para ponerse a llorar. Por supuesto, la flor del humanismo musulmán se marchitó hace mucho tiempo. Un cónsul afgano en Persia le cuenta a Byron que Balkh es "una ciudad histórica, la *Cuna de la Raza Aria*." Este febril reclamo de la que es supuestamente la herencia más ilustre – una infección contagiada, asegura Byron, por la Alemania nazi – alivia la ignominia de lo que ese pueblo es ahora. Byron señala cáusticamente que hasta el año anterior los afganos profesaban ser judíos, las tribus perdidas de Israel.

“Pero nada es demasiado fantástico para el nacionalismo en Asia”.

Wilfred Thesiger, el audaz inglés cuyos viajes por el sobrenaturalmente árido Sector Vacío de Arabia de 1945 a 1950 se cuentan en *Arabian Sands* (1959), llora la desaparición de la forma de vida de los beduinos al mismo tiempo que honra la gloria atribuida a ellos. La “Pesadilla Árabe”, el nuevo mundo introducido por los buscadores de petróleo de la Iraq Petroleum Company en 1950, lleva a la vida beduina básicamente a la extinción. Thesiger considera que perder su vida dura, nómada, de criadores de camellos, es una tragedia. “No eran salvajes ignorantes; por el contrario, eran los descendientes directos de una civilización muy antigua, que encontraron dentro del marco de su sociedad la libertad personal y la autodisciplina que ansiaban.” Idealiza la fiera hombría de los beduinos: “Entre ningún otro pueblo me he sentido tan inferior”. En lugar de su noble libertad, Thesiger pronostica un futuro como “un proletariado parásito sentado entre campos petroleros, entre las moscas y la miseria de villorrios en medio de uno de los territorios más áridos del mundo.” Said nunca lo menciona.

Como T. E. Lawrence, Thesiger es un alma en busca de privaciones ejemplares y peligros purificadores. A diferencia de Lawrence, que trata de llevar justicia y autocontrol a los salvajes hombres de las tribus, Thesiger admira boquiabierto sus más flagrantes barbaridades. Cuenta una historia terrible en la que un pastor saar le dispara a una banda de ladrones de camellos y mata a un muchacho adolescente; al día siguiente, el padre del muchacho muerto y sus hombres encuentran un muchacho saar y lo matan a puñaladas: “Imaginé la escena con una horrible claridad. La pequeña figura de cabellos largos, con un taparrabos blanco, tirada en el suelo, el creciente charco de sangre, las ávidas nubes de moscas, el frenético ulular de las mujeres vestidas de negro, los niños aterrorizados, el agudo e insistente llanto de un bebé.” Pero con todo y su imaginación, Thesiger disculpa inmediatamente el asesinato-venganza: “Por vengativa que sea esta ancestral ley del ojo por ojo y la vida por una vida, me di cuenta sin embargo de que era lo único que impedía el asesinato al por mayor entre un pueblo que no está sujeto a ninguna autoridad externa, y que no tiene en alta estima la vida humana, ya que así ningún hombre involucra a la ligera a toda su familia en una guerra de venganzas.” Ninguna autoridad legal a la cual apelar, poca estima por la vida humana: esto no es lo que define a “una civilización muy antigua”, sino al más cruel salvajismo. La necesidad que siente Thesiger de demostrar que es un hombre entre los hombres de este grupo bárbaro es

patética, y profundamente incivilizada. Él es inferior a los beduinos: ellos son sólo unos salvajes, y él un hombre cultivado – graduado de Eton y Oxford – jugando al salvajismo sin darse cuenta de la seriedad del juego.

El choque de civilizaciones de hoy

Cuando Richard Kapuscinski, el escritor polaco autor de *Shah of Shahs* (1982), camina entre salvajes, sabe dónde está y qué está haciendo: en Irán, los salvajes son los que están en el poder en ese momento. Irán sintió los intensos anhelos del siglo veinte por la civilización, e incluso sufrió sus dolores de parto más de una vez, pero ningún régimen decente salió jamás con vida. Shah Reza Khan, el hombre fuerte instalado por los ingleses en 1925, estaba tan empeñado en occidentalizar su país que prohibió que se fotografiaran camellos, diciendo que esas bestias “simbolizaban el atraso”. Pero el apoyo del Shah a Hitler no les hizo mucha gracia a los aliados, y en 1941 los ingleses le pidieron su abdicación a favor de su hijo de 22 años, Mohamed Reza Pahlavi.

El nuevo shah tenía una hermosa y joven esposa que se bañaba en leche, y él usaba zapatos altos que sus leales súbditos besaban reverentemente para las fotos. En cinco ocasiones trataron de asesinarlo, y determinado a mantenerse en el trono, el shah instituyó un régimen de terror controlado por la Savak, su policía secreta. Justificó el terror como una protección necesaria para su proyecto de construir una “Gran Civilización” en Irán. En 1973, enriquecido con las ganancias del petróleo, prometió que en diez años los niveles de vida en Irán serían iguales a los de Europa Occidental. Para algunos, esto ocurrió pronto: la “petro-burguesía”, apadrinada por el shah, ordenaba sus cenas al Maxim’s de París. Para la mayoría, el glorioso futuro nunca llegó: en 1979, después de que el shah se había marchado, Kapuscinski observó a una mujer campesina que hacía bolas de estiércol para alimentar el fuego en su hogar. El despilfarro y la ferocidad del shah hicieron que los mullahs parecieran una mejor opción. Pero ninguna Gran Civilización surgiría de la revolución islámica. Kapuscinski temblaba ante el espectáculo de un millón de personas orando en masa en la gran plaza de Teherán. Ahora sabemos que tenía razón al temblar.

Con V. S. Naipaul la rueda del Orientalismo da una vuelta completa, y la antipatía por el pasado y el presente musulmán es tan vívida como en Chateaubriand. Naipaul, el novelista nacido en Trinidad, escritor de viajes y premio Nobel de literatura, escribe acerca del Irán post-revolucionario en *Among the Believers: An Islamic Journey* (1981), y no cesa nunca en su odio contra el nuevo régimen. El orden revolucionario es fundado por hombres “sin doctrina política, sólo

resentimientos.” Lo que ve dondequiera que va en Irán es rabia, dirigida sobre todo contra todo lo que sea occidental y moderno. Un estudiante le informa que “el Islam es lo único que hizo humanos a los humanos”, lo que de hecho niega la humanidad a los que no son musulmanes. La individualidad debe ser erradicada en aras de la santidad de las masas: “Unidad, unión, las espaldas agachadas en oraciones que eran como ejercicios militares, la fe de uno como la fe de todos, la fe de todos fluyendo hacia la fe de uno y haciéndose divina, la personalidad y el desamparo abolidos: unión, sumisión, anomia, paraíso.” La inclinación a aceptar la humanidad tal como es que hace a Naipaul un novelista lo hace también un crítico inclemente de una auténtica fe obnubilada por la abstracción. “Ustedes quieren que los hombres sean perfectos. Esa es la diferencia entre nosotros,” le dice a un ferviente islamista joven en Malasia, otro de los países que visita en su viaje por el Islam. El sueño de perfección terrenal basado en los principios islámicos es la alucinación masiva de hombres que se hunden en sociedades que se hunden. “Si conoces el Corán lo sabes todo,” le dice confiadamente a Naipaul, un habitante de una comuna en Malasia, y este lamentable fundamentalismo es el fin de cualquier esperanza de un auténtico avance espiritual y material.

La única esperanza que ve Naipaul se encuentra en la adopción de la modernidad. En *Beyond Belief: Islamic Excursions among the Converted Peoples* (1998), deja atisbar el destello de una posibilidad de que la barbarie religiosa pueda haber resultado ser tan autodestructiva que para algunos la detestada civilización occidental parezca la única alternativa sensata. Un miembro del movimiento juvenil musulmán de Malasia que conoció en 1979 se había convertido para 1990 en gerente de una compañía y trabajaba en una suite en un rascacielos. “Lo que esperaban que la religión hiciera por ellos en 1979,” observa, “lo había hecho después el simple poder, la simple autoridad.” Un intelectual filisteo – usando la palabra sin su significado peyorativo habitual – a la manera de James Mill y Macaulay, Naipaul se permite un momento para celebrar la civilización comercial occidental que va transformando cotos del mundo islámico. Si tan sólo el mundo islámico estuviera más dispuesto a dejarse transformar.

La verdad de los viajeros

Quien lea únicamente a Edward Said – una autoridad santificada entre los académicos de izquierda hoy en día – puede acabar convencido de que su argumento es correcto. Pero leer la literatura de viajes que critica es ver lo equivocado que está. Los relatos de viajeros no tienen su origen en prejuicios malévolos ni defienden distorsiones graves; por el contrario, se basan en una realidad observada

cuidadosamente. Una gran variedad de escritores ve muchas cosas diferentes pero, lo que es más importante, ve algunas de las mismas cosas una y otra vez, no por las opiniones enraizadas de los orientalistas sino porque esas cosas son notorias, significativas, y verdaderas. La literatura de viajes muestra abrumadoramente al Islam retrocediendo ante el contacto occidental, quizás en parte por un temor legítimo de que se le pueda transformar en una masa informe con todas las deformidades de Occidente, y en gran parte por un odio ciego inculcado por siglos de prejuicio e ignorancia. En cualquier caso, los escritos de los orientalistas son testigos de las profundas raíces del credo combativo islamista actual, en el que la pureza islámica debe ser protegida de la contaminación occidental liberal y modernizadora.

Said escribe con lo que supone que es una ironía corrosiva acerca de cómo los orientalistas configuraron el Islam como el Otro, pero no se pueden leer estas obras sin llegar a la conclusión de que el Islam, especialmente en su forma militante, es el Otro, no como la némesis fantástica de Occidente sino en sus propias y profundamente grabadas tradiciones y el curso histórico que ha elegido. Eso no significa que no se pueda llegar a entendimientos entre hombres de buena voluntad y corazón moderado. De los viajeros, Chateaubriand está realmente solo en lo profundo de su odio por el Islam. Entre los demás, incluso entre aquellos que están justamente horrorizados por las muestras de barbarie que ven ante sus ojos, prevalece un espíritu moderado y sensato, mientras que algunos de los viajeros del siglo veinte se sienten tan en casa en Arabia o Afganistán como en Inglaterra. Mentes tan decentes y consideradas como Tocqueville, Twain, Lawrence, o incluso el quejoso Naipaul, muestran cómo la brecha entre las culturas puede empezar a curarse. Pero ellos y los demás escritores muestran también que el choque de civilizaciones es real, que algunos de sus aspectos pueden ser irreductibles, y que el conflicto no tiene para cuando terminar. ■

Algis Valiunas es periodista literario y autor del libro Churchill's Military Histories (Rowman & Littlefield).

¿Qué fue Jesús?

E. P. SANDERS

Traducción por Moisés Silva
Copyright NYREV, Inc.

¿Qué fue Jesús? Revolucionario, curandero, político, reformador social... El connotado experto en el Nuevo Testamento, E.P. Sanders, reseña el libro Excavating Jesus: Beneath the Stones, Behind the Texts, de John Dominic Crossan y Jonathan L. Reed, y nos muestra, a la luz de recientes hallazgos arqueológicos, el escenario histórico en el que vivió y trabajó Jesús, el judío solidario y el hombre de poder.

Libro reseñado:

Excavating Jesus: Beneath the Stones, Behind the Texts.

Crossan, John Dominic y Jonathan L. Reed. San Francisco: Harper.

En el estudio del Jesús histórico, dos de las cuestiones más importantes – ambas abordadas por John Dominic Crossan y Jonathan L. Reed – son su entorno, la Palestina judía del primer siglo de nuestra era, y su “tipo”: ¿fue un profeta, un mago, un guía ético, un sabio, un reformador social, un visionario utópico, o alguna combinación de éstos? Crossan, ex sacerdote y profesor emérito de estudios religiosos de la Universidad DePaul, encabeza el influyente grupo de estudiosos The Jesus Seminar y ha escrito numerosas obras acerca de Jesús, incluyendo especialmente *The Historical Jesus: The Life of a Mediterranean Jewish Peasant*¹. Reed es un joven arqueólogo que ha publicado recientemente un libro acerca de Galilea y Jesús². La tarea que han emprendido es importante: clarificar el escenario en el que Jesús vivió y trabajó, y explicarlo dentro de ese contexto, combinando el estudio de los hallazgos arqueológicos y de otro tipo con el análisis histórico de los evangelios y otros textos antiguos.

Las descripciones arqueológicas son breves, precisas, y útiles. Nazaret, la aldea de Jesús, era según los autores “una aldea *campesina* en una sociedad agraria”, en la que vivían entre doscientas y cuatrocientas personas en casas tan modestas que quedan muy pocos restos físicos. La cultura de la aldea era totalmente judía, y sus residentes practicaban el “judaísmo orientado al Templo” de la época. Los nazarenos no tenían mucha “interacción” con “las grandes fincas reales” o con los campos cerca de Escitópolis, una ciudad de gentiles en la ribera occidental del Jordán. Los autores describen la ciudad de Cafarnaúm, cerca de la cual los evangelios ubican gran parte de las actividades de Jesús, y Séforis, a unas millas de Nazaret, donde Jesús creció, y proporcionan también una descripción de la principal ciudad pagana de Herodes, Cesarea Maritima – construida en una región no tradicionalmente judía – y del Templo de Jerusalén.

Las ilustraciones, que incluyen fotografías y reconstrucciones de sitios arqueológicos, son abundantes y excelentes. Los autores describen evidencias arqueológicas de un período de tiempo bastante amplio, e incluyen ejemplos de arquitectura romana que datan de los siglos tercero y cuarto, y resulta ilustrativo

contrastar estas ruinas con las de estratos anteriores, antes de que el imperio romano estacionara una legión en Galilea alrededor del año 130 d.C. y la influencia romana se hiciera más evidente.

La interpretación que Crossan y Reed hacen de los textos sugiere que el aspecto más importante del mensaje y la misión de Jesús era que fomentaba la curación y la alimentación gratuitas. El pasaje clave de los evangelios es el “Encargo Misionero”³, las instrucciones acerca de cómo comportarse al llevar a la práctica la misión de Jesús. Se ha considerado usualmente que este pasaje muestra una gran influencia de los esfuerzos de los misioneros cristianos después de la crucifixión, pero sus palabras están siempre en el centro del Jesús que describen Crossan y Reed. Jesús dice a sus discípulos: “Cuando entren a una ciudad y su gente les dé la bienvenida, coman lo que les pongan enfrente, curen a los enfermos que encuentren, y díganles que el reino de Dios se ha acercado a ellos”. Para Crossan y Reed, la curación gratuita y los alimentos compartidos no son sólo un aspecto importante de la obra de Jesús; son centrales, tan significativos que su libro se refiere a muy pocos de los demás aspectos de los evangelios.⁴

Resulta sin embargo que, según estos autores, este pasaje principal no transmite con precisión las enseñanzas de Jesús. En su opinión, el intercambio de curación por alimentos en el Encargo Misionero debería interpretarse como una clara política social. Según ellos, era parte de una protesta socioeconómica cuyo objetivo era la “resistencia contra la injusticia en la distribución de la comercialización romano-Herodiana”. El pasaje muestra que Jesús estaba a favor de un “reparto justo de los alimentos como base material de la vida”. Jesús y sus seguidores buscaban restaurar [su] sociedad – fracturada por la romanización, la urbanización y la comercialización de Herodes – desde abajo, y lo hacían como una parte constitutiva del Reino de Dios, un reino divino enfrentado al limitado reino de Antipas, dentro del reino más extenso del César.

Es decir, Jesús, al fomentar la curación gratuita y los alimentos compartidos, se mostró como un reformador socioeconómico que buscaba que su movimiento hiciera el mundo mejor poco a poco. Los que se unían a su movimiento se convertían en miembros del “reino de Dios”. Según Crossan

y Reed, el programa económico de Jesús se oponía conscientemente al de Herodes Antipas, que gobernó Galilea del año 4 a.C. al 39 de la era cristiana, y al de los romanos que lo apoyaban.

Resulta claro que Crossan, a quien debemos atribuirle esta visión de Jesús, asume que Jesús vivía en una Galilea romanizada, pero las secciones del libro dedicadas a la arqueología, escritas obviamente por Reed, muestran una Galilea diferente, no impregnada por la cultura romana. Esta discrepancia entre diferentes partes del libro surge de un punto muy importante no sólo en el estudio de Jesús, sino también del judaísmo en Palestina.

Una de las preguntas acerca del escenario social en el que vivió Jesús, y un tópico importante en libros anteriores de Dominic Crossan y otros miembros del Jesus Seminar, es hasta qué grado la Palestina judía estaba “helenizada” y “romanizada”. Todas las regiones conquistadas por Alejandro de Macedonia en el siglo IV a.C. adquirieron por lo menos algunos rasgos helenísticos. Cuando las conquistas romanas reemplazaron a los reinos greco-macedonios, algunos de los pueblos conquistados añadieron instituciones peculiarmente romanas, haciendo que el imperio al este de Italia fuera “greco-romano”. La cuestión del grado de helenización o de romanización de la Palestina judía se ha debatido mucho. La visión de Galilea como profundamente greco-romana compite con la opinión de que su cultura era tradicionalmente judía, con sólo algunas características de la civilización gentil en la superficie.

En este debate están implícitos juicios de valor acerca del judaísmo y del helenismo. Para muchos estudiosos del Nuevo Testamento en la actualidad – y este es un cambio que ha sido bien recibido, ya que se aparta del tradicional antijudaísmo cristiano – la conexión con el judaísmo es positiva. El Nuevo Testamento debería ser visto en continuidad con la Biblia hebrea, y Jesús en continuidad con los grandes profetas hebreos. Sin embargo, para otros, incluyendo a algunos miembros del Jesus Seminar, lo que es griego es bueno, se debería separar a Jesús de los rabinos judíos, y especialmente se debería rechazar la profecía escatológica judía, la idea de que Dios intervendría en la historia para salvar al pueblo judío y cambiar al mundo. Lo peor de todo, para estos estudiosos, es la idea de que una figura

celestial, el Hijo del Hombre, vendría con un mandato divino y reuniría a los elegidos. Esta idea no debe atribuirse a Jesús porque es insensible, morbosa, anticuada, demasiado judía, y equivocada: no ocurrió. Jesús no pudo haber pensado así. Es mucho mejor verlo como un filósofo helenístico, ofreciendo sabiamente consejos acerca de cómo salir adelante en un mundo difícil, y tratando de mejorarlo poco a poco.

En sus libros anteriores acerca de Jesús, Crossan se colocó firmemente dentro del pequeño grupo de estudiosos que interpretan a Jesús bajo la luz de la cultura helenística y romana. En su opinión, Jesús era un cínico; es decir, compartía el punto de vista de la escuela filosófica griega que despreciaba el materialismo y el poder, y definitivamente no era un profeta escatológico judío. Este argumento es difícil de sostener en vista de la cantidad de temas escatológicos judíos en los evangelios, y depende de que se acepte la idea de que los judíos de Galilea vivían en medio de una cultura básicamente helenística. Las dos ciudades de Galilea, Séforis y Tiberíades, eran de acuerdo a su interpretación “de orientación griega”, y Séforis en particular era “una ciudad greco-romana”. Para Crossan, en sus obras anteriores, las ciudades determinaban la cultura de las aldeas rurales⁵. Nazaret estaba lo suficientemente cerca de Séforis para que, según Crossan, “ver y conocer la filosofía cínica no fuera ni inexplicable ni improbable”⁶. Suponiendo que este fuera el caso, Crossan podría argumentar en *The Historical Jesus* que Jesús adoptó algunas de las ideas y muchas de las prácticas de los cínicos radicales, que vivían como mendigos itinerantes que se oponían al poder romano.

La idea de que Galilea estaba profundamente helenizada se basa sobre todo en ruinas que datan de los siglos tercero y cuarto. Como hemos mencionado, Roma estacionó una legión en Galilea alrededor del año 130 de la era cristiana. A partir de entonces aparecen en el registro arqueológico signos de una cultura pagana gentil, como se puede ver en las secciones dedicadas a la arqueología en el libro de Crossan y Reed. En Séforis, por ejemplo, podemos ver restos de casas de estilo romano decoradas con motivos paganos. En los niveles arqueológicos de la época de Jesús, sin embargo, no aparece ningún signo de paganismo gentil. Tanto para los arqueólogos como para los estudiosos de los evangelios y otros escritos, el debate acerca de la helenización está

básicamente cerrado. En la época de Jesús, la cultura de la Palestina judía era completa y tradicionalmente judía. Había poquísimos gentiles en Galilea, la ley judía estaba en vigor en todo el territorio, y los pobladores eran fieles a la Biblia y al Templo de Jerusalén.

En el presente libro, Crossan abandona tácitamente (aunque no por completo) su idea anterior de que Jesús estaba rodeado por una cultura grecorromana. Herodes Antipas, según los autores, “preservó un carácter esencialmente judío” en Galilea: su población era “casi exclusivamente judía”, y tanto Tiberíades como Séforis estaban “habitadas principalmente por judíos”.

Este cambio en sus conclusiones acerca de la helenización, aunque es bueno, no significa que Crossan haya renunciado a sus ideas anteriores acerca de Jesús. En su opinión, se debe seguir viendo a Jesús como un reformador social y económico, así que después de hacer a un lado la helenización cultural, Crossan busca ahora signos de romanización económica en las acciones de Herodes Antipas, a quien Augusto asignó el gobierno de Galilea y Perea después de la muerte de Herodes el Grande en el año 4 a.C., aproximadamente el año en el que Jesús nació. Antipas, argumentan ahora Crossan y Reed, impuso un sistema económico romano en la región.

¿Cuáles son los signos de esa romanización? En *Excavating Jesus*, los autores dan sólo dos pistas: (1) Antipas construyó algunas edificaciones, restauró la ciudad de Séforis y fundó Tiberíades y (2) los arqueólogos han descubierto que las calles de una parte de Séforis siguen una cuadrícula al estilo romano. Estos hallazgos demuestran que la ciudad estaba “urbanizada” y que la región estaba “comercializada”. Se menciona una y otra vez que “romanización” significaba “urbanización” y “comercialización”, y que construir una ciudad, o incluso construir nuevos edificios en una ciudad, daba como resultado la romanización y la comercialización del área rural colindante. Nunca se define con precisión el significado

de las palabras “urbanización” y “comercialización”, pero el argumento general es bastante claro: los nuevos edificios en una ciudad sólo se pueden pagar con el dinero proveniente de las tierras cultivables que la rodean, y de quienes las cultivan. La urbanización, por lo tanto, significaba que la ciudad se quedaba con una mayor parte de las ganancias de la agricultura, y como consecuencia de ello los pequeños productores se veían forzados a vender, los latifundios crecían, y la falta de tierras y la pobreza se agudizaban. Crossan y Reed tratan de aplicar el principio de que la construcción lleva al empobrecimiento de los agricultores incluso a Cesarea, el gran puerto de Herodes, en donde es evidente que el dinero que circulaba provenía del comercio.

No sabemos con certeza cuáles hayan sido las fuentes de dinero en Séforis, pero había sido una ciudad por muchas décadas, y no hay razones para pensar que Antipas introdujo medidas que llevaron a los pequeños productores agrícolas a la ruina. Crossan y Reed no proporcionan ninguna evidencia ni argumento de que lo haya hecho; más aún, la literatura de ese período parece contradecir su afirmación. De acuerdo al historiador judío Josefo, Galilea era extremadamente próspera. Los evangelios mismos sugieren que en Galilea había gente que estaba unos escalones por encima de la agricultura y pesca de subsistencia. Las tierras de cultivo eran lo suficientemente prósperas para dejarlas sin cultivar cada siete años, y las familias de los agricultores podían a veces costear el viaje a Jerusalén para observar alguna de las peregrinaciones.

La teoría de que Jesús fue un rebelde contra la supuesta romanización económica de Antipas lleva a los autores a discutir la falta de tierras como un factor importante. La falta de tierras – con o sin urbanización romana – era realmente un problema. Sin embargo, Crossan y Reed parecen ignorar la causa de raíz: el problema era el crecimiento de la población. Los judíos practicaban un sistema de herencia en el que las hijas recibían

una dote y la tierra era repartida entre los hijos varones. Con frecuencia más de un hijo varón sobrevivía para heredar, y las pequeñas propiedades se hacían más pequeñas. Al final, alguien tenía que buscar trabajo fuera de las tierras, y era difícil encontrar empleos permanentes.

El sistema producía un peligro social en potencia, ya que un número elevado de hombres jóvenes desempleados o subempleados puede causar problemas. Sin duda, algunas propiedades pasaron a manos de los más ricos, especialmente las de judíos cuya tierra había sido subdividida hasta el punto en que difícilmente podía proporcionar sustento y tenían que pedir préstamos para seguir adelante, hasta que finalmente perdían la tierra por completo.

Crossan y Reed citan a Amós, profeta judío del siglo VIII a.C., y a otros antiguos profetas judíos que hablaban de la iniquidad de los terratenientes ricos que “añadían tierras a tierras” y de la necesidad de una reforma agraria. Si nos remontamos a la época de Hammurabi, mil años antes de Amós, podemos encontrar referencias a la falta de tierras y la necesidad de una reforma⁷. La ley bíblica abordaba estas dificultades crónicas requiriendo el perdón de las deudas cada siete años, y asegurando el retorno de las tierras a sus propietarios originales cada cincuenta años. Parece que por lo menos la primera de estas leyes estaba en vigor en la Palestina judía del siglo I d.C.

Sin embargo, el perdón periódico de las deudas no era del todo efectivo⁸, y en todo caso no podía eliminar el problema de las familias con demasiados hijos varones. Los gobernantes sabios trataban de reducir el número de jóvenes desempleados de dos maneras: podían incrementar el tamaño de sus ejércitos y conquistar más tierras, o si esto no era práctico podían llevar a cabo proyectos de construcción. Herodes el Grande mantenía un ejército considerable, pero su principal esfuerzo social fue construir en gran escala. Tenemos una idea de cómo esas construcciones redujeron el número de desempleados. Décadas después de su muerte, cuando uno de sus mayores proyectos, el Templo de Jerusalén, fue finalmente terminado, 18,000 hombres se quedaron sin trabajo. Su bisnieto, Agripa II, les dio empleo pavimentando las calles de la ciudad.

Herodes Antipas siguió una política similar, aunque a una escala mucho menor. Tenía un ejército de dimensiones modestas, y también fue constructor. Como ya se ha mencionado, reconstruyó parte de Séforis y fundó una nueva ciudad a la que llamó Tiberíades en honor al emperador. Crossan y Reed proponen que las ciudades de Antipas habían “romanizado” el campo y por lo tanto “dislocado las antiguas redes de seguridad del parentesco campesino, la cohesión de las aldeas, y la distribución justa de las tierras”. Uno de los principales argumentos del libro es que Antipas fue responsable por la destrucción de un antiguo sistema

de igualdad en las áreas rurales. Por otro lado, los autores reconocen que la desigualdad había existido en los tiempos de Amós. De hecho, en una región con escasas tierras cultivables los problemas de distribución desigual y de desempleo eran crónicos. Sin embargo, Crossan y Reed quieren echarle la culpa a Antipas, y proponen que fue sólo su romanización la que causó problemas, ignorando también sus esfuerzos por reducir el desempleo. Los autores quieren presentar a Jesús como alguien que se enfrentó a la falta de tierras, supuestamente causada por Antipas, directamente. Si Jesús no puede ser un cínico que criticaba la riqueza y el poder, tal vez puede ser un crítico hebreo de la riqueza y el poder, como Amós. Desafortunadamente, en los evangelios no se hace ninguna mención a la falta de tierras.

Los autores abordan entonces la alimentación, producto de la tierra, y aquí, como hemos visto, encuentran evidencia textual. El Encargo Misionero, en el que se muestra a Jesús instruyendo a sus discípulos a curar gratuitamente y recibir comida gratuita, era para ellos el ataque de Jesús al problema de la distribución desigual de la tierra, la comida y el dinero. No nos queda más que suponer que la falta de tierras no habría sido un problema si sólo los agricultores hubieran estado dispuestos a regalar sus alimentos.

En opinión de los autores, el esfuerzo de Jesús por una reforma social fue un ataque deliberado y bien reconocido a Antipas y a Roma. Jesús se oponía a la romanización de Antipas, y de la misma manera atacaba “el reino imperial de Augusto o Tiberio”. El programa de resistencia de Jesús “debe haber tenido como resultado una colisión fatal con la autoridad oficial”. La amenaza era tan clara que Crossan y Reed tienen que preguntar por qué Jesús pudo salir con vida de Galilea, y sugieren que Antipas fue cauteloso. Ya había ejecutado al popular profeta Juan el Bautista, y pensó que era suficiente por un tiempo. Así, Jesús vivió hasta que hizo su peregrinaje a Jerusalén para la Pascua, se metió en problemas allí y fue ejecutado.

Esta descripción se apoya en premisas económicas dudosas: que la única fuente de dinero para una ciudad eran las áreas rurales, cuyos recursos tenían que ser apropiados si las ciudades querían seguir existiendo, y que Antipas, acicateado por Roma, arruinó la prosperidad del campo con sus construcciones. En realidad, a los trabajadores se les pagaba en efectivo, que gastaban. El dinero circulaba, mejorando así la economía local. Un porcentaje muy alto del salario de los trabajadores se gastaba en alimentos, lo que debe haber llevado a un incremento de la prosperidad rural. Más aún, el crecimiento de las ciudades hacía crecer el comercio, lo que acarrearía ganancias comerciales e incrementaba los ingresos del gobierno por aranceles.

Crossan trata de argumentar que la política de Jesús de curar a la gente



y darles comida era potencialmente un conflicto fatal que amenazaba las bases del imperio, pero esto no es convincente. Partiendo del argumento de Crossan, se podría pensar que Roma y Antipas requerían que los curanderos cobraran por las curas milagrosas y les prohibían compartir alimentos. Pero como no hacían ninguna de las dos cosas, la idea de Jesús de que la curación y los alimentos debían ser gratuitos no es una rebelión contra Roma. Un programa social efectivo de alimentos gratuitos – como el que los emperadores proporcionaban en la misma ciudad de Roma – tendría por supuesto implicaciones de largo alcance. Llevaría, por ejemplo, a un aumento de impuestos para pagar a los agricultores por los alimentos, ya que ellos no podrían darse el lujo de regalarlos. Pero Jesús lanza su advertencia sólo a sus seguidores más cercanos – a quienes, se nos dice, les dio el poder de sanar, lo que justificaría que recibieran alimentos gratuitos – y no se dirige al público abogando por una política social general. La ausencia de una demanda de una reorganización de los impuestos y del suministro de alimentos parece dejarnos con la propuesta de que los seguidores de Jesús eran un pequeño e inefectivo grupo que se comportaba de una manera extraña, algo así como los cínicos que vagaban en las partes más helenizadas del imperio, que no eran arrestados ni ejecutados. Aunque Crossan ha dejado de usar a los cínicos como modelo para Jesús de manera explícita, su visión de Jesús como crítico y disidente social menor no ha cambiado.

Posiblemente los autores se dan cuenta de que el Encargo Misionero de los evangelios no proporciona suficiente evidencia de que Jesús fuese un reformador económico. Si pueden demostrar que la Palestina de los tiempos de Jesús estaba llena de signos claros de resistencia, tal vez, parecen pensar, su propuesta parecerá menos improbable. Para probar que había una resistencia popular generalizada a Roma y a los gobernantes judíos bajo el poder de Roma, le atribuyen a la época en que vivió Jesús (alrededor de 4 a.C. a 33 d.C.) el mismo tipo de desórdenes sociales que ocurrieron entre 44 y 70 d.C., cuando sí hay evidencia de desórdenes serios, especialmente entre dos clases de personas. Había “bandidos”, que pueden haber sido los que se oponían al dominio romano, y profetas mesiánicos que ofrecían mostrar “señales de liberación” de la dominación extranjera, pero que eran rápidamente despachados por las autoridades romanas. Hay también, por primera vez, evidencias de odio popular por algunos sacerdotes aristócratas.

Los autores no reconocen que hubo grandes cambios en la Palestina judía en la década de los 40 d.C., varios años después de la ejecución de Jesús, que alteraron las actitudes de los judíos hacia Roma y el emperador. Los primeros tres Césares – Julio, Augusto y Tiberio – habían apoyado

y protegido a los judíos en Palestina y en el resto del imperio. Sin embargo, durante el reinado del cuarto César, Gaius (apodado Calígula), los griegos de Alejandría llevaron a cabo un violento *pogrom* contra los judíos y no fueron castigados. Peor aún, alrededor de 40 - 41 d.C. Gaius ordenó que se colocara una estatua suya en el Templo de Jerusalén. Esta profanación del Templo fue cancelada, y poco después Gaius fue asesinado. Aunque Claudio, su sucesor, restauró los derechos de los judíos en Alejandría, el *pogrom* y la amenaza de Gaius al Templo cambiaron las actitudes de los judíos hacia el imperio. Fue sólo hacia el año 40 d.C. que numerosos signos de resistencia empezaron a aparecer en la Palestina judía.

Crossan y Reed observan correctamente que las prácticas de purificación de los judíos eran diferentes de las de los gentiles, y luego argumentan que la persistencia de los judíos en seguir sus propias costumbres representaba una “resistencia”. Esta visión implica que los judíos eran expuestos de manera regular a las prácticas de purificación de los gentiles y las rechazaban en favor de las suyas. Habiendo argumentado anteriormente que había muy pocos gentiles en las áreas judías de Palestina, los autores encuentran ahora que después de todo tenían una presencia significativa. De pronto los paganos rodean, interactúan con y gobiernan a los judíos, y ocupan su territorio. Según los autores, los artefactos muestran que los judíos eran “un pueblo diferente de los que vivían alrededor de ellos e incluso entre ellos”. Esta vuelta a la visión anterior de Crossan – que Galilea era esencialmente grecorromana – requeriría no sólo la presencia de una gran cantidad de residentes gentiles sino también templos paganos, porque la gente se purificaba como parte de la práctica del culto. Sin embargo, en realidad no hay un gran número de templos gentiles. Al mantener sus rituales de purificación, los judíos no estaban emprendiendo una resistencia generalizada.

Es cierto que muchos judíos resentían la dominación romana, y lo hacían a pesar de que las legiones romanas no ocupaban el territorio⁹, a pesar de que los gentiles no adoraban a dioses paganos en la Palestina judía, y a pesar de que Roma, de muchas maneras, les daba a los judíos un trato preferencial en todo el imperio. Pero para aceptar las propuestas menos importantes del Encargo Misionero – curar gratuitamente y aceptar alimentos gratis – como un ataque notorio a Herodes Antipas y a los romanos que lo apoyaban, tenemos que pensar que toda la cultura estaba tan inclinada hacia la resistencia que cualquier pequeña acción individual que difiriera de la norma constituía un ataque amenazador al imperio, y los esfuerzos de los autores por demostrarlo no son convincentes.

¿Por qué Crossan y Reed proponen esporádicamente que Jesús vivía en un mundo de ocupación pagana? El modelo que parece haber estado siempre en la

mente de Crossan al hablar de Jesús es el de Irlanda, su propio país, que los británicos conquistaron y colonizaron, explotando a la población nativa.¹⁰ El imperio romano en Palestina fue de hecho muy diferente de la colonización británica de Irlanda, pero “colonia” ha sido y sigue siendo una de las palabras favoritas de Crossan para la Palestina judía en el período romano. Esto es engañoso. La colonización grecorromana requería varios elementos diferentes: una ciudad con tierras cultivables alrededor, colonos de la potencia imperial que se establecieran en la ciudad y que recibieran tierras, una constitución basada en modelos grecorromanos, y algunas de las instituciones requeridas por la cultura gentil, como templos paganos, escuelas griegas y anfiteatros.

En la época de Jesús no había colonias en la Palestina judía.¹¹ Crossan y Reed notan correctamente que Jerusalén no fue convertida en colonia sino hasta el reinado del emperador Adriano en la década de los 130 d.C. ¿Por qué se dice entonces que los judíos vivían en una colonia cien años antes de Adriano? Podemos aventurarnos a adivinar que la palabra “colonial” tiene una cierta utilidad retórica, dando la impresión de que los poderosos intrusos extranjeros se adueñaron de las mejores tierras y dominaron y abusaron de los campesinos locales, lo que llevaría a una resistencia según el modelo irlandés. En realidad, todos los gobernantes de Palestina, Herodianos o romanos, mantuvieron separadas las áreas judías y las gentiles, y las trataron de manera diferente.

En medio de esta confusa presentación – algunas partes del libro describen con exactitud la arqueología y la historia, otras partes malinterpretan ambas – tenemos una descripción de Jesús como un reformador moderado, tratando inútilmente de derrocar al imperio romano mediante una política de curaciones y alimentos gratuitos. Uno puede simpatizar con el esfuerzo por encontrar una defensa de la reforma económica en el ministerio de Jesús. Es frustrante ver la desigualdad y la injusticia en el mundo de hoy y no poder apelar a Jesús para defender tantos cambios que son tan necesarios. El problema básico de esa tesis es que carece de evidencias. Es fácil mostrar (aunque este libro no lo hace) que el ministerio de Jesús iba dirigido a gente como él y a los que provenían de circunstancias aún peores: los pobres, los humildes, las clases más bajas. Jesús pensaba que a Dios le importaban esas personas, y contrastaba el mundo de Palestina con el Reino de Dios, que cambiaría el orden de ese tiempo.

La principal diferencia entre el Jesús de Crossan y Reed y el Jesús de Mateo, Marcos y Lucas es el papel de Dios. En los primeros tres evangelios, el personaje principal en el mensaje de Jesús es Dios, en cuyo nombre él habla. El reino de Dios, le dice a sus seguidores, está cerca, Dios lo hará llegar pronto, y será Dios – y no su pequeño grupo – el que hará que los últimos sean los

primeros y los primeros los últimos. El Jesús de los evangelios espera que el que cambiará el estado de cosas será el único poder que está a la altura de la tarea. El reino no llegará mediante el lento mejoramiento de la reforma social, sino a través de un gran evento apoteósico que cambiará al mundo para siempre. Hasta los más pobres recibirán pan todos los días, y la voluntad de Dios se hará en la tierra, como en el cielo. Eso era lo que Jesús esperaba y por lo que rezaba. El poder del Jesús de los evangelios es su visión del reino que Dios traería al mundo.

■

Ed Parish Sanders (Texas, 1937) es experto en el Nuevo Testamento, y autor, entre muchos otros, del libro Jesús y el judaísmo (SCM Press).

* La doctrina acerca del fin de los tiempos, la consumación de los propósitos de Dios en la creación, y el destino final de las almas y de la humanidad (N. del T.).

¹ Harper San Francisco, 1991. Para una discusión del Jesus Seminar con respecto a otros acercamientos al estudio del Jesús histórico, véase mi artículo “In Quest of the Historical Jesus”, *The New York Review*, Noviembre 15, 2001.

² *Archaeology and the Galilean Jesus: A Re-examination of the Evidence* (Trinity Press International, 2000).

³ Marcos 6:7-11, Mateo 10:5-16, Lucas 10:3-12.

⁴ Además del Encargo Misionero, los otros pasajes que son discutidos en detalle son la narración del nacimiento, la historia de Lucas de Jesús en Nazaret (Lucas 4), y seis enseñanzas encontradas en el Sermón de la Montaña de Mateo, la mayoría de las cuales también están en Lucas. Las enseñanzas son “haz a los otros”, “ama a tus enemigos”, “sé mejor que los pecadores”, “pon la otra mejilla”, “da sin esperar recompensa” y “vive como hijo del padre celestial”.

⁵ Crossan, *The Historical Jesus*, p. 19.

⁶ Crossan, *The Historical Jesus*, p. 421.

⁷ H. W. F. Saggs, *The Greatness That Was Babylon* (London: Sidgwick and Jackson, 1988), p. 177. Para este problema, véase también pp. 143, 146-150, 195 y 252.

⁸ La tradición rabínica le atribuye a Hilel, el gran Fariseo que fue contemporáneo mayor de Jesús, una regla llamada *prosbul*, por la cual el deudor se comprometía a pagar una deuda a pesar de la llegada del año sabático. Esto muestra que los prestamistas se mostraban reacios a prestar al acercarse el séptimo año, y la ley bíblica, que buscaba un cierto grado de igualdad, a veces tenía el resultado opuesto. Sin pedir prestado, el campesino frecuentemente no podía plantar y vivir hasta la cosecha.

⁹ No había soldados romanos en las partes judías de Judea o Galilea. Cerca de tres mil soldados “romanos” reclutados localmente residían en la ciudad pagana de Cesarea, en la costa.

¹⁰ Para un uso explícito del modelo, véase Crossan, *Jesus: A Revolutionary Biography* (Harper San Francisco, 1995) p. 105.

¹¹ El estudio definitivo sobre la colonización romana en la parte oriental del imperio es “The Roman *Coloniae* of the Near East: a Study of Cultural Relations”, de Fergus Millar, en *Roman Eastern Policy and Other Studies in Roman History*, editado por Heikki Solin y Mika Kajava (Helsinki: Societas Scientiarum Fennica, 1990), pp. 7-58.

El negocio de la contracultura

JOSEPH HEATH Y ANDREW POTTER[©]

Publicado originalmente en This Magazine www.thismagazine.ca
Traducción de Moisés Silva.

Basta de imposturas, dicen los jóvenes críticos canadienses Joseph Heath y Andrew Potter: la contracultura se alimenta de aquello que censura. Esta colaboración para THIS MAGAZINE resume el hilo argumental del polémico libro The Rebel Sell (Rebelarse vende, Taurus, 2005), que sostiene que el rechazo a la conformidad –bandera de la contracultura–, se forja en la misma caldera que el individualismo consumista. El lector agradecerá, entre otras cosas, que los entrevistados pasen lista a los lugares comunes de esta “nueva” y estentórea izquierda. Agradecemos a los autores y a Jessica Johnston, editora de THIS MAGAZINE, su permiso para reproducir este lúcido ensayo en TEDIUM VITAE.

¿O día la cultura consumista? ¿Le molesta tanto empaque? ¿Le irritan tantos comerciales? ¿Le preocupa la calidad del “ambiente mental”? Bueno, pues bienvenido al club. El anti-consumismo se ha convertido en una de las fuerzas culturales más importantes de la vida norteamericana, en todas las clases sociales y demográficas.

Esto parece ir en contra de los datos económicos de los años noventa, la década que nos trajo el canal “extreme shopping”, la burbuja punto-com, y una absurda orgía de indulgencia en bienes de consumo cada vez más lujosos. Pero echemos una ojeada a las listas de bestsellers no literarios, que durante años han estado dominadas por libros que critican profundamente el consumismo: *No Logo*, *Culture Jam*, *Luxury Fever* y *Fast Food Nation*. Ya se puede comprar la revista *Adbusters* en todas las tiendas de música o de ropa. Dos de las películas más populares y con mejor crítica recientemente han sido *El Club de la Pelea* y *Belleza Americana*, que presentan denuncias casi idénticas de la moderna sociedad de consumo.

¿Qué podemos concluir de todo esto? Para empezar, el mercado obviamente hace un muy buen trabajo al responder a la demanda de los consumidores por productos y literatura anti-consumista. Pero, ¿no es una contradicción? ¿No sugiere que estamos en las garras de algún trastorno bipolar masivo, que abarca a toda la sociedad? ¿Cómo podemos denunciar el consumismo, y sin embargo encontrarnos viviendo en una sociedad de consumo?

La respuesta es simple. Lo que vemos en películas como *El Club de la Pelea* o *Belleza Americana* no es en realidad un ataque al consumismo; es simplemente un replanteamiento de la “crítica de la sociedad de masas” que ha existido desde los años cincuenta. No son la misma cosa. De hecho, la crítica de la sociedad de masas ha sido una de las fuerzas más poderosas que han impulsado al consumismo desde hace más de cuarenta años.

Vale la pena leer otra vez esa última oración. La idea es tan extraña, tan absolutamente opuesta a lo que estamos acostumbrados a escuchar, que muchos simplemente no pueden entenderla. Es una posición que Thomas Frank, editor de *The Baffler*, ha estado tratando de comunicar desde hace años. Curiosamente, todos los

autores de libros anti-consumistas han leído a Frank – la mayoría incluso lo cita con aprobación – y sin embargo ninguno de ellos parece captar la idea. Así que esto es lo que afirma Frank, en pocas palabras: libros como *No Logo*, revistas como *Adbusters* y películas como *Belleza Americana* no socavan al consumismo; lo refuerzan.

Esto no es porque los autores, los directores o los editores sean unos hipócritas. Es porque no han entendido la verdadera naturaleza de la sociedad de consumo.

Una de las escenas cinematográficas más comentadas recientemente es la secuencia de *El Club de la Pelea* en la que el narrador sin nombre (Ed Norton) recorre con la vista su departamento vacío, llenándolo pieza por pieza con muebles Ikea. La escena brilla y late con precios, números de modelo y nombres de productos, como si la mirada de Norton estuviera seleccionando y acarreamo directamente de un catálogo virtual. Es una gran escena, que no deja duda al respecto: los muebles de su mundo son producidos en masa, de marca, estériles. Si somos lo que compramos, entonces el narrador es un robot conformista corporativo, con una llave allen en la mano.

De muchas formas, esta escena es una actualización con animación computarizada de la novela *Rabbit, Run*, de John Updike. Después de un día más de vender el Pelador de Cocina MagiPeel, Harry Angstrom llega a casa y mira a su esposa embarazada y medio ebria, a la que ya no ama. Harry se sube a su auto y conduce sin dirección fija hacia el sur. Mientras trata de organizar su vida, la música en la radio, las crónicas deportivas, los anuncios, los espectaculares, todo se mezcla en su conciencia en un solo escenario de marcas, monótono y monolítico.

Quizás nos sorprendería considerar que, mientras que *El Club de la Pelea* fue aclamada como “aguda” y “subversiva” cuando apareció en 1999, *Rabbit, Run* tuvo un enorme éxito comercial cuando

fue publicado por primera vez – en 1960. Si la crítica social viniera con una “fecha de caducidad”, ésta ya habría desaparecido de los anaqueles hace mucho tiempo. El hecho de que siga ahí, y que todavía provoque asombro y elogios, hace que uno se pregunte si es realmente una crítica, o más bien una pieza de mitología moderna.

Lo que *El Club de la Pelea* y *Rabbit, Run* presentan, de una manera amistosa para el usuario, es la crítica de la sociedad de masas, que fue desarrollada a finales de los años cincuenta en obras clásicas como *The Organization Man* de William Whyte (1956), *The Status Seekers* de Vance Packard (1959) y *Growing up Absurd*, de Paul Goodman (1960). La idea central es realmente bastante simple. El capitalismo requiere la conformidad para funcionar correctamente. Como resultado, el sistema está basado en un sistema generalizado de represión. Por lo tanto, los individuos que resisten la presión por conformarse subvierten el sistema y contribuyen a su derrocamiento.

Esta teoría ejerció una influencia tan grande sobre la imaginación de la izquierda durante los años sesenta que a mucha gente todavía le resulta verla como lo que era – una teoría. Los siguientes son algunos de sus postulados centrales:

1. El capitalismo requiere la conformidad de los trabajadores. El capitalismo es una gran máquina, y los trabajadores son sólo partes. Estas partes tienen que ser tan simples, predecibles e intercambiables como sea posible. Basta mirar una línea de ensamblaje para ver por qué. Como las abejas o las hormigas, los trabajadores capitalistas deben ser organizados en un número limitado de castas homogéneas.
2. El capitalismo requiere la conformidad de la educación. La capacitación de estos robots corporativos empieza en las escuelas, donde les quitan su independencia y creatividad a golpes, figurativa y

literalmente. Llamémosla la teoría Pink Floyd de la educación.

3. El capitalismo requiere la represión sexual. En su impulso por borrar la individualidad, el capitalismo niega toda la variedad de la expresión humana, lo que incluye la libertad sexual. Como la sexualidad es errática e impredecible, es una amenaza al orden establecido. Por eso es que algunos pensaron que la revolución sexual atacaría las bases del capitalismo.

4. El capitalismo requiere la conformidad del consumo. El objetivo más amplio del capitalismo es lograr ganancias siempre crecientes mediante economías de escala, que se consiguen más fácilmente si todos consumen la misma variedad limitada de productos estandarizados. Entra en escena la publicidad, que trata de inculcar deseos falsos o inauténticos. El consumismo es lo que emerge cuando se nos manipula para tener deseos que normalmente no tendríamos.

Tanto *El Club de la Pelea* como *Belleza Americana* están profundamente empapados en la crítica de la sociedad de masas. Veamos *El Club de la Pelea*.

Este es el alter ego del narrador, Tyler Durden (Brad Pitt), explicando la tercera tesis: “Estamos diseñados para ser cazadores y estamos en una sociedad de compras. Ya no hay nada que matar, nada que pelear, nada que vencer, nada que explorar. En esa castración social se crea este hombre común.” Y la cuarta: “La publicidad nos tiene persiguiendo autos y ropa, trabajando en empleos que odiamos, para que podamos comprar porquerías que no queremos.” Y aquí le hace al narrador un resumen escatológico de toda la crítica: “No eres tu empleo. No eres cuanto dinero tienes en el banco. No eres el auto que manejas. No eres el contenido de tu billetera. No eres tus jodidos khakis. Eres la siempre cantante, siempre bailante mierda del mundo.”

El Club de la Pelea es completamente ortodoxa en su rechazo a la manera de Rousseau del orden moderno. Menos ortodoxa es la solución que ofrece, que en el segundo y en el tercer acto pasa rápidamente de Iron John a la Trenchcoat Mafia.

Un arco narrativo más convencional, combinado con una presentación más

didáctica de la crítica, es el que se puede encontrar en *Belleza Americana*, la compañera ganadora del Oscar de *El Club de la Pelea*. Las dos películas ofrecen visiones idénticas sobre los efectos homogeneizantes y castrantes de la sociedad de masas, aunque sus héroes difieren en sus estrategias de resistencia. *El Club de la Pelea* sugiere que la única solución es hacer explotar toda la maquinaria; en *Belleza Americana*, Lester (Kevin Spacey) decide subvertirla desde adentro.

Cuando Lester se empieza a rebelar contra su vida de tonos de gris y moldes de galleta, empieza por burlarse del materialismo a la Martha Stewart de su esposa (Annette Bening). La voz de Lester: "Esta es mi esposa Carolyn. ¿Ven cómo las asas de sus tijeras de podar combinan con sus zuecos de jardinería? No es un accidente."

Más adelante, Carolyn detiene los avances sexuales de Lester para evitar que éste derrame cerveza sobre el sofá. Pelean: "Es sólo un sofá," dice Lester. Carolyn: "Es un sofá de 4,000 dólares cubierto con seda italiana. No es sólo un sofá." Lester: "¡Es sólo un sofá!" El capitalismo nos ofrece bienes de consumo como sustituto de la gratificación sexual. Lester trata de zafarse de la rienda.

La relación entre la frustración sexual y la sociedad de masas es un tema general de la película. Este es Lester, explicándole a su familia las tesis uno y tres en la cena:

Carolyn: Tu padre y yo estábamos hablando del día que tuvo en el trabajo. ¿Por qué no le cuentas a tu hija, corazón?

Lester: Janie, hoy renuncié a mi empleo. Le dije a mi jefe que se fuera al carajo, y luego lo chantajeé por casi 60,000 dólares. Pásame los espárragos.

Carolyn: Tu padre parece pensar que este tipo de conducta es algo digno de enorgullecerse.

Lester: Y tu madre parece preferir que yo vaya por la vida como un jodido prisionero mientras guarda mi pito en un frasco debajo del lavabo.

¿Y qué hace Lester para reafirmar su individualidad, su masculinidad? Consigue un nuevo empleo. Empieza a hacer ejercicio con pesas. Desea, y luego seduce, a la amiga de su hija. Empieza a fumar marihuana en las tardes. En pocas palabras, rechaza todo lo que la sociedad le exige a un hombre de su edad. Pero, ¿deja de consumir? Por supuesto que no. Consideremos la escena en la que se compra un auto nuevo. Carolyn llega a casa y le pregunta a Lester de quién es el coche que está a la entrada. Lester: "Mío. Es un Pontiac Firebird 1970. El auto que siempre quise y ahora lo tengo. ¡Soy el jefe!"

Lester se ha sacudido los grilletes de la cultura conformista. Le ha crecido el pene, es un hombre de nuevo. Todo porque compró un auto. El sofá de Carolyn puede ser "sólo un sofá", pero su auto es mucho más que "sólo un auto". Como un adolescente, consume sin culpa, sin pensar en el futuro, y sin responsabilidad. Mientras tanto, las preguntas de Carolyn acerca de cómo va a hacer los pagos de la hipoteca son

hechos a un lado como simplemente otro síntoma de su enajenada existencia. Lester está por encima de todo eso. Ahora es lo que Frank llama el "consumidor rebelde".

Lo que *Belleza Americana* ilustra, con extraordinaria claridad, es que rebelarse contra la sociedad de masas no es lo mismo que rebelarse contra la sociedad de consumo. A través de su rebelión, Lester pasa de ser más cuadrado que un azulejo a ser perfectamente *cool*, lo que se refleja en sus elecciones de consumo. Además del auto nuevo, desarrolla un gusto por una marihuana muy cara: 2,000 dólares la onza, nos dicen, y muy buena. "Es lo único que yo fumo", le asegura su vendedor adolescente. Bienvenido al club, donde la entrada está limitada a clientes con el gusto más exquisito. ¿En que se diferencia de Frasier y Niles en su club de degustación de vinos, en la comedia televisiva *Frasier*?

Lo que tenemos que entender es que el consumo no tiene que ver con la conformidad, sino con la distinción. La gente consume para diferenciarse de los demás, para mostrar que es más *cool* (zapatos Nike, que tiene mejores contactos (el club nocturno de moda), que está mejor informada (*scotch* de una sola malta), que es moralmente superior (artesanías de Guatemala) o simplemente que tiene más dinero (BMW).

El problema es que todas esas preferencias comparativas generan un consumo competitivo. "No dejarse ganar por los vecinos" en el mundo de hoy no siempre significa comprar una casa en los suburbios. Significa comprar

un *loft* en el centro de la ciudad, comer en los restaurantes correctos, escuchar bandas desconocidas, tener una pila de artículos de Mountain Equipment y tomar vacaciones en Tailandia. No importa lo que se gaste en estas cosas, lo que importa es la estructura competitiva del consumo. Cuando demasiada gente se ha subido al carro, esto obliga a los que lo introdujeron a bajarse, para poder conservar su distinción. Esto es lo que genera los ciclos de obsolescencia y desperdicio que condenamos como "consumismo".

Muchos que, según ellos, se oponen al consumismo, participan sin embargo de una manera activa en el tipo de comportamiento que lo impulsa. Por ejemplo, Naomi Klein lanzó *No Logo* quejándose de la reciente conversión de edificios de fábricas en Toronto en condominios de "*loft living*". Klein deja absolutamente claro al lector que su hogar es el artículo genuino, un verdadero *loft* de fábrica, lleno de la autenticidad de la clase obrera pero latiendo con la cultura urbana de las calles y una "estética de video de rock".

Pero cualquiera que sepa cómo funcionan las clases sociales en este país (Canadá) sabe que, en el momento en el que Klein estaba escribiendo eso, un *loft* de fábrica genuino en el área de King-Spadina era posiblemente el inmueble más exclusivo y deseado en Canadá. A diferencia de las zonas simplemente caras de Toronto, como Rosedale y Forest Hill, donde es posible comprar el acceso, los *lofts* genuinos sólo podían ser adquiridos por gente con contactos sociales superiores, ya que iban en contra de los reglamentos de vivienda y no se podían comprar en el mercado abierto. Sólo el segmento más exclusivo de la comunidad cultural tenía acceso a ellos.

Desafortunadamente para Klein, los cambios de zonificación en Toronto (que fueron parte de una estrategia racional y muy exitosa para detener el crecimiento de la mancha urbana) permitieron que los yuppies compraran el acceso a su área, lo que causó una erosión de su estatus social. Sus quejas acerca de la comercialización no son más que una expresión de esta pérdida de distinción. Lo que ella no menciona es que esta distinción es precisamente lo que impulsa al mercado de bienes inmuebles, y lo que crea el valor de estas viviendas. La gente compra estos *lofts* porque quieren un pedazo del estatus social de Klein. Naturalmente, no le hace ninguna gracia. Esas gentes son después de todo sus inferiores, y demuestran su inferioridad al estar dispuestos a aceptar copias comercializadas y producidas en masa del artículo "genuino".

Klein afirma que estos recién llegados traen una "nueva y dolorosa conciencia" a su área. Pero como queda claro en el

REPLICANTE¹²

IDEAS PARA UN PAÍS EN RUINAS

Miradas al cine...



Jorge Ayala Blanco, Naief Yehya, Javier Marías, Andrés de Luna, Melissa Suárez del Real, Elisa Corona, Mayra Luna

A la venta en Sanborns, Educal, Gandhi, FCE y otras librerías de todo el país

www.revistareplicante.com

resto de su introducción, también está consciente –dolorosamente– de su entorno. Su área es donde “en los años veinte y los treinta los inmigrantes rusos y polacos caminaban de prisa, metiéndose en restaurantes para discutir sobre Trotsky y el liderazgo del sindicato internacional de costureras”. Emma Goldman, nos cuenta, “la famosa anarquista y organizadora de obreros,” ¡vivía en su calle! ¡Qué emocionante (para Klein)! Qué gran distinción debe ser.

Klein sugiere que podría verse obligada a mudarse cuando el dueño del edificio decida convertirlo en condominios. Pero esperen un minuto. Si eso ocurre, ¿por qué simplemente no compra el *loft*? El problema, por supuesto, es que un condominio de *lofts* no tiene el cachet de un *loft* “genuino”. Se convierte, en palabras de Klein, en sólo un departamento con “techos excepcionalmente altos”. No es su casero, sino su miedo de perder su estatus social, el que amenaza sacar a Klein de su barrio.

Es aquí donde podemos ver las fuerzas que impulsan el consumo competitivo en su forma más pura y sin adulterar.

Una vez que reconocemos el papel que juega la distinción al estructurar el consumo, es fácil observar por qué la gente se preocupa tanto por sus marcas. Las marcas no nos unen: nos separan. Por supuesto, la mayoría de la gente sofisticada afirma que no le importan las marcas, lo que es una falsedad transparente. La mayoría de los que se consideran “anti-consumistas” tienen una gran conciencia de marca. Pueden engañarse a sí mismos y creer que no les importan porque sus preferencias son sobre todo negativas. Ni muertos dejarían que los vieran conduciendo un Chrysler o escuchando a Celine Dion. Es precisamente al no comprar estos productos nada *cool* que establecen su superioridad social (también es por eso que, cuando consumen productos de la “sociedad de masas”, lo tienen que

hacer “irónicamente”, para preservar su distinción).

Como nos recuerda Pierre Bordieu, el gusto es antes que nada disgusto: asco e “intolerancia visceral” del gusto de los demás. Esto nos permite ver fácilmente cómo la crítica de la sociedad de masas pudo ayudar a impulsar el consumismo. Consideremos por ejemplo la publicidad de Volkswagen y Volvo a principios de los años sesenta. Ambas marcas usaron la crítica de la “obsolescencia planeada” de manera prominente en sus campañas publicitarias. El mensaje era claro: cómprales a los grandes fabricantes de Detroit y muéstrales a todos que te dejas engañar, que eres una víctima del consumismo; compra nuestro auto y demuestra que eres demasiado inteligente para creer en su publicidad, que entiendes su juego.

Esta especie de “anti-publicidad” fue enormemente exitosa en los años sesenta, transformando al VW de un auto nazi en el símbolo de la contracultura hippie y haciendo del Volvo el auto preferido de toda una generación de académicos de izquierda. Estrategias de publicidad similares tienen el mismo éxito hoy en día, y se usan para vender cualquier cosa, desde cereales para el desayuno hasta ropa. Por eso el tipo de parodias que encontramos en *Adbusters*, lejos de ser subversivas, no se pueden distinguir de muchas campañas publicitarias reales. Hojeando la revista, uno no puede evitar recordar el comentario de Frank de que “las empresas están haciendo una fortuna cobrando la entrada a una simulación ritual de su propio linchamiento”.

Nos encontramos ante una situación insostenible. Por un lado, criticamos la conformidad y fomentamos la individualidad y la rebelión. Por el otro lado, lamentamos el hecho de que nuestro creciente nivel de consumo material no está generando ningún incremento duradero de nuestra

felicidad. Esto se debe a que es la rebelión, no la conformidad, lo que genera la estructura competitiva que abre la brecha entre el consumo y la felicidad. Mientras continuemos valorando la individualidad, y mientras expresemos esa individualidad a través de lo que poseemos y donde vivimos, podemos estar seguros de que viviremos en una sociedad consumista.

Es tentador pensar que podemos simplemente salirnos de la carrera y convertirnos en lo que la profesora de Harvard Juliet Schor llama “downshifters”, evitando así por completo el consumo competitivo. Desgraciadamente, esto no es más que buenos deseos. Podemos apartarnos de ciertas competencias, tomar algunas medidas para mitigar los efectos de otras, pero hay muchas más que sencillamente no podemos evitar.

En muchos casos, la competencia es un rasgo intrínseco de los bienes que consumimos. Los economistas los llaman “bienes posicionales”, bienes que una persona puede tener sólo si muchos otros no los tienen. Algunos ejemplos serían los penthouses, pero también las caminatas en la naturaleza y la música underground. Se dice a menudo que la economía es como la marea que levanta a todos los botes. Pero una economía en crecimiento no genera más antigüedades, más obras de arte difíciles de conseguir, o más bienes inmuebles en el centro de la ciudad: sólo los hace más caros. Muchos no nos damos cuenta de cuánto de nuestro consumo está dedicado a estos bienes posicionales.

Más aún, muchas veces nos vemos forzados al consumo competitivo sólo para defendernos de las molestias ocasionadas por el consumo de otros. No es razonable, por ejemplo, que alguien que viva en una ciudad canadiense se compre algo que no sea un auto pequeño, con bajo consumo de combustible. Al mismo tiempo, en muchas partes de América del Norte, el número de grandes SUVs en las calles y carreteras ha llegado a un punto en el que la gente se ve forzada a pensarlo dos veces antes de comprar un auto compacto. Las SUVs hacen que las calles y carreteras sean tan peligrosas para los demás conductores que todos tienen que considerar la compra de un auto más grande simplemente por protección.

Gracias a cosas así, es poco realista esperar que la gente opte por salirse de la competencia. El costo para el individuo es demasiado alto. Está muy bien decir que las SUVs son un peligro y no deberían andar en las calles y caminos, pero decirlo no cambia nada. El hecho es que las SUVs están en las calles y caminos, y no van a desaparecer muy pronto. Así que ¿está dispuesto a poner en peligro las vidas de sus hijos comprando un auto compacto?

Como gran parte de nuestro consumo competitivo es defensivo, la gente siente que sus elecciones están justificadas. Por desgracia, cada uno que participa contribuye un poco más al problema, sin importar sus intenciones. No importa si compró la SUV para protegerse a sí mismo y a sus hijos, de todos modos la compró, y al hacerlo hizo más difícil para los demás conductores salirse de la carrera armamentista automotriz. Cuando se trata del consumismo, las intenciones son irrelevantes. Son las consecuencias las que cuentan.

Por eso es que una solución al problema del consumismo que abarque a toda la sociedad no va a darse a través de la política personal o cultural. En esta fase de consumismo tardío, nuestra mejor apuesta es la acción legislativa. Si estuviéramos verdaderamente preocupados acerca de la publicidad, por ejemplo, sería fácil darle un golpe devastador a los “gorilas de las marcas” con un simple cambio en el código fiscal. El gobierno podría dejar de considerar los gastos de publicidad como un gasto totalmente deducible de impuestos (de la misma manera en que lo hizo con los gastos de entretenimiento hace algunos años). La publicidad ya es una categoría fiscal separada, así que el cambio ni siquiera generaría un trámite adicional. Pero este pequeño ajuste al código fiscal tendría un mayor impacto que toda la crítica cultural del mundo.

Por supuesto, hacer ajustes al código fiscal no es tan emocionante como lanzar una “bomba mimica” en el mundo de la publicidad o ir corriendo al lanzamiento de lo último en tecnología. Pero podría resultar mucho más útil. Lo que tenemos que entender es que el consumismo no es una ideología. No es algo en lo que la gente cae por tonta. El consumismo es algo que nos hacemos activamente unos a otros, y que seguiremos haciendo mientras no tengamos ningún incentivo para dejar de hacerlo. En vez de adoptar poses, deberíamos empezar a pensar con más cuidado acerca de cómo vamos a proporcionar esos incentivos.

The Rebel Sell fue publicado como libro por HarperCollins y por Taurus, *Rebelarse vende*. ■

Joseph Heath es profesor del departamento de filosofía de la Universidad de Toronto. Autor, entre otros, del libro *Communicative Action and Rational Choice*. Andrew Potter es doctor en filosofía por la Universidad de Toronto. Actualmente es instructor del departamento de filosofía de la Universidad de Québec en Montreal.



El desastre de la guerra contra las drogas

MARK A.R. KLEIMAN

The American Interest ©

Traducción de Moisés Silva

Treinta años después de iniciada la “guerra contra las drogas”, Estados Unidos sigue teniendo un enorme problema de abuso de drogas, con varios millones de usuarios problemáticos de drogas ilícitas y cerca de 15 millones de usuarios problemáticos de alcohol. Las industrias del tráfico de drogas ilícitas amasan unos 50,000 millones de dólares al año. Gran parte del tráfico de drogas al menudeo es abierto, ya sea en la calle o en casas identificadas y especializadas en las que se venden drogas. El tráfico abierto crea violencia y desórdenes, destrozando las comunidades en las que ocurre y las vidas de los traficantes. Los usuarios crónicos de drogas ilícitas roban y venden drogas para financiar su hábito, y las drogas inyectadas contribuyen a la diseminación del VIH y la hepatitis C.

Por si eso fuera poco, existe un esfuerzo altamente agresivo y semi-militarizado para combatir las drogas, que a menudo es apenas marginalmente constitucional y a veces más que marginalmente indecente¹. El esfuerzo por aplicar la ley mantiene a cerca de 500,000 estadounidenses tras las rejas por infringir las leyes antidrogas, cerca del 25 por ciento de la población carcelaria de los Estados Unidos. Más residentes de los Estados Unidos están cumpliendo condenas por violar la legislación antidrogas que por todos los demás delitos juntos en cualquier otro país con el que se quiera compararnos.

Estos son datos deprimentes, que demandan una reforma radical para resolver el problema de las drogas de una vez por todas. Pero el primer paso para lograr resultados menos terribles es aceptar que no hay una “solución” al problema de las drogas, por básicamente tres razones. Primero, el potencial para el abuso de las drogas está programado en el cerebro humano. Si se les deja solos, y sujetos a los vaivenes de las modas y la seducción de la publicidad, muchos acabarán arruinando sus vidas y las de quienes les rodean al caer bajo el hechizo de una droga u otra. En segundo lugar, cualquier legislación – prohibiciones, regulaciones o impuestos – lo suficientemente estricta para reducir significativamente el número de adictos será desafiada o evadida, y los que usan drogas desafiando las leyes generalmente acabarán más pobres, más enfermos y con más probabilidades de dedicarse a actividades criminales de lo que habría ocurrido en otras circunstancias. En tercer lugar, la aplicación de la legislación para el control de las drogas tiene que ser agresiva para ser efectiva,

El estudioso de la “guerra contra las drogas” Mark A.R. Kleiman trae aquí el último parte de esa batalla desastrosa. No entendemos el problema de las drogas, afirma, por lo tanto no tenemos políticas sensatas para combatirlo. Lo único seguro es que las políticas actuales son en el mejor de los casos inútiles. Las drogas, prohibidas o permitidas, no son lo que parecen. Las soluciones criminales son contraproducentes. La batalla, pues, estaba perdida antes de empezar. Muchas cejas se arquearán y muchas neuronas se iluminarán con este esclarecedor ensayo no apto para espíritus febles.

y las organizaciones creadas con el propósito de violar la ley tienden naturalmente hacia la violencia porque no pueden recurrir a los tribunales para resolver sus disputas o a la policía para protegerlos de robos o extorsiones.

Cualquier conjunto de políticas nos dejará entonces con algún nivel de abuso de sustancias – con los correspondientes costos para los adictos mismos, sus familias, sus vecinos, sus compañeros de trabajo y el público en general – y cierto nivel de daño causado por los mercados ilícitos y los esfuerzos por aplicar la ley. Así que el “problema de las drogas” no puede ser abolido ni “ganando la guerra contra las drogas” ni “terminando su prohibición”. En la práctica, elegir entre diferentes políticas es elegir entre cuáles problemas queremos tener.

Pero la falta de una bala de plata para acabar con el hombre lobo de las drogas no significa que estemos desvalidos. Aunque la perfección es imposible, las mejoras no lo son. Un conjunto de políticas con objetivos sensatos y con medios costo-efectivos podría reducir enormemente la extensión del abuso de drogas, el daño causado por ese abuso y los costos fiscales y humanos de los esfuerzos por aplicar las leyes para el control de las drogas. Políticas más prudentes nos permitirían tener mucho menos abuso de drogas, mucho menos delitos y mucha menos gente en prisión de la que tenemos ahora.

Las reformas necesarias para alcanzar estas ambiciosas metas son más radicales que incrementales, pero no son simples, ni todas iguales, ni van en ninguna de las direcciones definidas por las discusiones alrededor de las mesas de la cena, las páginas editoriales o las cámaras legislativas de los Estados Unidos. La división convencional de los programas para el control de las drogas entre combate, prevención y tratamiento esconde más de lo que revela, y lo mismo ocurre con la línea usual entre los “halcones” de las políticas punitivas y las “palomas” de las políticas orientadas al servicio. Ninguna de las dos partes tiene siempre la razón: algunas mejoras posibles se

parecen a las de los halcones, algunas a las de las palomas, y algunas a las de ninguno de los dos². Para saber por qué, empecemos por los hechos.

Los hechos

Algunas de las afirmaciones hechas a continuación son deliberadamente controversiales, pero sólo en términos del discurso público usual. No son controversiales en un sentido científico.

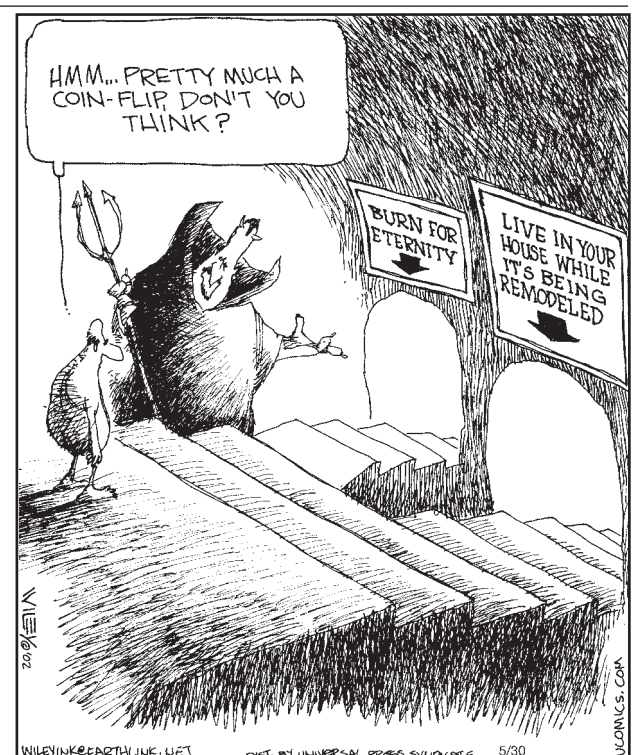
Información básica

La mayor parte del uso de drogas es inofensivo, y gran parte es benéfico, por lo menos si el placer inofensivo y la relajación cuentan como beneficios. Pero el abuso de las drogas es de todos modos un problema real porque algunos usuarios – típicamente una minoría relativamente pequeña entre los consumidores de cualquier droga – pierden el control de su comportamiento bajo la influencia de las drogas y hacen cosas estúpidas o malas. Otro grupo aún más pequeño, que se traslapa con los anteriores, pierde el control sobre el consumo de drogas mismo. La pérdida del control en estas dos formas es lo que separa al abuso de las drogas del uso no problemático de las drogas, que puede ser poco convencional pero no es patológico.

Para la mayoría de los que caen en sus garras, el abuso de drogas es relativamente pasajero. Pero algunos de los que abusan de las drogas tienen una forma crónica y recurrente de ese trastorno: la “adicción”. Los drogadictos, aunque son una minoría dentro de una minoría entre los que usan drogas, constituyen el grueso del problema debido a la frecuencia de su conducta problemática (tanto bajo la influencia de las drogas como en la búsqueda del dinero para comprarlas), al volumen de sus compras de drogas, y a la violencia y el desorden de los mercados ilícitos que mantienen. Los usuarios con trastornos de abuso de sustancias constituyen el 80% del volumen del mercado para una droga adictiva.

Ni todas las drogas son igualmente riesgosas, ni se puede abusar de ellas igual. Pero como diferentes drogas se abusan de diferentes maneras y tienen diferentes perfiles de daño, no hay una medición única de “daño” o “adicción” con la que se las pueda clasificar. Más aún, el daño total causado por una droga no depende sólo de su neuroquímica: la composición de su base de usuarios, el contexto y las costumbres que rodean su uso también son importantes. El alcohol, por ejemplo, representa un problema serio de violencia y desórdenes en Gran Bretaña, pero no en Italia.

Y el alcohol es una droga, con un nivel alto en la mayoría de las dimensiones de riesgo. Entre los intoxicantes (excluyendo la cafeína y la nicotina) el abuso del alcohol es la causa de más de tres cuartas partes del abuso total de sustancias en los Estados Unidos,



y de más muertes, enfermedades, delitos, violencia y arrestos que todas las demás drogas ilícitas juntas. Una política de control del abuso de drogas que ignore al alcohol es tan defectuosa como una política naval que ignore el Océano Pacífico.

Algunos pares de drogas se sustituyen entre sí, por lo que facilitar el acceso a una de ellas *reduce* el consumo de la otra (las marcas de cerveza compiten entre sí, la cerveza compite con el vino, la heroína compite con la morfina). Por otra parte, algunos pares de drogas son complementarias, así que facilitar el acceso a una *incrementa* el consumo de la otra (cualquier sedante puede ser complementario con cualquier estimulante, como el ron con Coca-Cola y la combinación de heroína y cocaína conocida como "speedball"). Sabemos mucho menos de estas combinaciones de lo que deberíamos. Ni siquiera está claro si hacer la cerveza más cara y más difícil de conseguir para los adolescentes reduciría su uso de marihuana o lo aumentaría (y viceversa).

Los adictos a las drogas enfrentan una fuerte compulsión física por continuar usando sus drogas favoritas, aunque muchos de ellos también desean escapar de su adicción. Pero "compulsivo" no es lo mismo que "involuntario": los adictos pueden responder, y responden, a las condiciones y consecuencias de su conducta. Tienden a reducir su uso de drogas y a incrementar sus esfuerzos por dejarlas cuando se enfrentan a un alza de precios, y responden a recompensas por abstenerse y castigos por recaer en el uso de la droga, siempre y cuando las recompensas y los castigos sean inmediatos y predecibles.

Las leyes y su aplicación

Impuestos, reglamentos y prohibiciones pueden reducir el consumo y el abuso de drogas, pero siempre al precio de hacer el resto del consumo más dañino de lo que sería de otra manera. Cualquier regla lo suficientemente

restrictiva para que tenga algún efecto tiene que ser puesta en práctica, y su puesta en práctica siempre tiene un costo y un perjuicio para los que son castigados.

Todo mercado ilícito es malo. Qué tan malo depende del tamaño del mercado, la flagrancia del mecanismo de distribución, y la mezcla social de usuarios y vendedores de drogas. A un costo relativamente bajo, la regulación y la prohibición pueden ser efectivas para evitar que surjan nuevos mercados de drogas problemáticas, y a veces para evitar que las drogas que ya han echado raíz en un área extiendan su cobertura geográfica. Pero una vez que una droga ha establecido un mercado masivo, una mayor aplicación de la ley no puede reducir mucho el problema: los clientes ya existentes buscan nuevos proveedores, y los traficantes, las drogas incautadas e incluso las organizaciones desmanteladas son reemplazadas por otras. Más aún, la efectividad de la puesta en práctica de la ley tiende a descender con el tiempo, conforme las industrias ilícitas aprenden a adaptarse. Tenemos 15 veces más traficantes de drogas en prisión de los que teníamos en 1980, y sin embargo los precios de la cocaína y la heroína han descendido más del 80%.

La aplicación agresiva de la ley contra los mercados masivos de drogas genera encarcelamientos masivos. El encarcelamiento es necesariamente horrible, y la mayor parte del encarcelamiento en los Estados Unidos es peor de lo necesario. Los traficantes que salen de prisión tienen pocas oportunidades económicas fuera del tráfico de drogas, lo que empuja hacia abajo los salarios en el mercado de las drogas, y por lo tanto los precios. Eso es lo que parece haber ocurrido con el crack.

Algunos traficantes cometen delitos no relacionados con las drogas de tal gravedad que justifican su encarcelamiento para proteger a futuras

víctimas. Sin embargo, el traficante encarcelado promedio comete menos crímenes predatorios que el preso por otros delitos promedio, así que llenar las celdas de traficantes cuando el espacio en las prisiones es escaso tiende al final a aumentar la tasa de robos y delitos violentos.

La prevención

Los esfuerzos por prevenir el uso de drogas son muy *costo-efectivos* porque son muy baratos. Pero no son muy efectivos. Incluso los mejores programas, que combinan esfuerzos de las escuelas y de la comunidad, reducen la tasa de iniciación a las drogas cuando mucho en una cuarta parte, con ninguna seguridad de que gastar más producirá mayores efectos. La mayoría de estas iniciaciones a las drogas son pospuestas, más que evitadas del todo, y no hay evidencia de que retrasar la iniciación a las drogas reduzca la adicción futura. El programa DARE, que tiene la mayor cobertura, es también el que ha demostrado ser el menos efectivo, con un impacto sobre el uso de drogas por parte de los estudiantes que no se puede distinguir de cero después de muchas evaluaciones.

El tratamiento

El mantra de que "el abuso de drogas es una enfermedad crónica y recurrente" es cierto sólo para una minoría de los que abusan de sustancias. Para un observador casual, ese grupo parece típico sólo porque sus miembros llenan las cárceles y los programas de tratamiento. La mayoría de los trastornos de abuso de drogas se resuelven "espontáneamente", es decir, sin un tratamiento formal (de aquellos que han llenado los criterios formales del trastorno de abuso de drogas durante su vida, menos de una cuarta parte siguen así, y sólo una pequeña proporción de los que se han recuperado han recibido tratamiento profesional).

Las víctimas de trastornos de abuso de sustancias cuyos intentos por dejarlas o por moderar su uso fallan usualmente se benefician de la ayuda profesional si la buscan y la siguen. Pero la mayoría de los que "necesitan" tratamiento en el sentido de que cumplen con los criterios clínicos del trastorno de abuso de sustancias no *quieren* el tratamiento lo suficiente como para ingresar y mantenerse en él incluso si está a su alcance. La brecha entre la necesidad determinada clínicamente de tratamiento y el tratamiento que realmente es aplicado es una función tanto de la falta de demanda de tratamiento como de su falta de disponibilidad.

Los que se someten a tratamiento bajo coerción legal tienen tan buenos resultados desde el punto de vista estadístico como los que lo hacen voluntariamente. En la práctica no hay una línea clara entre el tratamiento voluntario y el involuntario, porque los que los que no son coercidos por el

sistema legal con frecuencia ingresan al tratamiento bajo otras presiones: de sus familias, por ejemplo, o de sus patrones. Por otra parte, la coerción legal para someterse a tratamiento es con frecuencia más nominal que real: tres cuartas partes de los que cometen delitos relacionados con las drogas y que son "transferidos" del castigo al tratamiento no se presentan en absoluto al tratamiento o lo abandonan antes de terminarlo, y a muy pocos se les castiga por ello.

Muchos de los que necesitan tratamiento – es decir, los que no se pueden recuperar por sí solos – no pueden ser "curados" de una manera fácil, y ese hecho es el origen de la teoría de la "enfermedad crónica y recurrente". Pero el tratamiento puede fácilmente pagarse solo al reducir, aunque sea temporalmente, el nivel de abuso de drogas y los daños resultantes. En ese sentido, el slogan de que "el tratamiento funciona" es exacto: los que ingresan y se mantienen en el tratamiento (voluntariamente o no) casi siempre mejoran su problema y su conducta hasta cierto punto, y los que ingresan y se mantienen durante un año o más tienen buenas posibilidades de mantenerse en mejor estado y con una mejor conducta, incluso si no se abstienen por completo, durante algún tiempo después de concluir el tratamiento.

El tabaco

La nicotina en forma de cigarrillo es sorprendentemente adictiva, y como resultado la mayoría de los fumadores son dependientes y sufren un daño significativo a su salud. Quienes empiezan a fumar tienden a subestimar enormemente su vulnerabilidad a la adicción a la nicotina, o de otra manera no empezarían. Nueve de cada diez fumadores actuales quieren dejar de fumar, han tratado de dejar de fumar sin éxito, y desean nunca haber empezado.

Fumar pipa o habanos y el uso de tabaco sin humo (para mascar o en polvo) son mucho menos adictivos y mucho menos dañinos para la salud que fumar cigarrillos. El uso de la nicotina podría hacerse más seguro alejando a sus usuarios de los cigarrillos, reduciendo el contenido tóxico de los productos de tabaco (por ejemplo, el formaldehído y el benceno), o vaporizando los agentes activos del tabaco con calor externo en vez de quemar las hojas, lo que llevaría la nicotina a los pulmones sin una nube de gases y partículas calientes y tóxicos.

Los alucinógenos

Los alucinógenos o "psicodélicos" tienen un singular perfil de riesgo/beneficio. La adicción es extremadamente poco común, pero sus usuarios, especialmente los más jóvenes, corren el riesgo de accidentes y daños duraderos causados por experiencias subjetivas terroríficas.



Los excesos de los años sesenta desacreditaron a los alucinógenos y pusieron fin a lo que parecía una prometedor área de investigación. Pero los que han usado alucinógenos tienen una mayor tendencia que los usuarios de otras drogas a afirmar que su vida ha sido enriquecida por esa experiencia. Estudios recientes muestran que estas drogas pueden tener un potencial clínico para reducir el miedo a la muerte en pacientes terminales, y en el tratamiento de algunos problemas psiquiátricos, incluyendo el trastorno de estrés post-traumático. Existen también indicios de que el uso de alucinógenos en dosis muy pequeñas puede enriquecer el trabajo creativo de artistas, profesionistas, matemáticos y científicos.

Algunos alucinógenos han sido usados con propósitos religiosos/espirituales durante siglos, si no milenios: el *kerkyon*, la bebida sagrada usada en los Misterios Eleusinos, parece haber contenido ergot³, un precursor del LSD. Un experimento reciente en la Universidad Johns Hopkins mostró que la psilocibina (el agente activo en los “hongos mágicos”) administrada bajo condiciones controladas puede producir de una manera segura y relativamente confiable efectos que no se pueden distinguir de las experiencias místicas clásicas, con efectos positivos aparentemente persistentes sobre el humor y la conducta. La Native American Church, que afirma tener un cuarto de millón de seguidores, ha tenido permiso oficial para utilizar los botones de peyote portadores de mezcalina desde hace medio siglo, sin que haya habido ningún daño aparente. La Suprema Corte de los Estados Unidos, interpretando el Acta de Restauración de la Libertad Religiosa, ha decretado que otras iglesias que utilicen otras sustancias químicas pueden hacerlo si el motivo religioso es genuino y las prácticas son razonablemente seguras.

Cinco Principios

Habiendo establecido estos hechos, hay cinco principios que podrían guiar de una manera razonable nuestra elección de políticas. Primero, el objetivo general de las políticas debe ser minimizar el daño causado a los usuarios de drogas y a los demás por los riesgos de las drogas mismas (toxicidad, conducta bajo su influencia y adicción) y por las medidas de control y los esfuerzos por evadirlas.

Esto implica un segundo principio: si no hay daño, no hay falta. El simple uso de una droga de la que se puede abusar no constituye un problema que demande la intervención pública. Los “usuarios de drogas” no son el enemigo, y alcanzar una “sociedad libre de drogas” no sólo es imposible sino innecesario para lograr los propósitos para los que se promulgaron las leyes de control de drogas.

Tercero, una talle no les queda a todos. Las drogas, los usuarios, los mercados

y los traficantes son todos diferentes, y las políticas deben ser tan diferenciadas como las situaciones que buscan enfrentar.

Cuarto, todas las políticas para el control de las drogas, incluyendo la aplicación de la ley por la fuerza, deben estar sujetas a pruebas de costo-beneficio. Debemos actuar sólo cuando podamos hacer más bien que daño, y no sólo para expresar lo correcto de nuestras ideas. Quienes violan la ley y sus familias son también seres humanos, y su sufrimiento también cuenta. Los arrestos y las condenas a prisión son costos, no beneficios, de las políticas. Los que definen las políticas deben aprender de sus errores y abandonar esfuerzos que han fracasado, lo que significa que el aprendizaje institucional debe ser parte del diseño institucional. En las políticas para el control de las drogas, como en la mayoría de las arenas políticas, la retroalimentación es el desayuno de los campeones.

Quinto, al discutir innovaciones en los programas debemos concentrarnos en los programas que pueden ampliarse lo suficiente para tener un efecto significativo en los problemas más importantes. Habiendo millones de personas que abusan de las drogas, los programas que afecten sólo a unos miles apenas merecen ser considerados, a menos que muestren algún potencial.

Una agenda práctica

¿Cómo serían unas políticas reales basadas en los datos y los principios mencionados? Para empezar, aquí va una lista de “pendientes”:

No llenar las prisiones con traficantes ordinarios. Aunque la prohibición reduce el abuso de drogas (de otra manera no habría varias veces más gente que abusa del alcohol que de todas las demás drogas juntas) y algún nivel de aplicación de la ley por la fuerza es necesario para hacer que la prohibición sea una realidad, aumentar los esfuerzos por aplicar la ley contra las drogas con un mercado masivo no va a incrementar significativamente los precios de esas drogas o a hacerlas más difíciles de adquirir. Si tuviéramos 200,000 traficantes tras las rejas en vez de 500,000 los mercados no serían mucho más grandes y podrían ser menos violentos. Dados los costos fiscales y humanos del encarcelamiento y el costo de oportunidad de encerrar a un traficante en una celda en la que podría encerrarse a un asaltante o violador, el nivel actual de encarcelamiento por drogas es difícil de justificar. Podemos reducir ese nivel con estrategias de aplicación de la ley que minimicen los arrestos y con una moderación selectiva en las sentencias por delitos relacionados con drogas.

Encerrar a los traficantes con base en su conducta violenta, no en el volumen. Todos los traficantes venden drogas, pero sólo algunos recurren a la violencia u operan de manera abierta o emplean a

menores de edad como aprendices. El sistema actual de aplicación de la ley, que basa la decisión de arrestar y la sentencia principalmente en el volumen de drogas, debería ser reemplazado por un sistema enfocado en la conducta. Si arrestamos y sentenciamos severamente a los traficantes más violentos en vez de los que manejan un mayor volumen, podemos reducir en gran medida la cantidad de balceras, el daño que el tráfico de drogas hace a las comunidades y la atractiva molestia que el tráfico de drogas ofrece a los adolescentes.

Como una cuestión práctica, además, no podemos crear anti-incentivos diferenciales adecuados para las formas más destructivas del tráfico sólo acumulando las sanciones para los que se dedican a él. Si estamos encerrando a traficantes ordinarios para toda la vida, encerrar a los más violentos para toda la vida y un día no va a crear una gran desventaja competitiva para las organizaciones propensas a la violencia o a emplear menores de edad. El nivel base de las sanciones tiene que reducirse para que la diferencia en las sentencias sea efectiva.

Presionar a los usuarios de drogas que infringen la ley para que dejen de hacerlo. El número relativamente pequeño de delincuentes (no más de tres millones en total) que son usuarios frecuentes y de altas dosis de cocaína, heroína y metanfetaminas son los que tienen que ver con una gran parte de los robos y del dinero gastado en drogas ilícitas. Si no controlamos su conducta no podremos controlar el crimen en las calles y los mercados de la droga.

Sin embargo, las políticas actuales para enfrentar a esos delincuentes ignoran todo lo que sabemos acerca de la adicción y de la prevención. Ordenarles a quienes están en libertad probatoria o bajo palabra que ingresen a un tratamiento podría ser efectivo si pudiéramos hacer que la orden se cumpliera, pero seguiría siendo un despilfarro de los recursos de tratamiento. En vez del tratamiento obligatorio, podríamos hacer que la abstinencia fuera obligatoria, insistiendo en que los que están en libertad probatoria o bajo palabra se abstengan de usar drogas ilícitas. No todo delincuente que usa drogas tiene un trastorno de abuso de sustancias diagnosticable, e insistir (como lo hacen los tribunales) en aplicar a todos estos delincuentes una evaluación de la necesidad de tratamiento y un plan de tratamiento personalizado absorbe capacidades de por sí escasas, a veces hasta el punto en que los pobres usuarios de drogas no pueden obtener tratamiento sin que los arresten primero.

Independientemente de que exijamos la asistencia a un tratamiento o la abstinencia, el problema más difícil es hacer que ese requisito nominal sea efectivo en una población con poco autocontrol y no mucha resistencia

a violar la ley. Las instituciones de libertad probatoria y bajo palabra tienden a apoyarse excesivamente en la severidad, a costa de la certeza y la inmediatez. Mientras que la mayoría de los casos de uso de cocaína por parte de quienes están en libertad probatoria o bajo palabra no son detectados o no son sancionados con más que una reprimenda, algunos infractores desafortunados enfrentan la revocación de su libertad probatoria o bajo palabra y meses o años tras las rejas.

En vez de esto, deberíamos hacer que las consecuencias del incumplimiento y las recompensas del cumplimiento fueran más rápidas y confiables. Las pruebas frecuentes, con sanciones automáticas y fijas por usar drogas o faltar a una prueba, reducen en gran medida el uso de drogas, y por lo tanto el crimen, incluso entre delincuentes y usuarios crónicos. La revocación de la libertad probatoria o bajo palabra – encerrar al infractor por meses o incluso años – debería reservarse para los que cometen nuevos delitos serios o evaden la supervisión. La sanción por seguir usando drogas no debería ser más que unos cuantos días en prisión. Si esa amenaza se hace creíble, por lo general inducirá al cumplimiento (el programa HOPE de Hawai, basado en el modelo de la “abstinencia obligatoria”, ha reducido la tasa de pruebas positivas entre sus clientes en un 80% o más). Aplicar una sanción relativamente ligera de manera rápida y consistente es más efectivo y menos cruel que poner gente a la sombra de vez en cuando.

Ya que las recompensas son aún más potentes que los castigos, deberíamos buscar también maneras de recompensar a los infractores por su abstinencia. Los incentivos financieros modestos reducen enormemente el uso de la cocaína y las metanfetaminas en el contexto del tratamiento voluntario. El truco es adaptar ese enfoque al manejo de los infractores, tal vez ofreciéndoles una remisión parcial de las multas y cargos por cada prueba “limpia”.

Los beneficios de la implantación de un programa nacional de abstinencia obligatoria serían mucho mayores que sus costos, y mucho mayores que los beneficios de cualquier otro programa que pudiera implementarse contra las drogas y el crimen utilizando recursos similares. Para dar una aproximación, un programa nacional que costara 5,000 millones de dólares (comparado con el presupuesto total, local, estatal y federal de cerca de 40 mil millones al año) podría reducir en 30% el volumen en dólares del mercado de drogas duras, y lo que se ahorraría al encarcelar a menos adictos y menos traficantes probablemente más que recuperaría la inversión, dándonos todos los demás beneficios gratis. Las barreras administrativas y políticas para un programa de ese tipo son formidables, pero la experiencia hawaiana sugiere que no son infranqueables. El reto es conseguir que una multitud de agentes

de la ley (oficiales de libertad probatoria, tribunales, jueces, policías y carceleros) trabajen juntos lo suficientemente bien para generar consecuencias rápidas y predecibles, y que esto se dé a una escala masiva.

Desintegrar mercados abiertos de drogas utilizando redadas de bajo arresto. El tráfico flagrante de drogas, en mercados de la calle o casas en las que se venden drogas, crea crimen, violencia y desórdenes, que son letales para la vida comunitaria. Incluso si desintegrar esos mercados no ayuda mucho a reducir el abuso de drogas, sí protege a la comunidad. Un mercado abierto de drogas es la mayor "ventana rota".

Las redadas masivas y prolongadas funcionan, aunque a un precio intolerable en recursos policiales y judiciales. Pero se pueden lograr los mismos efectos utilizando amenazas explícitas y creíbles de arresto y proceso legal. High Point, en Carolina del Norte, acabó con un mercado de crack de veinte años al identificar y preparar procesos contra todos los traficantes activos, llamando a todos a una reunión para informarles que tenían que desistir de inmediato y que cualquiera que persistiera sería enviado a prisión con base en las evidencias ya existentes. Cualquier traficante individual podría haber sido reemplazado con facilidad, pero cuando todos dejaron de vender al mismo tiempo el mercado se detuvo en seco, y cualquiera que tratara de llenar el vacío se convertiría en un blanco fácil para los agentes de la ley.

Una vez que los traficantes se retiraron, los compradores dejaron de ir, lo que empujó a las transacciones hacia canales más discretos – y menos socialmente destructivos – como las de mano en mano en bares o clubes, o las órdenes telefónicas con entrega a domicilio.

La parte difícil no fue preparar el proceso legal y hacer las amenazas, sino identificar a los traficantes, movilizar el apoyo de la comunidad para el esfuerzo legal, y alinear a los proveedores de

servicio social para ofrecerles a los involuntariamente jubilados traficantes la ayuda que necesitaban para ganarse la vida legalmente. Winston-Salem, en Carolina del Norte, y Newburgh, en el estado de Nueva York, han tenido un éxito similar, y Kansas City es la que sigue. Que las redadas de bajo arresto funcionan ya no está en duda; que la policía, los fiscales, y los políticos locales acepten el cierre de los mercados como un éxito, en vez de exigir muchos arrestos y sentencias como una prueba de que son "duros contra las drogas" sigue siendo una pregunta sin respuesta.

Negar el alcohol a los bebedores problema. Cuando alguien es sorprendido bebiendo y conduciendo, le quitamos su licencia: su licencia de conducir. La "licencia" de beber – el permiso legal para comprar y consumir alcohol en cantidades ilimitadas – es supuestamente irrevocable. ¿Por qué? Sabemos que quien bebe y conduce es un mal ciudadano cuando está ebrio, pero no que es un mal conductor cuando está sobrio.

Si alguien es sentenciado por conducir, atacara a alguien, vandalismo, o desorden público, en estado de ebriedad – es decir, si alguien demuestra que es una amenaza o una gran molestia pública cuando está ebrio – entonces ¿por qué no revocarle a él (o, muy rara vez, a ella) su licencia de beber?⁴

Por supuesto, la "prohibición personal" que nos estamos imaginando, como la restricción actual por edad, tendría que ser aplicada por quienes venden las bebidas alcohólicas, que tendrían que verificar a qué clientes se les ha prohibido beber, de la misma manera que actualmente verifican que cada cliente tenga la edad legal para beber. Obviamente, la aplicación de esa prohibición no sería perfecta. Pero reducir un poco la frecuencia y la flagrancia de la conducta alcohólica de los bebedores problema es mucho mejor que no reducirla en absoluto. Una prohibición de la bebida para los

malos bebedores (a diferencia de la prohibición actual para los menores de 21 años en los Estados Unidos) tendría obviamente una base moral. Evadirla comprando bebidas alcohólicas para alguien en la lista de "No Beber", por ejemplo, sería claramente incorrecto y merecería castigo. Lo que es más, a los infractores les resultaría difícil beber en bares, restaurantes y otros lugares públicos, por lo que sería menos probable que bebieran y luego condujeran o causaran desórdenes.

Aumentar los impuestos sobre las bebidas alcohólicas, especialmente la cerveza. El impuesto total promedio (federal más estatal) sobre una lata de cerveza es de diez centavos de dólar. El daño promedio que causa esa lata de cerveza a gente que no la bebe se acerca más a un dólar. Este costo consiste principalmente en delitos, accidentes y gastos médicos redistribuidos a través de los seguros, y esa cifra no incluye el costo para las familias y las amistades de los bebedores.

Por supuesto, no todas las bebidas son iguales. Un dólar por lata sería un impuesto demasiado alto para la gran mayoría de los bebedores cuya manera de beber no causa daño, y demasiado bajo para la minoría peligrosa. Pero como decía un anuncio de Chivas Regal, "Si el costo extra te importa, estás tomando demasiado" (nótese que el nivel óptimo de los impuestos bajaría si le negáramos el alcohol a los malos bebedores).

Aumentar los impuestos es también una de las mejores maneras de reducir el consumo excesivo de alcohol entre los adolescentes, para quienes el precio suele ser importante.

Eliminar la edad mínima para el consumo de alcohol. Existen buenas evidencias de que las restricciones de edad reducen el abuso del alcohol y el manejo en estado de ebriedad en menores de edad. Eso es cierto incluso tomando en cuenta la inducción a beber creada al convertir la bebida en un rasgo distintivo de la edad adulta, y la dificultad de enseñar prácticas responsables de consumo de alcohol a quienes tienen absolutamente prohibido beber.

Pero contra los beneficios debemos sopesar los costos de convertir a la vasta mayoría de los adolescentes en infractores de la ley. Cerca de nueve de cada diez estudiantes de preparatoria reportan haber consumido bebidas alcohólicas. Criminalizar una conducta estadísticamente normal trivializa la violación de la ley al tener una ley que casi todos violan, y la violan sin ningún daño aparente. La mayoría de los adolescentes que beben, como la mayoría de los adultos que beben, no tienen un problema con la bebida. La edad mínima para beber en la actualidad ha hecho también normal el uso y la adquisición de documentos de identidad falsos, lo que en los tiempos del terrorismo parece una mala idea.

El aumento en el consumo del alcohol por parte de los adolescentes que resultaría de eliminar la restricción de edad podría ser contrarrestado por un aumento en los impuestos, lo que sería un beneficio general.

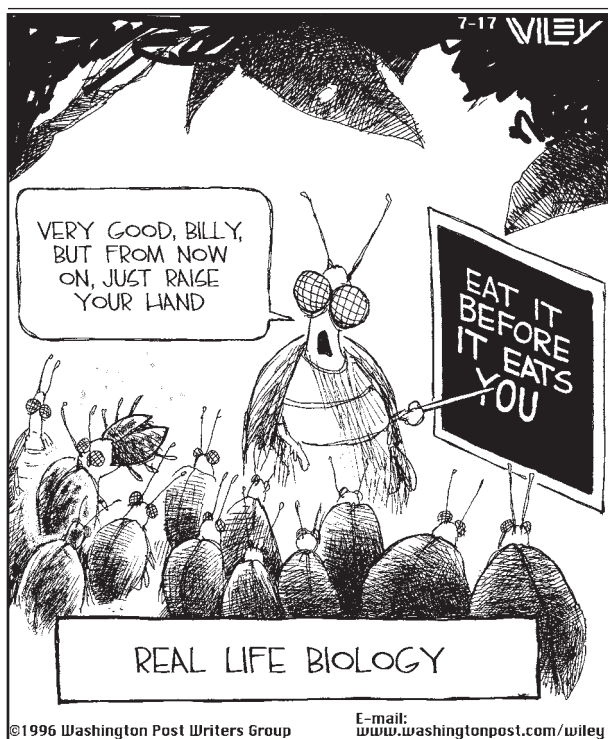
Muy pocos de mis colegas analistas de políticas de control de drogas están de acuerdo en este punto, por lo que pocos políticos estarían dispuestos a votar por esta clase de cambio. No obstante, estas tres reformas propuestas a las políticas de bebidas alcohólicas – más impuestos, prohibición personal para malos bebedores y eliminar la restricción de edad – reducirían significativamente los costos sociales del problema del alcohol.

Evitar que los jóvenes trafiquen con drogas. Los esfuerzos para evitar que los jóvenes usen drogas tienen un apoyo generalizado. Pero no se le presta casi ninguna atención al problema de evitar que los adolescentes trafiquen con drogas. El tráfico es una actividad mucho más riesgosa, y sin embargo tiene cierto glamour en algunas comunidades. Ese glamour podría ser desmitificado difundiendo cuánto ganan realmente la mayoría de los que venden drogas (menos que el salario mínimo) y cuántas probabilidades tienen de acabar balaceados, en la cárcel o adictos. Incluso un nivel modesto de éxito valdría la pena el esfuerzo.

Decir más que "No". El mensaje actual de la mayoría de los programas de prevención basados en las escuelas – que todo uso de drogas es abuso, y que la marihuana es tan peligrosa como cualquier otra droga – tiene tres grandes defectos. El primero es que los mensajes son falsos, y es malo mentirles a los niños en edad escolar. El segundo es que cuando los niños descubran que los mensajes son falsos – y sí lo descubren – no van a creer otras advertencias acerca de drogas más duras (o cualquier otra advertencia por parte del gobierno). El tercero es que una vez que se les dice a los niños que todo uso de drogas es abuso, es difícil dar un paso atrás y decirles cómo tener cuidado con las circunstancias y los patrones de su consumo de drogas para evitar la transición de un uso no problemático al abuso. Hoy en día incluso beber de manera responsable es un tema tabú. Ya es hora de que los esfuerzos de prevención maduren.

No depender sólo de DARE. El programa DARE (*Drug Abuse Resistance Education*), en el que los policías visitan salones de clase de quinto año de primaria, hace que la relación entre los niños y la policía sea más amistosa, lo que es muy bueno, pero nunca ha demostrado que reduzca el uso de las drogas. Como resultado, la predominancia actual de DARE significa que nuestros dólares para la prevención de las drogas están previniendo menos uso de drogas del que podría evitar.

Fomentar formas menos riesgosas de uso de la nicotina. Fumar cigarrillos, actualmente la forma predominante de



uso de la nicotina, es también la forma más peligrosa para los fumadores y más molesta para los demás. Si no fuera políticamente imposible, ese sería un argumento muy fuerte para prohibir la venta de cigarrillos a nuevos usuarios, y prescribir dosis de mantenimiento para los usuarios actuales.

Mientras eso sucede, deberíamos fomentar formas menos riesgosas de uso de la nicotina. El problema no es la nicotina, sino las muertes: 400,000 estadounidenses cada año. La fobia hacia la nicotina por parte de la comunidad de la salud pública no resulta difícil de entender, pero basar las políticas en esa fobia hace un daño severo a la salud pública.

Dejar que los fumadores de marihuana cultiven la suya. La marihuana está en las afueras del círculo de las drogas ilícitas. Sus riesgos son marcadamente menores, su consumo está muchísimo más generalizado, y es la causa de más arrestos que todas las demás drogas juntas, por lo general por posesión. Es también la única droga ilícita cuyos consumidores podrían prácticamente producir ellos mismos. Las leyes actuales acerca de la marihuana convierten en criminales a millones de ciudadanos que fuera de eso son respetuosos de la ley, y crean un mercado ilícito de muchos miles de millones de dólares.

Y no es que la marihuana sea inofensiva. Aunque su "tasa de captura" para el abuso y la dependencia sean significativamente menores que las del alcohol, la cocaína, las metanfetaminas y la heroína, y aunque el daño causado por su abuso y dependencia sean usualmente mucho menos drásticos, la tasa de captura es suficientemente alta y las consecuencias suficientemente malas para que constituya un problema significativo, especialmente considerando que la edad promedio para la iniciación a la marihuana es actualmente los 15 años.

Una completa legalización de la marihuana, con el modelo aplicado actualmente al alcohol, aumentaría enormemente el problema del abuso de la marihuana al darle a los genios de la mercadotecnia – que han hecho tan buen trabajo persuadiendo a los niños de que fumen tabaco, beban en exceso y pidan el supercombo de comida chatarra – otro vicio que fomentar. Sin embargo, si se cambiaran las leyes actuales para que fuera ilegal vender marihuana o intercambiarla por algo de valor, pero no cultivarla, poseerla, usarla o regalarla, los costos del régimen de control actual se reducirían notablemente, sin incrementar demasiado las dimensiones del problema del consumo de marihuana. Una ley así no podría prevenir de manera efectiva las ventas privadas de marihuana más de lo que una prohibición de las apuestas puede prevenir los juegos de póker: su objetivo sería evitar las ventas masivas.

En el corto a mediano plazo, una política de ese tipo tendría sólo un

efecto ligero sobre el uso. Los más afectados serían los que ahora dejan de usar la marihuana cuando ingresan a la fuerza laboral, que podrían seguir usándola. A largo plazo, habría quizás un incremento modesto en el uso de marihuana debido a la desaparición del estigma social y el riesgo para el empleo. Qué tanto de ese incremento en el uso se daría entre los que luego tuvieran problemas con la droga es más difícil de adivinar.

Por otro lado, los jóvenes que fuman más marihuana ya no se verían tentados a convertirse en traficantes. Un incremento modesto en el consumo de marihuana sería un bajo costo a cambio de eliminar un gran mercado ilícito, junto con varios cientos de miles de arrestos al año y decenas de miles de sentencias de prisión por traficar con marihuana.

Estimular a los usuarios problemáticos a dejar las drogas sin tratamiento formal. Algunos usuarios de drogas necesitan tratamiento, otros no. Darle publicidad al hecho de que la mayor parte de las personas con problemas de abuso de drogas se pueden recuperar sin ayuda profesional aumentaría la tasa de intentos "espontáneos" de dejar las drogas. Los que lo intentan suficientes veces (cinco fracasos son el promedio para los que tratan de dejar de fumar) tienen probabilidades de lograrlo. No funciona para todos, pero no hacer el intento es la única estrategia que lleva con seguridad al fracaso.

Las celdas de detención, las cárceles y las salas de urgencias de los hospitales serían buenos lugares para detectar casos de abuso de drogas, exhortar a los que abusan a que dejen las drogas por sí solos si pueden, y referir a los que no puedan a tratamiento. Por esos lugares pasan muchas personas con trastornos de abuso de sustancias, en un momento en el que las malas consecuencias de su intoxicación frecuente están especialmente presentes en su mente. Esas oportunidades casi nunca han sido explotadas.

La otra oportunidad obvia para la detección y la intervención breve es el examen físico anual. Los médicos tienen una gran credibilidad acerca del tema, y tienen licencia profesional para hacer preguntas directas. Pero a la mayor parte de los médicos no se les entrena para ni se les paga por la detección y la intervención, y la falta de una privacidad confiable para los expedientes médicos hace que algunos pacientes se resistan a responder con franqueza. Para cambiar esta situación se requerirían los esfuerzos de las escuelas de medicina, los directivos de las organizaciones de atención a la salud y los organismos que financian servicios de salud.

Extender el mantenimiento de los opiáceos. Aumentar la capacidad del sistema de tratamiento de mantenimiento para los opiáceos, que actualmente está excesivamente regulado, podría reducir

tanto el abuso de estas drogas como los delitos relacionados con ellas.

El tratamiento contra las drogas funciona para los que lo siguen. La mayoría no lo hace, pero el mantenimiento de los opiáceos – el tratamiento con metadona, y los nuevos y en algunos aspectos mejores buprenorfina y LAAM (l-alfa-acetilmetadol) – tienen una gran ventaja sobre los tratamientos contra la adicción: sus clientes regresan (no existe un tratamiento equivalente para el abuso de estimulantes, y dada la forma en la que funcionan, probablemente no puede haberlo).

Actualmente tenemos cerca de un millón de usuarios problemáticos de opiáceos en los Estados Unidos. Quizás tres cuartas partes aceptarían una terapia de mantenimiento si fuera fácil de obtener. Sólo 100,000 la reciben actualmente, y una razón de ello es que la mayoría de los jueces y los departamentos de libertad probatoria siguen insistiendo en mandar a los infractores que usan opiáceos a terapias "libres de drogas". Ese es un error: los datos del programa de evitación de drogas Proposition 36 en California muestran que los infractores usuarios de heroína que son asignados a programas de mantenimiento cometen muchos menos delitos.

Desarrollar inmunoterapias. Imagine estimular el sistema inmune de un fumador de cigarrillos o un usuario

de crack para que reconozca las moléculas de nicotina o cocaína como cuerpos extraños y las capture en el torrente sanguíneo antes de que lleguen al cerebro. Parece que ese tipo de tratamientos, consistentes en una sola inyección cada mes o cada dos o tres meses, son técnicamente factibles al menos para ciertas drogas, entre las que se incluyen la nicotina y la cocaína. Los beneficios sociales de perfeccionarlos y llevarlos al mercado son mucho mayores que las ganancias que un fabricante podría esperar.

Las inmunoterapias, por lo tanto, deben ser una alta prioridad para el gasto público en investigación relacionada con las drogas, especialmente si se les compara con la costosa y hasta la fecha inútil búsqueda de drogas que alivien el ansia que sienten los que dejan la cocaína (nótese que estos tratamientos son técnicamente "vacunas", pero su uso es terapéutico, no profiláctico: una inmunización masiva no tendría sentido en este contexto).

Evitar que la aplicación de la ley interfiera con el alivio del dolor. Los médicos y quienes los regulan están naturalmente preocupados por el riesgo de una dependencia iatrogénica (inducida por el tratamiento) de las drogas. En consecuencia, han tendido a ser excesivamente cuidadosos al usar calmantes del dolor opiáceos y opioides, incluso cuando el dolor es extremo y la corta esperanza de

PC Cuadernos

La informática al alcance de todos.

Una exclusiva de...

PEARSON Educación

Redes Diseño Gráfico
 Programación
 Sistemas Operativos Computación en general

De venta en Librerías de Prestigio.

Y muchos temas más ...

Guadalajara
 Av. San Ignacio No. 906
 Col. Jardines de San Ignacio
 Zapopan, Jal. C.P. 45000
 Tel. (0133) 3122 4096
 Fax (0133) 3122 4182

MÉXICO
 División Consumo
 Atlacomulco No. 500-5° piso
 Col. Industrial Atoto
 Naucalpan, Estado de México, C.P. 53519
 Tel. 01 (55) 5387 0715
 Fax 01 (55) 5387 0811

Monterrey
 Circuito Mercantil No. 484
 Col. Leones
 Monterrey, N.L. C.P. 64600
 Tels. (0181) 8676 2680 al 84
 Fax (0181) 8676 4180

Para mayor información: roberto.sanchez@pearsoned.com
 Ventas corporativas: jose.lara@pearsoned.com
www.pearsoneducacion.net

vida del paciente, como en los casos terminales de cáncer, hacen que la adicción sea más bien irrelevante. Una mejor educación médica ha hecho que muchos nuevos médicos tengan menos miedo de recetar calmantes del dolor que sus colegas mayores, pero el dramático incremento del abuso de analgésicos bajo receta, especialmente la hidrocodona (Vicodin) y la oxicodona (Percodan, Oxicontin) ha generado una reacción en contra.

Los controles estrictos y el cuidado al recetar pueden reducir el mal uso por parte de los médicos y el uso recreacional de las drogas bajo receta, así como su desviación hacia los mercados ilícitos. Una redada sobre farmacias en internet que ofrezcan “recetas” en línea está totalmente justificada. Pero entre más estrictos sean los reglamentos, mayor será el costo y los inconvenientes para los fabricantes, los médicos, los farmacéuticos y los pacientes. El costo y los inconvenientes no sólo molestarán a estos grupos, sino que también aumentarán el dolor que no es tratado.

Las políticas actuales hacen que los médicos tengan miedo de tratar el dolor de manera agresiva. Muchos doctores y grupos médicos simplemente se rehúsan a recetar cualquier sustancia controlada por el Protocolo II, el grupo de drogas recetables con regulaciones más estrictas, que incluye los calmantes del dolor más potentes, los opiáceos y los opioides, y las anfetaminas, potentes estimulantes. La combinación de opiáceos y estimulantes que los libros de texto recomiendan casi nunca es administrada por el miedo (que excede con mucho al verdadero riesgo) de acciones disciplinarias o investigaciones judiciales a un médico que recete estimulantes y narcóticos juntos. Ya es hora de relajar un poco los controles.

Crear un marco regulador para los químicos que aumentan el rendimiento. Los avances en farmacología están produciendo una nueva ola de moléculas capaces no sólo de curar la enfermedad, sino de aumentar el rendimiento normal en una serie de actividades: atléticas, eróticas, cognitivas y creativas. La frontera que separa las drogas que son necesarias para tratar enfermedades de las que son optativas para mejorar el rendimiento ya es borrosa, y seguramente va a ser cada vez más difusa.

La mayoría de las políticas para controlar el abuso de las drogas están dirigidas hacia las sustancias químicas que la gente consume por diversión. El abuso de los esteroides anabólicos en los deportes está notoriamente generalizado, pero el número de acusaciones criminales desde que se convirtieron en sustancias controladas ha sido ínfimo, tal vez porque el abuso de los esteroides no lleva a estados de intoxicación y es asociado con el esfuerzo atlético más que con una hedonística “cultura de las drogas”. Pero cada vez enfrentaremos más

sustancias químicas que la gente toma para mejorar su rendimiento.

En la medida en que se puedan desarrollar drogas razonablemente seguras que mejoren de manera prolongada la memoria u otras capacidades cognitivas, no resulta obvio que debieran ser prohibidas o que debieran ser presentadas bajo el disfraz de tratamientos para limitaciones cognitivas, como el Viagra fue presentado para tratar la disfunción eréctil sólo para que se le transformara luego en una droga para mejorar el rendimiento sexual. Pero no nos engañemos acerca de la naturaleza de la presión competitiva. Para los que participan en juegos en los que el ganador se lleva todo en escuelas, lugares de trabajo y arenas deportivas, cualquier cosa que mejore efectivamente el rendimiento y que sea legal se volverá prácticamente obligatoria para quienes no quieran ser rebasados por sus competidores. Es probable que tales sustancias químicas tengan efectos de largo plazo, y es prácticamente seguro que no sabremos mucho acerca de esos efectos en décadas. Eso hace que la regulación de sustancias químicas que mejoran el rendimiento sea un problema difícil, y que no sea seguro dejárselos solamente a los especialistas en bioética.

Averiguar para qué sirven los alucinógenos, y no dejar que las leyes para el control de las drogas interfieran con la libertad religiosa. A la luz de nuevas evidencias científicas, es hora de olvidar algunas de las (falsas) lecciones aprendidas durante el episodio psicodélico de paliacates y camisetas pintadas, y llevar de nuevo a la esfera de la respetabilidad científica y política los beneficios potenciales de un uso responsable de los alucinógenos. Si los alucinógenos tienen un potencial para la terapia o un mejor rendimiento, ¿por qué reprimirlo? Si los que buscan sinceramente la religión quieren aceptar un riesgo moderado al tomar sustancias químicas potencialmente peligrosas para inducir visiones místicas, ¿para qué prohibírselos?

Dejar de sacrificar los objetivos de la política exterior y los derechos humanos al control de las drogas. Nada de lo que ocurra en Colombia o Afganistán influirá mayormente en las dimensiones del problema de las drogas en los Estados Unidos. Los cultivos de drogas son tan abundantes, tan baratos y tan poco restringidos por la geografía que ningún conjunto de esfuerzos por erradicarlos que se nos pudiera ocurrir en el extranjero haría una diferencia significativa en la disponibilidad de las drogas en los Estados Unidos. Y si no podemos hacer que desaparezcan los cultivos de drogas, no deberíamos debilitar el tabú contra las armas biológicas en el intento. Incluso si la fumigación aérea no representara una amenaza contra los cultivos de alimentos, nunca podríamos convencer al mundo de ello.

Considerando lo que está en juego en la contienda actual entre el gobierno en Kabul y el resurgimiento de los talibanes por el control de Afganistán, es absurdo que insistamos en que el presidente Karzai haga enormes sacrificios políticos en un intento inevitablemente inútil por acabar con la producción de amapola y la exportación de opio y heroína. No importa cuál sea el nivel de combate al cultivo de amapola que le ayude a Karzai a ganar la guerra civil – o incluso si decidiera legalizar y ponerle impuestos a la producción de amapola o hasta la refinación de heroína – los Estados Unidos deben darle todo su apoyo. Pero nuestro gobierno sigue hablando (y tal vez actuando) como si el tema de la producción de amapola hiciera alguna diferencia. Si tenemos que elegir entre un Afganistán gobernado por los talibanes y no aplicar la Convención Única sobre Drogas Narcóticas, no deberíamos dudar un momento en tirar la convención por la borda.

Como la Academia Nacional de las Ciencias señaló hace algunos años, un problema fundamental con nuestro enfoque actual del abuso de drogas es que no sabemos ni siquiera lo indispensable para establecer políticas sensatas, y una razón es que la abrumadora mayoría de las actividades de control del abuso de drogas consisten en la aplicación de la ley, pero casi todo el dinero para la investigación proviene del sector salud.

El Instituto Nacional de Estudios sobre el Abuso de Drogas (NIDA), con su presupuesto anual de mil millones de dólares, es parte de los Institutos Nacionales de Salud, lo que significa que es una institución de investigación biomédica, pero el abuso de drogas es sólo en parte un problema biomédico. El NIDA no tiene ningún interés en estudiar los mercados de drogas o la aplicación de la ley, pero es ahí donde está la mayor parte de la acción de las políticas. Se pueden encontrar más usuarios de grandes dosis y más datos entre los que son arrestados que entre la población general, pero seguimos gastando decenas de millones de dólares al año en una encuesta casa por casa, mientras que el mucho más útil programa de Monitoreo de Abuso de Drogas entre los Arrestados (ADAM) fue eliminado por el Instituto Nacional de Justicia porque, con sólo 17 millones de dólares al año, representaba una cuarta parte del presupuesto de este Instituto al que el Congreso no le había asignado ya una partida específica.

El conflicto entre el trabajo científico útil e interesante y las necesidades de las políticas no es una anomalía: es típico. El buen trabajo científico es a menudo irrelevante para las políticas inmediatas. Por otra parte, nadie va a ganar un premio Nobel por descubrir cómo reducir la violencia en los mercados callejeros de drogas. Aprender más acerca del cerebro seguramente tendrá una utilidad a largo plazo, pero hay

una necesidad abrumadora e inmediata de investigaciones relevantes para las políticas. Si algún día existe la voluntad política de basar las políticas de control de las drogas en evidencias en vez de prejuicios, el primer paso debe ser tomar en serio la recolección de evidencias reales.

Supervisar la agenda nacional de investigación de las políticas de control de drogas y pensar cómo crear políticas menos desastrosas debería ser el trabajo de la Oficina Nacional de Políticas de Control de Drogas (el “zar de las drogas”). En vez de eso, ese organismo ha sido sobre todo un porrista y un agente ideológico, dedicado a mantener las ideas actuales y a defender los intereses de las instituciones públicas y privadas que aplican la ley, la prevención, el tratamiento y los exámenes de control de drogas. Un presidente que tomara en serio el problema doble del abuso y el control de las drogas, y que estuviera preparado para enfrentarlo con valor, tendría que empezar por buscar gente inteligente, bien informada, seria y valiente para manejar ese organismo – o deshacerse de él por completo. Por desgracia, un presidente así no se ve por ningún lado. ■

Mark A.R. Kleinman es profesor de políticas públicas en la UCLA y editor del Drug Policy Analysis Bulletin.

¹ Para información acerca de la “epidemia de incidentes aislados” en la que personas inocentes han sido asesinadas o lesionadas cuando sus hogares fueron atacados por error al estilo SWAT, véase Radley Balko, *Overkill: The Rise of Paramilitary Police Raids in America* (Cato Institute, 2006).

² Este tema merece más que un ensayo un libro, y se acaba de publicar uno bastante bueno: David Boyum y Peter Reuter, *An Analytic Assessment of U.S. Drug Policy* (American Enterprise Institute, 2006).

³ Un hongo que aparece a veces junto al centeno y del cual se extrae la ergotamina, utilizada para el tratamiento de la migraña (N. del T.).

⁴ En una jurisdicción estadounidense típica, aproximadamente 0.1% de la población de arrestados crónicos por embriaguez y desórdenes tiene que ver con cerca del 15% de todos los arrestos.

Cuando los ángeles se dibujan sobre las serpientes

Don Vasco de Quiroga y la ciencia aplicada en la Nueva España

JAIME LUBÍN

Pensar la Conquista de la Nueva España como un asunto exclusivo de las armas, las batallas y los muertos, me parece una enorme limitación histórica que no hace ningún favor a la verdad de los hechos. La historiografía oficial acerca de estos temas es atávica, de enfoques distorsionados y mal informada, además de estar influida por la leyenda negra que pesa sobre la acción civilizadora del Imperio Español.

Imagino la cala de los navíos que venían a la Nueva España con las bodegas repletas de cosas nuevas y útiles. Instrumentos, herramientas, libros, materiales, semillas, libros, todos objetos para establecer una relación equilibrada con los sujetos, los naturales de estas tierras, que después de las acciones militares tuvieron vida y tiempo para fundar y construir en menos de cien años más de doscientas treinta ciudades permanentes en Hispanoamérica. Esta hazaña urbanizadora y constructiva derrota a cualquier sofisma de la leyenda negra. Basta con hacerse tres preguntas pertinentes:

¿Cuánta fue la densidad de obra necesaria para esa magnitud constructiva?

¿Cuánta fue la movilidad de recursos humanos técnicos y económicos para mantener ese ritmo?

¿Cómo se lograron las densidades de población mínimas para llevar a cabo la empresa?

Es cierto que el primer español que abusó de su poder fue Nuño Beltrán de Guzmán y de seguro hubo otros menos famosos que también cometieron tropelías, violaciones y asesinatos, pero ante esa injusticia, el Rey Don Carlos I ordenó la disolución de la Primera Audiencia y convocó a una junta de notables para integrar la Segunda. Los cancilleres de Granada y Valladolid propusieron a Sus Majestades, los nombres de los candidatos. El Conde de Oropesa no acepta, el Marqués de Fromista pide un alto estipendio y Don Antonio de Mendoza se la piensa mucho. Tal batiboleo importunó a la Emperatriz, que el 2 de enero de 1530 dio un magistral golpe de timón y decidió el futuro de las tierras de ultramar al nombrar al licenciado Don Vasco de Quiroga oidor e integrante de la Segunda Audiencia.

Desde Sevilla nos hicimos a la vela el 25 de agosto del mismo año, mi nombre no importa, solo diré que me llaman "El Capitano" desde que estuve como espía al servicio de los banqueros

florentinos. En esos años luminosos navegué todo el Mediterráneo con la misión de comprar los mejores y más famosos libros sobre todas las ciencias conocidas para formar la biblioteca de Lorenzo de Medicis. Las bodegas de mis naves se llenaban en cada viaje para hacer honor a sus nombres: "El Ignorancia" y "El Asombro". En el último periplo, al llegar a Florencia deposité la carga en la sacristía de Santa María de las Flores, donde se me ordenó subir a la linterna para recibir una carta. Ahí estuvo instalado el observatorio astronómico donde Paolo del Pozzo Toscanelli entregó a Colón las famosas cartas, una con la copia de una carta de navegación que no comprendió el "levemente ilustrado" Rey de Portugal y otra con los trazos que Leonardo Da Vinci dibujó para guiar al Almirante en la construcción de la primera ciudad a fundar en las nuevas tierras que descubriese. Parecía que ese lugar les gustaba para entregar correspondencia. Me esperaba un monje dominico que me invitó a salir a la terraza, desde esa altura Florencia era la imagen misma del dominio. El monje me entregó un pliego lacrado con la divisa imperial de Carlos V de Alemania y I de España.

Don Vasco llegó a Veracruz el 30 de diciembre de ese mismo año. No estaba solo, le acompañaban una gran cantidad de cosas útiles que aplicó con diligencia y astucia en estas tierras que le esperaban sin saber que ya había llegado. La imagen del mundo siempre ha sido esencial para la construcción de la cultura y la civilización. Es un juego de símbolos que se entrelazan para formar nuevos significados y en España estaban tan sorprendidos como en México. Aunque ya habían pasado algunos años desde la llegada de Cortés.

A la ciencia española se le ha menospreciado desde el siglo XVIII y con el libelo publicado por Masson de Morvilliers en 1782, que astutamente se aprovechó de la expulsión de los jesuitas, plantó la semilla de la leyenda negra que fue regada por Floridablanca cuatro años después con su famosa "Oración Apologética". Por si fuera poco, H. G. Wells mediocre historiador y novelista publicó que "fue una desgracia para la ciencia que los primeros europeos que llegaron a América fuesen españoles sin curiosidad científica...".

A poco de haber desembarcado comenzó Don Vasco a fundar la obra seminal y balsámica de la reconciliación. Los hospitales de Santa

Fe de Los Altos, Santa Fe de la Laguna y Santa Fe del Río transformaron el terror en ternura.

En altamar y con calma invité a mi pasajero a la Cámara Alta para compartir un poco de vino toscano. No sabía su nombre y reconocía su dignidad de altos merecimientos. En Florencia, el dominico me entregó la carta que según sus instrucciones debía de abrir a más de siete días de haber zarpado, pero sólo si me era dada la contraseña a unos versos en latín. Charlamos sobre mi colección de mapas y después de un buen rato le mire diciendo: "Venient annis / Saecula seris quibus oceanus / Vincula verum laxet: et ingen / Pateat tellus".

Mi pasajero contesto: "Thipis novos / Delegat Orbes: nec sic terris / Ultima Thule".

Entonces supe que podía abrir la carta. Deslicé el cuchillo bajo la divisa roja y gualda y leí las palabras del Emperador.

En las actas de Capitulación y en los libros de cuentas de la empresa del Descubrimiento, figuran los nombres de los patronos y donantes y entre ellos encontramos al padre de Don Vasco. Familia principal en Castilla que con buen tino educó a sus hijos en las artes y las ciencias. Vasco estuvo de alumno en Salamanca bajo el cuidado del Cardenal Arzobispo de Toledo, Don Juan de Tavera, inspirador de la esencia de la bula "Sublimis Deus" promulgada por el papa Paulo III, en la que se trata de la racionalidad de los indígenas, además de las tesis de Fray Francisco de Vitoria sobre la imposibilidad de los naturales para sujetarse al Pontífice

romano y ser súbditos de un príncipe que no tiene ese dominio político. Don Vasco conocía muy bien el corpus jurídico que sirvió de fundamento a las empresas de Colón y Cortés y ahora de un proceso de evangelización y civilización que apenas comenzaba con el soporte imperial y la voluntad de los mejores de esos tiempos.

Don Vasco llega al reino de Michoacán en 1533 y el ánimo de los purépechas está exaltado por el asesinato de su rey Caltzonzin a manos de Nuño. La crueldad los redujo a un estado de desesperanza y a una gran necesidad de consuelo. Sabedor de estas fechorías pronunció un discurso ante los indígenas. Con gran calma le dijo: "He venido a renovar nuestra amistad y asegurarnos que Su Majestad está profundamente apesadumbrado por el mal trato que vuestra nación ha sufrido; podéis estar seguros de que se castigara a los culpables de estos crímenes". Estas palabras las pronunció acompañado de un numeroso contingente de indígenas de otras etnias que avalaron la verdad de su dicho y fincaron la creencia en su buena voluntad. Alonso de Ávalos fungió como intérprete en lengua purépecha. Y entonces floreció la Utopía. La sangre de Tomas Moro regó las tierras michoacanas y el terror se transformó en ternura.

Entonces conocí a mi pasajero, supe de su autoridad y cargo y sentí en mis espaldas la enorme responsabilidad de su cuidado. Ahí frente a mí estaba Don Vasco de Quiroga, oidor de la Segunda Audiencia, designado por sus Majestades Imperiales. Mi encomienda era estar atento a su seguridad y organizar una red de secrecías capaz



de ofrecer información para la Corona. Ante tanta riqueza, tanta envidia que había entre conjurados, falsos conversos, traidores al servicio de Inglaterra y venecianos resentidos por la mengua de su poderío. Seguimos la conversa y a punto de probar las natillas preparadas por las Madres del Convento de Clarisas de Toledo, el vigía anunció viento en popa. Ordené que izaran el velamen y con el timón a buen gobierno marcamos derrota hacia el Poniente. Levantó la espuma en las crestas del oleaje y Don Vasco se acodó para mirar el horizonte.

En toda la ribera del lago de Pátzcuaro las cosas comenzaron a cambiar. Con la introducción de la rueda en todas sus formas... como torno de alfarero, como polea, como transporte o como piedra de amolar, ese pequeño y hermoso Mediterráneo se transformó en la cuna de la civilización del Occidente de la Nueva España. Don Vasco aplicó la ciencia y desarrolló la tecnología para hacer mejor lo que los naturales ya sabían hacer muy bien.

En 1537, bajo su protección y por patrocinio de Juan de Alvarado y petición del Virrey de Mendoza, Tata Vasco recibió a los monjes agustinos Fray Juan de San Román y Fray Diego de Chávez, para fundar el Colegio de Estudios Mayores en Tiripetío, primer semilla plantada para el estudio de

la cosmografía, la astronomía y las ciencias de la navegación. Lejos de las intrigas del virreinato y al cuidado de Quiroga, el 29 de noviembre de 1540 se celebró el Tratado de Tiripetío que permitió planear la estrategia de la expedición transpacífica bajo el mando del capitán Ruy Villalobos y de Fray Andrés de Urdaneta, experimentados navegantes que cruzarían el océano hasta llegar a Filipinas. El error de Toscanelli sobre la medida del perímetro terrestre fue subsanado por los monjes del Colegio de Estudios Mayores de Tiripetío. En ese mismo año de 1540 murió Copérnico y se publicó su obra que alcanzó a ver en agonía.

Cuando desembarcamos en Veracruz, supe de las revueltas creadas para distraer la atención del Rey y evitar la justicia. Las envidias entre Flandes, Portugal, Inglaterra y Roma para apoderarse de las riquezas del Nuevo Mundo fueron las primeras informaciones que me proporcionaron unos legos calabreses y napolitanos. Uno de ellos de nombre Maturino Ghilberti andaba a la búsqueda de libros y el otro era un caminante bolonés conocido por el apodo del Mico o Michelle. Con ellos y a distancias prudentes fue posible actuar para detener a Bartolomé Fontana, un pisano traidor al Duque de Pistoia que instigó junto con otros cómplices contra Don Vasco, acusándole

injustamente en un pleito por unas tierras que compró para extender los hospitales. El otro bellaco era un tal Muñoz que había sido expulsado de la tripulación de Hernández de Córdoba. Les capturamos antes de que pudieran dañar al licenciado Quiroga y les entregamos uno a la Santa Inquisición y el otro al brazo secular.

Solo en Oran sufrí de calores como éstos, por eso cambié de botas altas a unas cordobesas. Llegamos hasta una sierra parecida a las tierras gallegas. Desde un monte alto pude ver un valle la mar de extenso. Mi caballo Maragato galopó a sus anchas y yo y mis compañeros nos quedamos maravillados ante la feracidad y atrevimiento de los reinos michoacanos.

Acampamos en un pequeño bosque para esperar que la comitiva de Don Vasco pasara rumbo a la sierra que llaman de las ranas. Las precauciones eran insuficientes y ahora deberíamos cuidarle del propio virrey, que engolosinado por el descubrimiento del mineral en Zacatecas pretendía hacerse de encomiendas para extender sus riquezas. Fue cuando conocí a Fray Alonso de la Veracruz.


De las labores de Quiroga se desprende una obra que no cesa, y que debería ser tomada como un modelo efectivo de autarquía. Sed bastantes, dice Tata Vasco, para ilustrar la independencia

del ser ante el medio y el correcto aprovechamiento de los recursos naturales.

Los historiadores tradicionales han abundado sobre Tata Vasco en sus aspectos más visibles. Pero toda obra que dura más de cinco siglos merece una interpretación más amplia y profunda.

En este ensayo intentó una nueva forma de ver la obra de Quiroga. No soy historiador ni pretendo serlo, desde mi perspectiva como diseñador veo campos inexplorados y posibilidades nuevas que prometen frutos abundantes. La historia de la ciencia y la tecnología en la Nueva España todavía esta por completarse. Las alianzas e interacciones entre la economía, la ecología, la sociedad y la tecnología generan una serie de tensiones que dinamizan los procesos de uso y aplicación de la ciencia en provecho del bien común. Así lo comprendió Don Vasco. Hay que desaprender la historia oficial para percibir otras realidades. ■

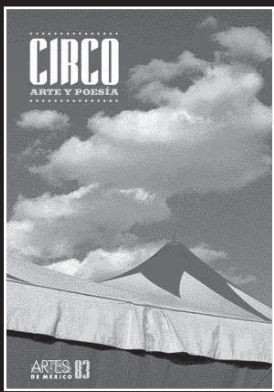
Jaime Lubín es profesor de semiótica en el ITESO, dirige el Taller del Asombro en el que hace diseño ecológico. Es chef.



**LAS FUNCIONES
VAN A COMENZAR**

ARTES DE MÉXICO


REVISTAS 83 Y 84



CIRCO
ARTE Y POESÍA

CIRCO
ARTE Y POESÍA

**Anclado entre la fantasía
y la ensoñación, reviva
un sitio privilegiado
para el arte.**



CIRCO II
LEYENDA Y COLOR

**Descubra matices inesperados
de un espacio en el que todos
los sueños son posibles.**

De venta en librerías de prestigio o en Córdoba 69, Col. Roma, México D.F. • www.artesdemexico.com

Oxímoron: el filo de lo chato

RENÉ GONZÁLEZ

Los elegantes textos del incomparable Borges han sido para mí una fuente casi inagotable de palabras alucinantes que me obligan a consultar al diccionario frecuentemente. Una de las más inolvidables fue *oxímoron*. Leyendo El Áleph —en el cuento *El Zahir*— me tropecé con la mejor definición de la misma:

“En la figura que se llama oxímoron, se aplica un epíteto que parece contradecirla; así los gnósticos hablaron de una luz oscura; los alquimistas de un sol negro. Salir de mi última visita a Teodelina Villar y tomar una caña en un almacén era una especie de oxímoron; su grosería y su facilidad me tentaron...”

Más adelante en el cuento que le da nombre al libro se lee:

“Beatriz era alta, frágil, muy ligeramente inclinada; había en su andar (si el oxímoron es tolerable) una como graciosa torpeza, un principio de éxtasis...”

En su *Historia universal de la infamia*, la mayoría de los títulos incurren continuamente en dicha figura: *El incivil maestro de ceremonias Kotsuké No Suké*, *El asesino desinteresado Bill Harrigan*, *El atroz redentor Lazarus Morell*.

La ubicua Wikipedia sentenciosamente menciona que las *figuras literarias* o *retóricas* se dividen en *figuras de dicción* y *figuras de pensamiento* y en estas últimas, entre otras, se encuentran las *figuras lógicas*. Éstas son procedimientos retóricos que tienen que ver con las relaciones lógicas entre las ideas dentro de un texto; de forma especial se considera la relación de antinomia o contradicción y así se enumeran la *antítesis*, la *cohabitación*, la *paradoja* y el *oxímoron*. Este helenismo que a su vez también es un oxímoron —porque une los lexemas *oxys*: agudo, punzante y *mos*: romo, fofo, tonto— se originó en el siglo xvii. El Diccionario de la Real Academia secamente lo define como “Combinación en una misma estructura sintáctica de dos palabras o expresiones de significado opuesto, que originan un nuevo sentido; p. ej., un *silencio atronador*.”

Los poetas han hecho uso y abuso de dicha figura con variable fortuna; destacan Quevedo, “Es hielo abrasador, es fuego helado, /es herida que duele y no se siente, /es un soñado bien, un mal presente, /es un breve descanso muy cansado.”; y San Juan de la Cruz, “Que tiernamente hieres, soledad sonora, música callada”. Los encontramos también, entre otros, en Lope de Vega, Santa Teresa de Jesús,

Góngora, Shakespeare, Baudelaire y Víctor Hugo. Y así nos regalaron Darío su “rugido callado” y Monterroso sus “libros llenos de vacíos”.

Con el paso del tiempo esos oxímoros tan poéticos e inasibles y en el lejano *topos uranus* de la literatura, fueron descendiendo y se introdujeron sigilosamente en mi realidad y ahora veo que se han convertido en la sal de la vida, en el aceite que lubrica generosamente el engranaje social, porque ¿qué haríamos sin el *idiota perfecto* que siempre tiene la culpa de lo que sea necesario? ¿Y las beatas de esta recatada ciudad sobrevivirían sin su *inmaculada concepción*? Los hospitales públicos sin sus *pacientes airados* no serían los mismos, así como los alumnos sin sus *ángulos rectos* y *líneas punteadas*. Los políticos son ricos generadores de *crecimientos negativos* y *éxitos parciales* y su lista es larga: *única opción*, *riesgo calculado*, *solución aproximada*, *apuesta segura*, *constante cambio*, *copia original*, *estimación precisa*, *opción obligatoria*, *versión definitiva*; y así medran con su partido *revolucionario institucional* por un lado y la *derecha siniestra* del Yunque por el otro.

Poco a poco me he dado cuenta que no se puede vivir sin esos oxímoros vitales e indispensables, imposible

unir el alma al cuerpo sin la *intimidad compartida* del *amor libre* con sus *casi siempre* y *casi nunca*. Recuerdo con nostalgia las *tiernas injurias* de mi abuela. Sabina nos regaló la *compañera soledad* imprescindible para vivir en el *club de solitarios* de la *aldea global*, donde la mayoría *actúa con naturalidad* y *tensa calma* las *medias verdades* de la *realidad virtual* llena de *secretos a voces*, *elocuentes silencios* y *lujos imprescindibles*. Y para finalizar ¿qué sería de nuestras *existencias vacías* sin el *orden aleatorio* del *libre albedrío*? ■

René González es diseñador editorial.

FRONTERA NORTE

<http://www.colef.mx/fronteranorte/>

25 años El Colegio de la Frontera Norte

Suscribete a las revistas *Frontera norte* y *Migraciones internacionales* editadas por El Colegio de la Frontera Norte

Informes: Tel.: (664) 631 6300 ext.1159 www.colef.mx

Migraciones INTERNACIONALES

www.colef.mx/migracionesinternacionales



Trivias

Los enigmas de la jericalla

Juan Carlos Núñez

Parece mentira que en un postre tan chiquito quepan tantos misterios. Detrás del sabroso dulce se esconden preguntas difíciles de responder. Para empezar el origen del nombre y la forma correcta de escribirlo: ¿jericalla o jericaya? La Academia Mexicana de la Lengua y la Real Academia de la Lengua Española aceptan ambas formas. Existen muy pocas referencias al origen de esta palabra. Una de ellas está en el Diccionario de cocina, el nuevo cocinero de México, publicado en 1845, que dice: “este nombre, como el de Arequipa, parece recordar el de Jérica, el lugar de donde acaso vino esta composición, si no es que aluda al apellido del que la trajo”. Muchos tapatíos estarían dispuestos a apostar que se trata de un postre eminentemente jalisciense. Así parece comprobarlo la popularidad de la preparación en Guadalajara y su inexistencia en otros rumbos del país. Sin embargo, en recetarios de los siglos xviii y xix, editados en la ciudad de México, se hacen referencias a la jericalla sin aludir a Jalisco. Por si fuera poco el Diccionario breve de mexicanismos de la Academia Mexicana de la Lengua dice que existen postres similares con el mismo nombre en Honduras y Costa Rica.

El Puente de Arcediano

Adolfo Ochoa

La importancia del Puente de Arcediano para el estado de Jalisco, hace un siglo, derivó de dos factores: del económico y del científico o tecnológico. En ese tiempo los sistemas de comunicación eran muy deficientes, había poblados que vivían en un aislamiento casi absoluto. El río Santiago, muy caudaloso durante los temporales de lluvias, hacía que la utilización de balsas, canoas o pangas fuese arriesgada y peligrosa. El Ingeniero Salvador Collado propuso construir un puente colgante, sistema nunca usado hasta entonces en nuestro país. A excepción de los cables comprados a la fábrica Roebling, constructora del puente de Brooklyn en Nueva York, sólo se utilizaron materiales de la región; hierro de la ferrería de Tula, en Tapalpa, y las piezas fueron hechas en los talleres Collignon. La arena y la mampostería porfídica para las pilastras y los anclajes, así como las maderas, fueron obtenidas de los montes inmediatos. Fue construido en diez meses. El 7 de junio de 1894 se efectuó una prueba que consistió en hacer pasar un número creciente de carga, hasta llegar a 36 mulas, 104 asnos y seis arrieros, que representaban un peso de dos mil trescientas arrobas, y al momento de la bendición se llenó con más de 500 personas, que pesaban una carga de dos mil seiscientas arrobas (30 toneladas).

Que Beatriz Hernández dijo “el rey es mi gallo”

Angélica Iñiguez

Nuño de Guzmán había corrido de Tonalá a los españoles que seguían

a Cristóbal de Oñate y que se habían asentado allí, pues no quería españoles alrededor de sus dominios. Corría el año de 1541 y el regimiento, “gente principal” y vecinos estaban reunidos en el cabildo, por órdenes de Cristóbal de Oñate, muy preocupados por cierto porque no lograban definir el lugar donde fundarían Guadalajara. En plena discusión entró Beatriz Hernández, esposa de Juan Sánchez de Olea y los apresuró a determinar el sitio de la mudanza, que si no, lo haría ella misma. Pidió un asiento y la palabra y el gobernador se los otorgó, y -según relata Agustín Yáñez que escribió Tello en su Crónica Miscelánea-, Beatriz Hernández anunció: “Señores, el Rey es mi gallo, y yo soy de parecer que nos pasemos al valle de Atemajac, y si otra cosa se hace será de servicio de Dios y del Rey, y lo demás es mostrar cobardía...” Entonces dijo el gobernador: “Hágase así señora Beatriz Hernández, y púeblesse do está señalado”. Es de todos sabido que Guadalajara se fundó donde ella dijo y entonces le hicieron su escultura en bronce, instalada a metros de la plaza Fundadores.

Los peligros del cine

Juan Carlos Núñez

El semanario católico La Palabra, dirigido por Anacleto González Flores, dedicó al menos cuatro artículos de primera plana entre 1917 y 1919 a alertar a los padres de familia sobre los “peligros” del cine. “Obligación es, pues, de los padres de familia, que deben velar por la pureza de las costumbres del hogar, prohibir que sus hijos vayan a los Cines, focos de inmoralidad... [Los hombres], no deben permitir que la esposa ni la prometida visiten esos salones; ni debe visitarlos una señorita que se precie de decente de verdad”. Cinco meses después advertía sobre “los males que este espectáculo causa en la sociedad” y acusaba al cine de ser escuela de inmoralidad porque “las niñas y las jóvenes conocerán todas las facetas (sic) de la sensualidad; tendrán curiosidades insatisfechas; se impresionarán intensamente, y desde ese instante conservarán el virus de un pecado dispuesto a practicarse en la primera ocasión”. En abril de 1918, decía: “Y puede asegurarse sin temor a sufrir equivocación que la escuela en que se han formado las generaciones afeminadas, corrompidas e inútiles de ahora no ha sido otra que el cine”. En un artículo más lamenta que “todas las privaciones y toda la abnegación desplegada en la formación del espíritu de los niños naufragaron en el cinematógrafo”.

¿Cómo?... ¿Nevando en Guadalajara?

Adolfo Ochoa

Las palabras se las lleva el viento y las personas mueren. Aquel extraño y memorable fenómeno quedaría en el olvido en el transcurso de alguna generación de tapatíos de no ser por el periódico Juan Panadero del jueves 10 de febrero de 1881 que dejó constancia impresa del acontecimiento. La mañana del Martes 8 de ese mes y año nevó en Guadalajara. El encabezado de Juan

Panadero rezaba “¡Caramba, qué frío!” La nota periodística refería: “Anteayer hemos tenido en esta ciudad una verdadera nevada que todavía me hace dar diente con diente y temblar como un azogado. Se me asegura que el termómetro puesto a la intemperie en una casa céntrica de la población descendió cuatro grados bajo cero, y en las orillas hasta seis grados (...) Las montañas que circundan este valle de Atemajac presentaban un aspecto enteramente nuevo y raro ante nosotros, sus cumbres estaban cubiertas por fajos de plata. Las alturas de los cerros de Cuyutlán y Tequila tenían también sus gorros blancos que hacían más gallarda su elevación.” Tendrían que transcurrir 116 años para que las condiciones atmosféricas de humedad y temperatura permitieran que se verificara otra vez este fenómeno, el sábado 13 de diciembre de 1997.

Agotamiento lacrimoso

Álvaro González de Mendoza

En Guadalajara se agotaron las lágrimas y así lo dicen las crónicas de época. Tantos fueron los muertos que ya no había forma de llorarlos; tantos que macabros carretones transitaban temprano por las calles para recoger de las casas a los difuntos del día. Fue el año del Cólera. 1833. Miles de difuntos que no era posible depositarlos en los llamados ‘camposantos’ adjuntos a las iglesias. Así y antes de que la República Restaurada, desacralizara los cementerios, fue preciso habilitar un panteón lejos de todo y un fraile lego franciscano, Fray Sebastián de Aparicio homónimo del primer trazador de carreteras en el Nuevo Mundo, fue el primer ocupante del llamado ‘Panteón de Los Ángeles’ en la rivera oriental del río de San Juan de Dios en tierras lejanas. Un fraile para mostrar a la población civil la anuencia eclesiástica del lugar. Casi 30 años anterior al primer panteón civil, el de Belén, el de Los Ángeles estuvo en funciones largo tiempo y después de la peste. Incluso se cuenta que entre sus huéspedes estuvo el Dr. Antomarchi, quien asistiera a Napoleón Bonaparte en su lecho de muerte. Su lápida igual que las de miles de tapatíos allí depositados, desapareció cuando el municipio determinó construir en el lugar un espantoso estadio deportivo en 1930. Luego en 1950, el estadio cayó y en su lugar apareció la vieja central camionera.

Con J de Jazz

Alfredo Sánchez

Ernest Jäger llegó de Alemania y fundó en Guadalajara el Instituto Goethe, especializado en enseñar el idioma y en difundir la cultura de su país. Pero el Goethe se convirtió en algo más que una escuela, gracias a la terquedad de Ernesto -ya con su nombre mexicanizado- y a su gusto por el arte. Desde el Instituto se organizó un grupo de teatro dirigido por Werner Ruzsika que montaba obras de Bertold Brecht. Se trajeron exposiciones de artistas y diseñadores alemanes y, sobre todo, se organizaron conciertos de jazz con músicos notables que de otro modo no se habrían escuchado nunca

en Guadalajara. El Teatro Degollado, el Alarife Martín Casillas y otros foros recibieron al trombonista Albert Mangelsdorf, al trompetista Marcus Stockhausen, al Contact Trio y al pianista Rainer Brüninghaus, entre muchos otros. Su gusto por esa música lo llevó a fundar, junto a Rogelio Flores, la asociación Jazz Guadalajara, con la cual organizaron conciertos y talleres con varios músicos. Gracias a Ernesto se conoció, además, el gusto de los músicos alemanes por el guacamole: en la bienvenida que se les ofrecía en el Goethe no faltaba un gran platón que era invariablemente asediado por los sorprendidos teutones que le hincaban el diente con alegría al exótico fruto verde.

El perro de la barda neoclásica

Angélica Iñiguez

Estudiantes de música y trabajadores administrativos de la Universidad de Guadalajara volvieron de sus vacaciones de verano en 1980 y se quedaron mudos al toparse con que ya no tenían escuela, pues el edificio que la albergaba (ubicado en Vallarta y Enrique Díaz de León frente al Paraninfo) estaba hecho escombros. Sólo quedaba una barda medio intacta, sobre la que permanecía un perro, que, a decir de quienes cuentan esta historia, ladraba como reclamando el atropello. La construcción (que había sido tirada “cobardemente”, han dicho algunos, durante la madrugada) era de estilo neoclásico tardío y fue sustituida por el actual edificio cultural y administrativo de la UdeG, esa torre de espejos y doce pisos que, junto con el Expiatorio y un limpio cielo, ya es imagen de postal. La destrucción se llevó a cabo en tiempos del rector Enrique Zambrano Villa, a quien los testigos del derrumbe recuerdan como el hombre que tiró su escuela -que por cierto tenía un foro para música, danza y teatro-. Diversos archivos fotográficos tapatíos registraron el suceso. La escuela de música se cambió a un costado del teatro Degollado. Del perro no se supo más.

Un decreto

Álvaro González de Mendoza

La vieja e inoperante creencia de que un país puede hacerse por decreto, data de los albores de la independencia. Decretos que en no pocas ocasiones están llenos de buena voluntad pero que resultan inoperantes ante la realidad contundente o imposibles de cumplir debido a que la buena voluntad se enfrenta con obstáculos físico-lógicos que no puede superar. Fue en 1953 que Guadalajara estrenó una plaza monumental y oficialmente llamada “Plaza de la Liberación” en la que se instaló una escultura -no tan bien lograda pues luego fue reemplazada-, que muestra a Miguel Hidalgo hipotéticamente rompiendo una cadena con la fuerza de sus brazos (improbable a sus 56 años cumplidos...). Estatua símbolo de aquel decreto que emitió el 6 de diciembre de 1810, y luego de reposar en la ciudad, y en el que exigía u obligaba a los dueños de esclavos a ponerlos en libertad.

Magnífica intención que adelantaba por mucho a países como los mismos Estados Unidos o a Brasil, campeones de la esclavitud en el continente. Todo bien, sólo que el plazo de “diez días” so pena de muerte que daba a los esclavistas novohispanos que llama “americanos”, era una aspiración imposible de cumplir; maravillosa pero tan irreal como el hecho de que sólo el viaje entre Guadalajara y México tomaba a lo menos 12 días, en buen caballo y con buen tiempo...

El país de Magusín

Cecilia López

Al romperse el simbólico listón de la inauguración de El país de Magusín en junio de 1965, un nuevo centro de diversión para las familias tapatías nació con la promesa de ser el lugar de entretenimiento más concurrido en Guadalajara. Contaba con teatro, cine, hipódromo, autopista y ferrocarril. Los múltiples invitados pagaban la cuota requerida de \$1.00 para abarrotar sus rincones y participar en sus distintas actividades recreativas. Este centro de diversión estaba ubicado en la avenida López Mateos, a la altura de Las Águilas, puertas que marcaban el límite de la ciudad, por lo que representaba toda una excursión llegar hasta El País de Magusín. Al ingresar al centro recreativo, los asistentes podían disfrutar de varios servicios gratuitos como patinetas, patines, columpios, resbaladeros, bimbaletes y espiro bol. Por si fuera poco, la promoción anunciaba el 2x1 para el trenecito que rodeaba el lugar. Al poco tiempo, lo que pretendía ser el cuento de hadas se convirtió en un triste remedo de Disneylandia con payasos, magos y ventrilocuos poco agraciados que desgastados y con la fatiga en la cara daban sus funciones. El transcurso de unos cuantos años borró por completo las huellas de El País de Magusín, hasta que quedó cerrado oficialmente a principios de los años setentas.

Bienvenido sonido

Álvaro González de Mendoza

Del más allá llegó la noticia: se había inventado un aparato que era capaz de reproducir sonidos; que de esa máquina llamada ‘Fonógrafo’ brotaban música, sonidos o hasta voces capturados previamente. La noticia despertó el apetito por poseerla y alguien envió a la capital a un empleado que gestionara la presentación de la fabulosa máquina en la ciudad. Y del México capitalino llegó a Guadalajara un tal Mr. Peterson quien en el mismo hotel donde se hospedó ofreció una demostración a selecto grupo. Se dedujo que aquello era digno de ser apreciado por el gran público, para lo cual se propuso hacer una exhibición en la misma Plaza de Armas. Imposible: el aparato era audible solo en espacios cerrados. Así el 2 de enero de 1879 con el teatro Degollado a tope -los boletos costaron de \$0.50 a \$1.50-, el público pudo ver pero no oír el prodigioso invento. Cuando lo llevaban al escenario se les cayó y no funcionó. Días después, reparada y con entrada gratis, en el Colegio de San Juan Bautista

los habitantes de la ciudad pudieron verificar que sí era cierto: el sonido había sido atrapado por el mago de Menlo Park

Güeras o güeritas, pero ahogadas

Angélica Iñiguez

Virote (o birote, de acuerdo al gusto del cliente lector) salado, carne de cerdo, salsas dulce y picante (a base de chiles de árbol), frijoles refritos, cebolla desflemada, limones y rábanos forman parte de la receta original de las tortas que se acompañan con cerveza o coca cola. “El Güero” y “El Güerito”, son dos locales tapatíos que están cerca del mercado San Juan de Dios y que se disputan la originalidad de las ahogadas: dicen ser los autores intelectuales y culinarios desde 1959. Hasta el momento no hay ningún investigador ni documento que haya determinado quién fue el primero, y cada establecimiento tiene sus propios clientes, que además piden su cerveza y ponen Cuando calienta el sol en la versión de Pérez Prado en la rockola. En la actualidad la torta ahogada es uno de los platillos más representativos de la gastronomía tapatía (y tiene menos de medio siglo de existencia); en gran cantidad de puestos callejeros y locales establecidos pueden encontrarse buenos ejemplares, incluso con modificaciones a la receta original: hay quienes las preparan con aguacate, camarón o soya, sin frijoles...y mientras son güeras o son güeritas el tapatío seguirá comiéndolas en su puesto favorito y extrañándolas cuando esté lejos de casa.

Rock en estéreo

Alfredo Sánchez

A principios de los setenta la radio de frecuencia modulada en Guadalajara era apenas una insinuación. Comenzaron a surgir tímidamente algunas emisoras que se arriesgaban con el nuevo modo de transmisión para beneplácito de los radioescuchas: las nacientes emisoras transmitían música sin comerciales. Había la errónea creencia de que así era la fm; la verdad: no había anunciantes que se animaran a entrarle al nuevo formato. Aún no llegaban las grandes cadenas nacionales a apoderarse de la radio tapatía y a hacer casi desaparecer del cuadrante a los empresarios locales. Una de las nuevas emisoras fue animada por Alejandro Díaz Romo, miembro de una familia pionera de la radio jalisciense fundadora del grupo Radio Comerciales. Desde ahí tuvo la iniciativa de lanzar Stereo Rock. De pronto nos encontramos en la radio tapatía con grupos inauditos como Jethro Tully y otros de escasa difusión comercial. La programación, debido al gusto musical del joven empresario, era de primera y los rockeros locales se pasaban la voz: había una emisora digna de ser escuchada en el cuadrante y con mayor calidad auditiva que las de am. Pero el sueño duró poco. Ante la realidad de las pocas ganancias económicas y del escaso público, el grupo radiofónico decidió muy pronto dar carpetazo y buscar opciones más redituables. Y

aunque dejó huella y buenos recuerdos, la vida de Stereo Rock fue fugaz.

El edificio que caminó

Juan Carlos Núñez

El 24 de octubre de 1950 medio centenar de hombres bajo la dirección del ingeniero tapatío Jorge Matute Remus comenzaron a mover el edificio de la Telefónica con los empleados trabajando dentro. En el interior estaban además la esposa y un hijo del ingeniero. Al cabo de cuatro días y medio, la construcción de 1,700 toneladas había sido desplazada doce metros sin que se hubiera quebrado ni un vidrio y sin fallas en el servicio de telefonía. La historia comenzó en 1947 cuando se amplió la avenida Juárez. Los propietarios de la Telefónica se ampararon porque abandonar sus instalaciones sin interrumpir el servicio resultaba costosísimo pues implicaba construir un nuevo edificio, duplicar el equipo de comunicación y conectarlo. Llamaron entonces a Matute. “Estudié el caso y vimos que lo más conveniente era moverlo”. Mediante un sistema de gatos hidráulicos, rieles y rodillos el edificio se movió a un ritmo de ocho décimas de milímetro cada vez que se accionaban las palancas. “Fue muy fácil... los números te dicen lo que se puede hacer y lo que no”, comentaba Matute en 1996.

La primer imprenta

Nuria Blanchart

Mariano Valdés Téllez Girón impresor en la ciudad de México, en 1791 vio que la ciudad de Guadalajara carecía del beneficio público de la imprenta y decidió proporcionar a sus moradores “las utilidades que traen consigo y se siguen de semejantes inventos” y le escribió al presidente de Real Audiencia de Guadalajara para ofrecer el establecimiento de la imprenta siempre y cuando se le concediera “el privilegio exclusivo perpetuo” para imprimir todo lo que se le pidiera “sin que otra alguna persona pueda ejecutarlo en la misma ciudad sin su permiso” Valdés alegaba que el privilegio le permitiría “resarcirse” del cuantioso importe de la instalación de la imprenta, pero el rey era la única autoridad que podía concederle por lo que la Real Audiencia de Guadalajara le señaló que disponía de tres años para solicitarlo y “persuadir el beneficio que resulta de las imprentas que son unos de los mejores inventos y los gravísimos perjuicios que no pueden dejar de originarse de su defecto” el 7 de febrero de 1792 Mariano Valdés estableció la imprenta en la calle Cerrada de Loreto del Colegio de la Compañía de Jesús, poco después en una casa frente a la plaza de Santo Domingo El Rey Carlos IV en 1793 otorgó el privilegio solicitado sólo por diez años.

Los jardines de Barragán


Mario Zetone Puglissi

Barragán siempre vivió atado a los jardines. La historia comenzó en el primer viaje a París, cuando tropezó con la Exhibition of Decorative Arts donde encontró un jardín que le llamó tanto la

atención que se vio obligado a buscar al autor de tal jardín y a sus textos. Se dice que Barragán viajó hasta la Côte d’Azur, donde conoció a Ferdinand Bac y se hizo de sus primeros libros sobre jardines decorativos; Jardins Enchantés y Les Colmbières. Años más tarde cuando la muerte lo alcanzó, encontraron sobre su mesa de noche el último texto que leyó, un texto donde se realiza el paisajismo rural y la magnífica disposición de los espacios físicos; Wuthering Heighs de Emily Brönte. Esto demostraba su fascinación por los jardines. Lo que es curioso es que el único jardín al que dedicó todo su empeño no fue en aquel en que habitó por el resto de su vida, sino el jardín de la casa del Señor Ortega en la calle de General Francisco Ramírez 22, en la ciudad de México, se sabe que para cuando se realizó el contrato de compraventa había un apartado que permitía a Barragán el acceso a este jardín para modificarlo cuando él quisiera por el resto de sus días.

Con el agua hasta las vías

Nuria Blanchart

Fue un noruego, Chrisian Schjetnan que vivió en Chapala quién fundó en 1920 la Compañía de Fomento del Lago de Chapala para obtener una vía troncal de tren desde El Salto hasta la ribera norte de la laguna, pues no había carreteras ni automóviles, sólo diligencias o mulas. La novedad pegó y generó movimiento turístico. Las diligencias tardaban doce horas y el tren tres en el recorrido Guadalajara-Chapala, pero en 1926 se fue a la quiebra por los altos costos de operación y el derecho de entronque pagado a Ferrocarriles Nacionales de México, aunado a que el tren se enfrentó a la competencia de los automóviles que empezaban a circular y a llegar por una brecha al lago en menos tiempo. Pero no fue solo eso lo que hundió el proyecto de Schjetnan: creció tanto el nivel del agua del lago que inundó la estación, los talleres y las vías, permaneciendo bajo el agua varios meses causando severos daños. La estación terminó en otros usos entre ellos bodega de granos y escuela hasta que pasó a ser propiedad de la familia González Gallo que lo cedió en comodato para su actual uso “Centro Cultural González Gallo” 

Entrevista con Karmelo Iribarren

POR SERGIO ORTÍZ

“LO QUE TE DA LA LECTURA DE UN POEMA, NO TE LO DA NADA, NI NADIE. ES OTRA COSA”

En esta entrevista para *TEDIUM VITAE*, Karmelo C. Iribarren nos habla sobre sus primeras lecturas e inicios como poeta, sobre la arquitectura detrás de sus poemas, sobre su condición natural de observador y espectador urbano, sobre “lo que te da la lectura de un poema”, sobre el papel (y los riesgos) que el uso del humor y la ternura juegan en un poema, y sobre el libro que acaba de publicar, *Ola de frío* (Ed. Renacimiento, 2007).

Sergio Ortiz. Karmelo, muchas gracias por aserir a esta entrevista para *TEDIUM VITAE*. Quizá convenga comenzar esta conversación con tus inicios como poeta. Naciste en San Sebastián, España en 1959, permaneces allí desde entonces y tu formación es autodidacta. Si bien publicas tu primer libro *La condición urbana a tus treinta y cinco años* (1995), sé que tenías escribiendo poemas desde muy joven. ¿De dónde proviene ese interés por la poesía? ¿Cómo se da tu formación como poeta? ¿Algún autor importante?

Karmelo Iribarren. Mi primer poema publicado fue en 1977. Apareció en la revista *Barro*, una publicación con tapas de papel de estraza que se vendía a pie de la calle, en la parte vieja, los dominicos, aprovechando que era día de mercado. El segundo, titulado “La leve sombra”, es ya del año 83. Apareció en *Sanctín*, y diez años después en *Bares y noches*, mi primera publicación sería.

No recuerdo exactamente cuándo nació mi interés por la poesía, pero sí que conservo una imagen de leyendo una antología titulada *Poesía española reciente*, antología que aún conservo, por cierto. Hablo del año 76. En ese libro descubrí a Jaime Gil de Biedma, Ángel González, Félix Grande, etc. Y creo que fueron estos poetas los que –digámoslo así– me animaron a probar suerte en esto de los versos. Para entonces, claro, había leído –supongo que mal– a los Machado, Espronceda, Bécquer, Darío...

Siempre fui y sigo siendo –algo menos ya– un lector voraz. De poesía y de novela negra, sobre todo. Las novelas de Hammett, Chandler, Macdonald, Cain fueron el alimento intelectual de mi adolescencia. Y lo siguen siendo hoy en día. (Soy como Bond, no maduro).

S.O. Seguro que esta historia te suena es el título del libro que reúne tu poesía completa hasta 2005 y es también el título de uno de tus poemas. Cuando se leen tus poemas uno siente que tu “historia nos suena”, que tu testimonio nos es familiar, que tus poemas son verdaderos. ¿Cómo surgen tus poemas?

K.I. Creo que soy un buen observador, a falta de otras virtudes. La vida diaria está llena de situaciones, de escenas cuya esencia no es en el fondo sino la representación de una idea. Lo que hago es extraer esa idea, si me parece

interesante, y buscarle un escenario, que puede ser el que he visto u otro muy similar. Este proceso lo llevo a cabo mentalmente, de forma que para cuando me pongo a escribir el poema está prácticamente resuelto. Luego, ya sobre el papel, o la pantalla de ordenador, lo que hago es darle ritmo, desnudarlo, dejarlo a la intemperie para que se defienda él solo, sin retórica, sin aditamentos. Si, mejor o peor, se sostiene, es que funciona. Creo que mis poemas suenan a verdaderos por eso mismo, porque no se nutren de la poesía, de la literatura, sino de la vida, de la mía propia y de la que veo ocurrir ante mis ojos... Esto a veces lleva a engaño a mucha gente, uno lee un poema y, com o lo entiendo, piensa: *Eso también lo escribo yo*. Cuando alguien me dice eso, yo siempre le animo a que lo haga, a que lo escriba. No sé si lo hacen o no, no suelen incidir en el tema. (Algunos dejan de saludarme...).

S.O. Esta actitud de espectador de vida, de decir las cosas como son, convierten al poeta en una especie de relator, un fotógrafo de la realidad. El poeta, en palabras de Raymond Carver, “puede escribir sobre objetos cotidianos utilizando un lenguaje coloquial y dotar a la vez a esos objetos –una silla, persianas, un tenedor, una piedra, un anillo– de un inmenso, incluso asombroso poder. La poesía se encuentra mas cerca de un relato que el relato de una novela” ¿Dónde se encuentra ahora el sentido de la poesía?

K.I. Hace cosa de un mes iba en el autobús hacia la parte vieja mirando por la ventanilla y escribiendo un poema. Es algo que me sucede a veces. Luego al llegar a casa lo pasé al ordenador. El poema dice así: “Una americana /en el respaldo /de una silla./ Alguien /se la ha dejado ahí./ Todavía/ no significa nada/ pero démosle/ su tiempo./ Conforme/ se vacíe/ el bar,/ se irá llenando/ de vida,/ de misterio.../”. El poema se titula “Bajo una luz distinta”. Yo había visto esa chaqueta la noche anterior, en un bar de mi barrio... Me fijé y me di cuenta de que había algo ahí... De que por un momento esa americana era única, estaba rodeada de un halo de misterio... Me fui a la cama con el poema y al día siguiente, como he dicho, lo escribí mentalmente en el autobús. Esta digresión viene a cuento de lo que dices que comentaba Carver sobre los objetos. Es así. La poesía es tiempo dentro del tiempo (como el relato, los acerca la tensión, el clima), lo que sucede en un poema sólo puede suceder así ahí, mientras tú lees el poema, por eso esa persiana, o ese tenedor, o esa americana –pido disculpas por ponerme a la altura de Carver– tienen ese poder, porque sin ellas el poema no existiría; pero, claro, el poema existe, tú lo estás leyendo. Y si lo lees, si dedicas una parte de tu tiempo a leer un poema, es porque de alguna manera eso –el hecho de leer poesía– significa algo para ti, forma parte de tus intereses en la vida.

Tiene un sentido. No hace falta ponerse trascendente ni pedante, la poesía tiene su público, está ahí, se mantiene. Lo que te da la lectura de un poema, no te lo da nada, ni nadie. Es otra cosa.

S.O. Algunos de tus poemas me recuerdan al filósofo rumano Emile Ciorán, quien decía “todos estamos equivocados, excepto los humoristas, que únicamente ellos, riéndose de todo, han intuido la inanidad de lo serio y hasta de lo frívolo.” Háblanos de la importancia del humor en tus poemas.

K.I. La destrucción o el humor, así titula, más acertadamente de lo que parece a primera vista, Javier Salvago su poesía completa. Pero vamos a extendernos. El humor está ahí, nada más salir del portal, esperándote. A veces, a dos calles de la tragedia. Y así todos los días. En mi poesía juega un papel determinante por eso mismo, porque mi poesía bebe de la vida –más que de la literatura– cuyo género como sabes es el de la tragicomedia. No se puede estar llorando en verso todo el santo día, o con el ceño fruncido, no al menos si se escribe este tipo de poesía (en la que uno, más que escribir, casi se describe). No sería creíble. Y en el pacto que mis poemas establecen con el lector uno de los requisitos fundamentales, sino el más, es éste: la credibilidad. Por otra parte, el humor es una de las formas que puede adoptar la piedad, una manera de perdonarnos, de asumir nuestra endeble condición, nuestra pequeñez, de reconciliarnos –siquiera de vez en cuando– con el mundo. También es uno de los disfraces más amables de la inteligencia. El problema del humor (en sus diversas expresiones: ironía, ingenio, cinismo e incluso sarcasmo...) es que es un material altamente peligroso para ser utilizado en un poema. En eso, en los riesgos que se corre al manejarlo, se parece a la ternura. Si te pasas consigues el efecto contrario al deseado, además de destruir el poema.

Y sí, en la cita que comentas, Cioran tiene razón. Ahora bien, yo iría más lejos, yo diría que todos estamos equivocados, incluso los humoristas. En el fondo, todo es un inmenso error. Ya ves, como para no reírse.

S.O. Sin embargo, en varios de tus poemas se vislumbra una búsqueda de plenitud amorosa...

K.I. El amor, el deseo, la pérdida de la juventud, la madurez, la muerte... son los grandes temas de la poesía. Y de la vida. No se pueden obviar. Yo he escrito muchos poemas de amor, con sus claroscuros, claro, en sus diferentes y apasionantes fases: la de la búsqueda, la del deseo, la del encuentro, la doméstica, la de la traición, la de la pérdida... Con todo, creo que los poemas de amor, o mejor, de temática amorosa más difíciles son aquellos que hablan de dos personas que

se quieren y a las que –en ese momento, el del poema– no parece pasarles nada más relevante que eso. Trasladar esa luz tenue al papel es muy complicado, porque no resulta en principio nada espectacular para el lector. Ahora bien, creo que cuando se consigue es lo más grande. En esos poemas juega un papel fundamental la ternura, material como he dicho peligrosísimo, que hay que saber dosificar; la cursilería siempre está ahí, amenazando. Yo suelo utilizar los finales mates, o irónicos, o anticlimáticos para rebajar la carga sentimental. Pero no siempre, a veces me dejo llevar. Por qué no, sólo soy un ser humano, débil, con grietas...

S.O. Encuentro en tus poemas observaciones y reflexiones continuas acerca de la ciudad, de cierta condición urbana que enmarca distintas situaciones de vida. ¿En qué medida se relaciona el entorno, tu contexto, con tus poemas?

K.I. Bueno, creo que soy uno de los poetas más decididamente urbanos de la literatura española, o en español. En eso soy de los primeros de la clase. No seré yo quien añore las verdes praderas. A mí dame bares, cafeterías, avenidas, la pequeña épica de una vieja cruzando un semáforo bajo la tormenta, la soledad de la madrugada, aquella ventana encendida en el piso dieciséis... Dame la luna clavada –como una piruleta– en una antena de televisión. Dame ese fragor de vida, ese pulso, esa tensión de la hora punta. Dame la melancolía del último autobús. La poesía de la violencia, la lírica de las calles, que dijo Raymond Chandler. La ciudad es mi vida. De ahí que mi poesía pueda verse como un recorrido sentimental por las calles (también por las de la memoria) de una ciudad que es todas las ciudades, o eso quisiera.

S.O. El poema “Ola de frío”, que aquí publicamos, abre tu último libro de igual nombre y es un buen ejemplo de esta forma de caminar la ciudad...

K.I. Es verdad. Y fíjate que el segundo poema se titula “Los zapatos”. Yo ando mucho, cruzo la ciudad casi todos los días. Y tomo nota, claro, levanto acta de lo que veo: una chica esperando el autobús, un gorrión peleándose con un pedazo de pan, dos viejos en una cafetería, un tren de cercanías, yo mismo reflejado en un escaparate, las hojas alfombrando un paseo, una ventana encendida en la madrugada, una pequeña ráfaga de viento que entra en la plaza y muere... Situaciones todas muy urbanas, muy cotidianas, a las que yo trato de extraer la poesía que llevan dentro, aunque no siempre, o pocas veces, lo consiga. Sí, es un libro en el que la mirada juega un papel fundamental. Casi podrían denunciarme por voyeur... Francisco Díaz de Castro, refiriéndose a ese libro, dice que soy un elegíaco de casta, y creo que tiene razón. A mí me gusta mucho la vida, como a todo el mundo, pero estoy en una edad en la que ella, la vida, empieza a ir por otro lado. Yo la veo pasar, y pienso: *Sé hacia dónde vas. Y que no quieras llevarme. No importa. Ya estuve allí.* Y sigo mi camino, mirando los aleros, esquivando los charcos y los paraguas, pensando en que no estaría mal otro cafecito. ■

Los Sueños

Lo fueron todo
y ya los ves
ahora,

abatidos por los días
iguales,

como pasquines en los charcos.

Vivir
se reduce
a esquivarlos.

Seguro que esta historia te suena

Al fondo de la barra
una mujer; una
mujer en principio
como tantas: que fuma,
bebe, ríe, charla, y se echa
la melena para atrás;
ya digo, como tantas.



Hasta que su
mirada se cruza acaso
con la tuya
—o a ti te lo parece—,
y por un breve
instante
el tiempo se detiene,
y esa mujer es única,
y todo cambia,
y todo puede pasar.



Todo.

También
—como sucede
casi siempre—
que no pase
absolutamente nada.

Ola de frío


Ola de frío en el País Vasco.
Dicen que viene de Siberia.
Y debe de ser cierto,
porque el aire corta.

Voy andando
hacia el bulevar. Abrigo largo,
bufanda, gorra, la nariz roja, la mirada
en el suelo, encogido hasta
los dedos de los pies.

Hasta luego, Baroja,
dice alguien por ahí.
Ni me planteo quién es.

La Ciudad

Para Abelardo Linares

Entro al taxi, me acomodo
junto a la ventanilla,
Felipe IV, 18, digo,
en marcha, dice, se cruza
un autobús, me río de mi
sonrisa en el cristal, veo
gente que viene y va, gente
que parece feliz y gente que parece
aburrida, caen las primeras gotas,
uno abre un paraguas, otro
entra a un bar, otro habla solo
y se ríe y me mira, lo miro,
lo archivo todo, arrecia
el chaparrón, un coche patrulla
parpadea en la distancia,
se forma un pequeño caos
bajo una marquesina, una pareja
corre y se refugia en un
portal... Es la ciudad —pienso—,
es la vida. Y me gusta. 
Setecientas cincuenta, por favor.

Novedades editoriales

Ciencias Sociales

Lugares de encuentro vacíos

Dean MacCannell
Melusina

El autor analiza las nuevas formas culturales que acompañan al turismo global, y sugiere la existencia en ciernes de una nueva fase de comunidad. Destacan los análisis sobre emblemas clásicos de la topografía del turismo como la Estatua de la Libertad, así como los «tours de canibales» y «el deseo de ser postmoderno» en donde desmantela algunos artificios del postmodernismo. 351 pags. / \$330.70 M.N.

Locura filosfal

Nigel Rodgers y Mel Thompson
Melusina

Este libro analiza los peligros de la filosofía a través de ocho filósofos de talla gigantesca: Rousseau, Schopenhauer, Nietzsche, Russell, Wittgenstein, Heidegger, Sartre y Foucault. Con un tono agudo y desenfadado, muestra cómo el propio comportamiento del filósofo —unas veces incorrecto, otras ciertamente lamentable, y en ocasiones absolutamente demencial—, guarda con demasiada frecuencia una estrecha relación con sus teorías. 286 pags. / \$300.64 M.N.

La representación política y el Congreso Mexicano

Ricardo Espinoza Toledo y Jiménez Ottalengo Regina
Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM

El propósito de los autores del presente libro es aportar un conjunto de elementos teóricos y empíricos que contribuyan a la comprensión de uno de los aspectos distintivos de la democracia moderna: la representación política. 148 pags.

Los archipiélagos: espacios, tiempos y mentalidades en América Latina

Marcos Cueva Peras
Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM

¿Cómo nos relacionamos los latinoamericanos con la Naturaleza, la ciudad, el juego y el mundo del consumo? Partiendo del trauma fundador de la Conquista y sus secuelas, Marcos Cueva Peras se propone en el texto responder a esa compleja pregunta. Para ello, distingue entre nuestras mentalidades y las ideologías que nos han sido impuestas desde hace mucho tiempo. 326 pags. / \$260 M.N.

La vida política del Sindicato de Trabajadores de la UNAM

Jorge Basurto
Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM

En los años setenta surgió una tendencia sindical independentista que se fue fortaleciendo a medida que se sumaban a ella nuevos organismos, desligados de las esferas gubernamentales. En esta corriente se inscribe el Sindicato de Trabajadores de la UNAM que, a su vez, ha experimentado transformaciones en cuanto a su combatividad.

A la caza de la realidad; la controversia sobre el realismo

Mario Bunge
Gedisa

A la caza de la realidad está escrito de manera clara y bien organizada. Es un trabajo de amplio alcance y analiza algunos de los problemas más fundamentales de metafísica, epistemología y filosofía de la ciencia. 456 pags. / \$550 M.N.

India Contemporánea. Entre la modernidad y la tradición

Amartya Sen
Gedisa

Un caleidoscopio de temas e ideas. La visión de Amartya Sen de una India pluralista y secular, que se destaca con tanta vivacidad en este libro, merece un respeto y una adhesión entusiastas. Sen escribe con amable y persuasiva aptitud, con rigor intelectual, y su pluma recorre la historia, la sociología, la cultura y la economía. 448 pags. / \$490 M.N.

Una historia de las lenguas y los nacionalismos

Xabier Zabaltza
Gedisa

Una historia de las lenguas y los nacionalismos es un canto a la tolerancia y a la convivencia entre las culturas, y el lector disfrutará con una mirada profunda y heterodoxa del hecho nacional.

Los medios bajo sospecha; ideología y poder en los medios de comunicación.

Robert Ferguson
Gedisa

Este libro, escrito por un pionero de los estudios culturales, es una defensa apasionada de la necesidad de seguir acercándose a los medios con una mirada crítica, con el acento puesto en las condiciones políticas, económicas y sociales que permiten su desarrollo dinámico y veloz.

Paradojas entre la promoción social y los servicios sociales

Antonio Rosa Palomero
Gedisa

El título de este texto quiere sintetizar la necesidad de universalizar las prestaciones sociales para poder garantizar una mejor promoción social y cultural desde los servicios públicos.

La construcción de itinerarios de inserción laboral

Xavier Ortel
Gedisa

Xavier Ortel aborda en este libro el interés de la educación social en reflexionar sobre estos cambios y plantea diferentes cuestiones relativas a como dar valor a la palabra del sujeto; como hacer posible una oferta educativa de inserción en las condiciones actuales del mercado; cómo situar la responsabilidad del sujeto o como transformar la queja en una oportunidad para el trabajo educativo.

De cuerpo y alma

Boris Cyrulnik
Gedisa

La felicidad nunca es completa. ¿Por qué, con tanta frecuencia, una oleada de felicidad provoca la angustia de perderla? Sin sufrimiento, ¿podríamos amar? Sin angustia y sin pérdida afectiva, ¿tendríamos necesidad de seguridad? El mundo sería insulso y tal vez no sentiríamos el gusto de vivir en él. Boris Cyrulnik. 248 pags. / \$210 M.N.

La inquietud al servicio de la educación

Equipo Norai
Gedisa

Este texto intenta profundizar en algunas de las cuestiones principales de la educación en el marco de la atención residencial: las relaciones teoría práctica, el vínculo educativo, las áreas de trabajo, los encuentros con otras disciplinas, la norma, el trabajo con las familias, el Proyecto Educativo Individualizado, el Proyecto Educativo de Centro... 120 pags. / \$135 M.N.

El Oficio del Antropólogo. Sentido y Libertad

Marc Augé
Gedisa

Este libro le permitirá acceder a la comprensión del mundo presente: según su convicción, "la antropología está especialmente bien equipada para afrontar las apariencias y las realidades de la época contemporánea, a condición sin embargo de que los antropólogos mantengan una idea clara sobre cuáles son los objetos, los envites y los métodos de su disciplina". 64 pags. / \$125 M.N.

Odio, Violencia Emancipación

Manuel Cruz (Coord)
Gedisa

Odio, violencia y emancipación son, sin duda, categorías heterogéneas, que remiten a esferas nitidamente diferenciadas de la vida humana. Así, la primera —el odio— ha tendido tradicionalmente a ser reclusa en

la esfera de lo privado, esto es, a ser considerada como un sentimiento estrictamente individual. 184 pags. / \$230 M.N.

Una verdad incómoda; la crisis planetaria del calentamiento global y cómo afrontarla

Al Gore
Gedisa

Este libro muestra lo que está pasando, cuáles son las consecuencias, múltiples y sobrecogedoras, de la emisión indiscriminada de gases de efecto invernadero a la atmósfera, de la destrucción de las masas forestales, de la contaminación insostenible de las aguas continentales y oceánicas. 328 pags. / \$350 M.N.

Comprender la comunicación

Antonio Pasqual
Gedisa

En un célebre título mcluhaniano de 1964, se nos instaba a "comprender los medios", un ejercicio útil y esclarecedor si de lo que se trataba era de medir su impacto sobre el mensaje o adquirir destrezas de uso". 312 pags. / \$330 M.N.

La Idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial

Walter D. Mignolo
Gedisa

En este brillante manifiesto geopolítico, Walter Mignolo retoma la idea de «latinidad» y emprende un seguimiento del concepto desde su nacimiento en una Europa en la que Francia era la potencia dominante hasta la actualidad, pasando por la apropiación que de él hizo la élite criolla de América del Sur y el Caribe hispano en la segunda mitad del siglo XIX. 224 pags. / \$350 M.N.

Las Leyes de la Simplicidad... Diseño, Tecnología, Negocios, Vida.

John Maeda
Gedisa

"La simplicidad consiste en sustraer lo que es obvio y añadir lo específico". Sea usted bienvenido a esta experiencia creativa. "Las leyes de la simplicidad es una guía clara y penetrante para hacer de la simplicidad la característica primordial de nuestros productos; pero también un mapa de carreteras para construir un mundo con más sentido". 110 pags. / \$135 M.N.

Memoria y Conocimiento

Tomás Maldonado
Gedisa

Este libro recoge las aportaciones de los pensadores que en el pasado han indagado en la naturaleza (y la función) de la memoria, sobre todo aquellas que hoy en día son fundamentales en los programas de investigación científica sobre los mecanismos del recuerdo y del olvido. 312 pags. / \$490 M.N.

Terapia Cognitiva para la Superación de Retos

Beck Judith S.
Gedisa

Judith S. Beck profundiza en los hallazgos de trabajos anteriores para ayudar a los terapeutas a aprender a reconocer y resolver problemas que van, desde errores clínicos comunes, hasta dificultades complejas que puede conllevar el tratamiento. 384 pags. / \$590 M.N.

Derecho, Moral y Política I

Carlos S. Nino
Gedisa

Carlos S. Nino fue un hombre de amplio espectro; escribió sobre derecho, filosofía, política y ética, viviéndolos todos. Fue, quizá, el mejor filósofo de derecho que Latinoamérica ha producido jamás. 272 pags. / \$260 M.N.

Derecho, Moral y Política II

Carlos S. Nino
Gedisa

Los dos volúmenes sobre derecho, moral y política reúnen los escritos más filosóficos de Carlos S. Nino y contienen prácticamente todas las etapas de la evolución de sus sistemas de pensamiento, desde sus inicios en la década de 1960 (...). 240 pags. / \$260 M.N.

Introducción a la cultura japonesa

Hisayasy Nakagawa
Melusina

El autor, profesor emérito de la universidad de Kioto, nos muestra los aspectos más destacados de su cultura a partir de una «doble iluminación»: la que le es propia a la civilización japonesa en cuanto fenómeno secular y la que, paradójicamente, arroja Occidente —y, en particular, Francia— sobre el país del sol naciente desde el primer contacto en el siglo XIX. 141 pags. / \$150.94 M.N.

Ensayo

Flor de farola

José Antonio Millán
Melusina

En el entorno urbano hallamos mensajes misteriosos fuera del control de los medios de comunicación. Estos artefactos «semióticos» muestran una irreducible independencia en su contenido y plasmación: formato, ortografía, transmisión... ¿De dónde provienen? ¿A quién debemos su autoría? ¿Qué significan? Una visión insólita, tierna y muy divertida en torno a los mensajes anónimos que uno encuentra en la ciudad. 189 pags. / \$150.32 M.N.

El perdedor radical

Hans Magnus Enzensberger
Anagrama

En este breve y contundente ensayo, Enzensberger establece los puntos comunes que caracterizan al loco violento, capaz de tomar un colegio y disparar indiscriminadamente a su alrededor, y a los terroristas de signo islámico. 72 pags. / \$142.68 M.N.

Sexo y amor

Francesco Albertoni
Gedisa

El autor italiano prosigue en su intento de explicar los mecanismos primordiales que guían nuestros comportamientos con una mirada lúcida y perspicaz sobre la amplia gama de experiencias sexuales y amorosas. 368 pags. / \$270 M.N.

Mujer Deseada, Mujer Deseante. Las Mujeres

Construyen su Sexualidad

Danièle Flaumenbaum
Gedisa

Escrito por una ginecóloga convertida en psicoterapeuta, este ensayo. Muestra el camino que aún se ha de recorrer para ser una mujer liberada, no solamente en la vida social, sino también en la vida privada. 224 pags. / \$195 M.N.

Ius Migrandi

Ermano Vitate
Melusina

A pesar de la manipulación más o menos sutil o descarada de los medios de comunicación, el trato reservado a los presos "talibanes" deportados a la base estadounidense de Guantánamo representa una especie de Auschwitz en miniatura (...). 286 pags. / 181.13 M.N.

Literatura

Recortes de mi vida

Augusten Burroughs
Anagrama

Hijo de una aspirante a poeta completamente inmersa en sí misma y de un profesor universitario frío y distante y con un lado oculto más oscuro que el de la luna, Augusten Burroughs ve cómo su mundo estalla a los doce años. Sus padres se separan porque la madre se enamora de otra mujer, y el niño acabará viviendo en la casa del doctor Finch, el muy peculiar psiquiatra de la narcicista señora Burroughs. 320 pags. / \$286.22

Rex

Jose Manuel Prieto
Anagrama

Rex es una novela que deparará más de una sorpresa al lector. El epígrafe del obispo Berkeley, "Las cosas son tal como se perciben", es el primer indicio de que este libro no es lo que aparenta ser. Construido como un evanescente juego de espejos, su trama podría perfectamente ser la de un thriller: gracias a sus amplios conocimientos de la lengua rusa, un joven se coloca como maestro privado en la casa de unos archimillonarios rusos en la Costa del Sol, cerca de Marbella. 240 pags. / \$256.09 M.N.

Historia de un amor maravilloso

Carl-Johan Vallgren
Anagrama

Una tormentosa noche de 1813, en un rico burdel de Königsberg, dos niños vienen al mundo gracias a la ayuda del doctor Götz, un médico que asiste a dos prostitutas en el momento del parto. 416 pags. / \$301.28 M.N.

Nelson Mandela

Jack Lang
Anagrama

En cinco actos y con dieciséis páginas de fotografías, Jack Lang dibuja la biografía de un hombre que desde hace años se ha convertido en un mito. 240 pags. / \$271.15 M.N.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
EL COLEGIO DE SINALOA
SIGLO VEINTIUNO EDITORES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA
EL COLEGIO DE SINALOA
SIGLO VEINTIUNO EDITORES

QUINTO PREMIO INTERNACIONAL DE NARRATIVA

QUINTO PREMIO INTERNACIONAL DE ENSAYO

consulte las bases en
www.sigloxxieditores.com.mx; www.publicaciones.unam.mx; www.uasnet.mx; www.elcolegiodesinaloa.com

El imperio

Ryszard Kapuscinski
Anagrama

Ryszard Kapuscinski realizó entre 1989 y 1991 un largo viaje por los vastos territorios de la Unión Soviética. En esos años decisivos, cuando el imperio presentaba ya síntomas de derrumbe, este implacable cronista de su siglo visitó quince repúblicas y habló con cientos de ciudadanos acerca de las extraordinarias experiencias que les había tocado en suerte vivir, y el terror del cual estaban saliendo. (...) 360 pags. / \$142.68 M.N.

La universidad desconocida

Roberto Bolaño
Anagrama

“Creo que en la formación de todo escritor —afirmó Bolaño— hay una universidad desconocida que guía sus pasos, la cual, evidentemente, no tiene sede fija, es una universidad móvil, pero común a todos”. 42 pags. / \$301.28 M.N.

El secreto del mal

Roberto Bolaño
Anagrama

Este volumen viene a ser la armadura inevitablemente incompleta del que iba a ser el cuarto libro de relatos de Roberto Bolaño. Las piezas y esbozos narrativos aquí reunidos tienen por base un archivo de texto muy tardío, en el que Bolaño trabajó hasta poco antes de su muerte. (...) \$240.30 M.N.

Juan Manuel de Prada

El séptimo velo
Seix Barral

Tras la muerte de su madre, a Julio le es revelado un secreto familiar oculto durante medio siglo. Obsesionado por este descubrimiento, inicia una pesquisa que lo obligará a desempolvar episodios oscuros de la Segunda Guerra Mundial (...) 648 pags. / \$322.07 M.N.

Antonio Muñoz Molina

Días de diario
Seix Barral

Del 10 de julio al 11 de noviembre de 2005. De Madrid a Nueva York. Días de diario es el relato de un fragmento de la vida de Antonio Muñoz Molina. Fechado en la época en que estaba escribiendo El viento de la Luna, este diario arroja luz sobre el proceso de gestación y redacción de la novela, a la vez que, con una llamativa humildad, nos regala un esbozo de cotidianidad. (...) 84 pags. / \$240.30 M.N.

Líbranos del bien

Donna León
Seix Barral

Tres carabinieri irrumpen en el apartamento de un pediatra, lo atacan y se llevan a su hijo de dieciocho meses. ¿Qué ha motivado un ataque tan violento por parte de las fuerzas del orden? Cuando el comisario Brunetti es convocado al hospital en que ingresa la víctima del cruel asalto, deberá enfrentarse a más preguntas que respuestas. (...) 320 pags. / \$232.19 M.N.

Greta

Jason Osoro
Seix Barral

La muerte de su madre deja a Oscar anclado en el pasado. Una vez liquidado el negocio familiar, un antiguo bazar, se aferra a la única presencia constante en su vida, un maniquí llamado Greta. 320 pags. / \$232.19 M.N.

Goodbye Columbus

Philip Roth
Seix Barral

Goodbye, Columbus obtuvo el National Book Award y proporcionó instantáneamente a Philip Roth una reputación de escritor explosivo en el ingenio, despiadado en la percepción y, al mismo tiempo, con un don especial para comprender a sus personajes, incluso a los que más se engañan a sí mismos. 192 pags. / \$224.70 M.N.

Temblo

Rosa Montero
Seix Barral

Agua Fría tiene doce años cuando es obligada a comenzar su aprendizaje para ser sacerdotisa del culto del Cristal. En un mundo desolado y en plena decadencia, deberá vivir su propia iniciación a la madurez, seguir su frágil intuición y transgredir la ley para iniciar un viaje desesperado en busca de su destino, que no es otro que sanar su mundo. 288 pags. / \$292.11 M.N.

La novela perdida de Lord Byron

John Crowley
Seix Barral

En una tormentosa noche de 1816, Mary Shelley y Lord Byron se enfrentaron al desafío de escribir la mejor historia de miedo. Como resultado, Mary Shelley creó a Frankenstein, mientras que Lord Byron cejó en su empeño y abandonó el relato, consolidando toda su producción literaria en una extraordinaria obra poética. Pero ¿y si lo hubiera terminado? (...) 472 pags. / \$322.07 M.N.

El oficial polaco

Alan Furst
Seix Barral

Septiembre de 1939. Cuando Varsovia está a punto de caer en manos de la Wehrmacht de Hitler, el capitán Alexander de Milja es reclutado por los servicios de Inteligencia de la recién formada Resistencia polaca. Su misión: transportar hasta lugar seguro las reservas de oro del Banco Nacional de Polonia, ocultas en un tren de refugiados. (...) 392 pags. / \$292.11 M.N.

La Cortesana

Sarah Dunant
Seix Barral

Escapando del saqueo de Roma en 1527, mientras en sus estómagos se agitan las joyas que han conseguido esconder, la cortesana Fiammetta y su compañero Bucino se dirigen a Venecia, una de las ciudades más importantes del mundo en el momento más poderoso de su historia. (...) 448 pags. / \$322.07 M.N.

EL Cid, Mátalo Tú (El Amor)

Manuel Hidalgo
Gedisa

El Cid narra, con temple de drama romántico, una apasionante historia de amor, la gesta épica de un caballero medieval en un territorio agitado por constantes luchas intestinas y, al hilo de todo ello, despliega un discurso sobre valores y contravalores antagónicos: el perdón y la venganza, la lealtad y la traición, el deseo y el deber, la conciencia individual y el poder. 160 pags. / \$180 M.N.

El dolor de amar

Nasio Juan David
Gedisa

Aliviar el dolor es, para Juan David Nasio, desprenderlo de lo real, transformarlo en símbolo. ¿Y qué significa transformar el dolor en símbolo para darle sentido? No significa en absoluto postular una interpretación de aquello que lo causa, intentar consolar al que lo sufre o alentarle a vivir su pena como una experiencia formadora que templará su carácter. 152 pags. / \$220 M.N.

Administración y Negocios

Casos de éxito en Liderazgo

Business Week
McGraw-Hill

Esta obra pertenece a la serie Power plays de Business Week. Sustentada por los grandes pensadores del mundo de los negocios y enfocada en tópicos esenciales para el éxito en los mercados competitivos, cada libro incluye casos reales, estrategias probadas y una mirada al pensamiento que ha hecho de Business Week, una autoridad en la materia. 2247 pags. / \$229 M.N.

Casos de éxito en Marketing

Business Week
McGraw-Hill

Esta obra pertenece a la serie Power plays de Business Week. Sustentada por los grandes pensadores del mundo de los negocios y enfocada en tópicos esenciales para el éxito en los mercados competitivos, cada libro incluye casos reales, estrategias probadas y una mirada al pensamiento que ha hecho de Business Week, una autoridad en la materia. 224 pags. / \$229 M.N.

Casos de éxito en estrategia

Business Week
McGraw-Hill

Esta obra pertenece a la serie Power plays de Business Week. Sustentada por los grandes pensadores del mundo de los negocios y enfocada en tópicos esenciales para el éxito en los mercados competitivos, cada libro incluye casos reales, estrategias probadas y una mirada al pensamiento que ha hecho de Business Week, una autoridad en la materia. 224 pags. / \$229 M.N.

El secreto del éxito de GE

William E. Rothschild
McGraw-Hill

Este libro no es una narración o la historia de una compañía, es un libro de liderazgo organizado que va a través de las múltiples lecciones derivadas de una gran compañía como GE y su código. (...) 288 pags. / \$239 M.N.

Guía detallada para crear presentaciones de negocios

Carole Matthews
McGraw-Hill

Una guía visual que resalta las habilidades de ejecutivos, especialistas de marketing y vendedores profesionales para crear presentaciones de negocios. Es la manera más rápida y fácil de realizar presentaciones usando Power Point, y los lectores aprenderán también como conceptualizar y preparar materiales de una gran variedad de recursos, adaptar las presentaciones a diferentes tipos de audiencias y situaciones incluyendo entregas a través de la web. 240 pags. / \$219 M.N.

La estrategia de la cucaracha

Craig Hovey
Gedisa

“Craig Hovey nos brinda una visión divertida y enriquecedora de la sociedad humana —y del mundo de los grandes negocios, en este caso— a través de los ojos de una cucaracha”. David George Gordon, autor de *The Compleat Cockroach*. Administración y Negocios / 176 pags. / \$160 M.N.

Llévame al trabajo. Más de 70 consejos para que las mujeres obtengamos reconocimiento profesional

Tory Jonson y Robyn Freedman
Gedisa

Este libro te da los consejos más prácticos y valiosos para conseguir exactamente lo que quieres y mereces en el trabajo. 274 pags. / \$210 M.N.

Cómo funcionan las marcas

Peter Cheverton
Gedisa

Una buena gestión de marcas es el camino para hacer que una marca trabaje a mayor rendimiento, consiga resultados adecuados y obtenga éxito. 192 pags. / \$120 M.N.

Ética, Economía y Empresa. La Dimensión Moral de la Economía

Ramón Alcoberto (Coord)
Gedisa

En un entorno cultural cada vez más receptivo a propuestas interdisciplinarias, el grupo constituye una original plataforma de debate entre economistas, ejecutivos de empresas y estudiosos de la filosofía moral que trabajan sobre la actividad económica y empresarial para construir puentes entre la ética y la economía, dos ámbitos que tradicionalmente han estado alejados pero cuya colaboración mutua resulta imprescindible en la perspectiva global de la empresa. 272 pags. / \$260 M.N.

Varios

Nuevas tendencias y nuevos desafíos de la migración internacional. Memorias del Seminario Permanente sobre Migración Internacional. Volumen II.

Manuel Ángel Castillo, Jorge Santibáñez (coordinadores)
El Colef, El Colson, Sociedad Mexicana de Demografía, Sin Fronteras

La movilidad espacial de carácter internacional es en este siglo un tema de punta; dadas las magnitudes alcanzadas, las repercusiones que provoca, la variedad de factores que involucra así como la complejidad que conlleva su abordaje, se ha proseguido con el Seminario Permanente sobre Migración Internacional, que se ha consolidado como un foro de intercambio de experiencias en la materia. Migración / 486 pags. / \$ 335.00 M.N.

El Vaticano y sus banqueros

John F. Pollard
Melusina

Basándose en fuentes hasta ahora no estudiadas, Pollard arroja nueva luz sobre el conflicto existente entre el compromiso del Vaticano con el capitalismo y la doctrina social de la Iglesia y también indaga en la delicada posición del papado durante la segunda guerra mundial y su inserción en el escenario resultante de este conflicto, conocido como la Guerra Fría. Religión / 315 pags. / \$330.70 M.N.

Los sicilianos

Gaetano Savatteri
Melusina

Respecto al resto de Italia, la cultura siciliana se expresa como realidad singular que aúna el fatalismo del conde de Lampedusa, los personajes enmascarados de Pirandello, el ojo clínico de Sciascia y la lucha épica de Giovanni Falcone contra la temida Cosa Nostra. Fatalismo, ensueño, poder, en Sicilia el mar, la historia y los hombres han forjado una sensibilidad única. Viajes / 288 pags. / \$300.64 M.N.

El siglo de la heroína

Tom Carnwath y Ian Smith
Melusina

Este libro pone a disposición del público general una fuente de información sobre la historia, la química, la farmacología y los aspectos médicos de una sustancia que surgió como milagro médico hace unos

100 años, y despertará sin duda el interés de quienes quieran participar en el debate contemporáneo sobre la actitud de la sociedad frente a las drogas. Medicina / 303 pags. / \$300.64 M.N.

Cuerpos sexuales

Anne Fausto-Sterling
Melusina

Un clásico en el estudio del origen de la identidad sexual y las políticas de género que plantea un cambio radical en nuestra forma de entender y estructurar la experiencia del ser humano. La autora nos anima a imaginar la existencia de más categorías sexuales, alejándonos del paradigma dualista prevaleciente hacia un panorama más coherente con la diversidad humana. Sexualidad y Políticas de género / 526 pags. / \$345.73 M.N.

Los signos. El médico y el arte de la lectura del cuerpo

Karin Johannisson
Melusina

Este libro pretende dejar constancia del relato acerca del cuerpo que se revela a través de los sentidos del médico. Trata de miradas y tocamientos, de la representación, entre mitos y fantasías culturales, de los modos en que el interior del cuerpo se manifiesta, pero también de una experiencia universal: el modo en que registramos e interpretamos al Otro. Ciencias Naturales / 319 pags. / \$312.66 M.N.

Estrategias de investigación cualitativa

Irene Vasilachis de Gialdino
Gedisa

En un momento en el que la investigación cualitativa se caracteriza por su rigor y flexibilidad, por su sistematicidad y creatividad, por su pluralismo metodológico y autorreflexión crítica, el objetivo de esta obra es evidenciar la seriedad de la tarea de la investigación cualitativa su exigencia, dedicación y compromiso ético. Investigación / 280 pags. / \$315 M.N.

Cultura Ram. Mutaciones de la cultura en la era de su distribución electrónica

José Luis Brea
Gedisa

Cultura_RAM quiere decir que la cultura mira ahora menos hacia el pasado (para asegurar su recuperabilidad, su transmisión) y más en cambio hacia el presente y la producción incondicionada del futuro. Cibercultura / 256 pags. / \$290 M.N.

La clave celeste

Leszek Kolakowski
Melusina

Escrito en 1957, La clave celeste es una colección de dieciocho relatos en los que el autor reinterpreta, con un derroche de ironía e ingenio, algunos de los pasajes bíblicos más conocidos del Antiguo Testamento, poniendo de manifiesto las locuras y flaquezas políticas, morales o existenciales presentes en cada una de las historias. Religión / 143 pags. / \$150.94 M.N.

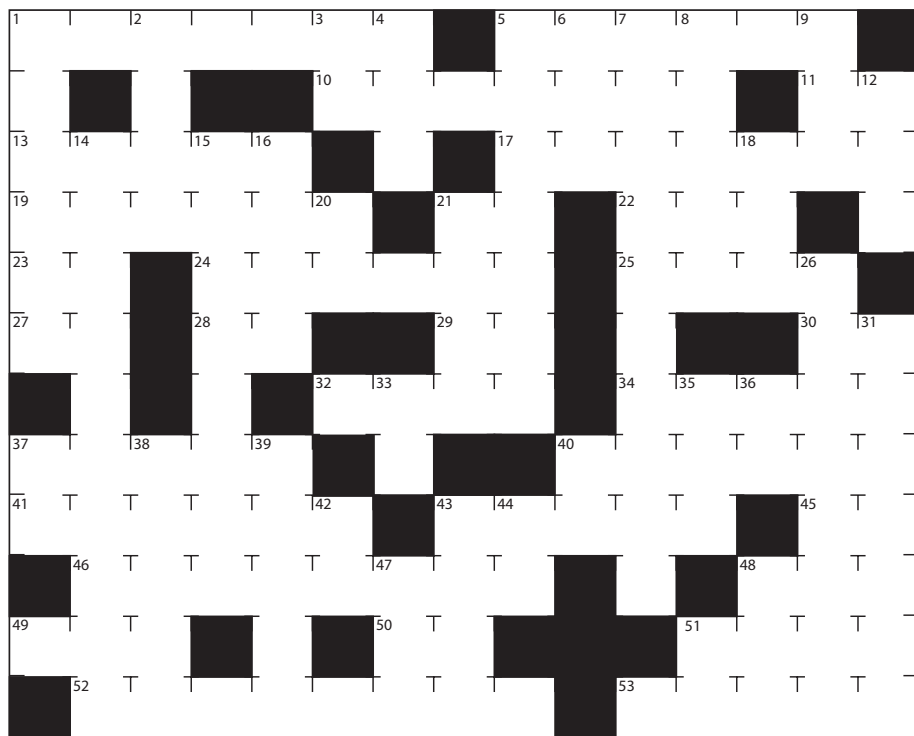
Interés general
Referencia profesional

Libre del abuso
La rebelión de pensar
Oscar de la Borbolla
La receta perfecta
Médico en tiempos de Jesús
Coaching soluciones
EL EMPAQUE VISIONARIO
LOS PRINCIPIOS DEL CENTURIÓN
LA MITAD OLVIDADA DEL CAMBIO

www.editorialpatria.com.mx
info@editorialpatria.com.mx

GRUPO EDITORIAL PATRIA

Crucigrama



Por óscar tagle, cruxigrama@hotmail.com

Horizontales

1. El nivel de desarrollo de un país puede medirse por el número y la calidad de _____ de sus habitantes.
5. El pintor de "La gran galaxia", "Mujer alcanzando la Luna" y "El bebedor feliz".
10. Desvergüenza desgobernadora de a 67 millones de pesos para este ardid del emporio televisivo para emboñar incautos.
11. Nota musical.
13. Sabinesiano: "Salen los poemas del _____

del alma".

17. Las bacterias pueden clasificarse, según su forma, en cocos, _____ y espirilos.
19. Ciudad de romance y tragedia shakespeariana.
21. Quinientos cincuenta romano.
22. Nombre de letra (pl.).
23. Consonante repetida.
24. Cocula: mariachi, _____ y tequila.
25. Canción de la Sonora Santanera (El).
27. Terminación verbal.
28. Las últimas de Matrix.
29. Prefijo de proximidad.

30. Rey del blues: ___ King.
32. "La española cuando _____".
34. Ridículo de mal gusto, recurre al cliché y a los lugares comunes; desconoce la poesía y se aferra a rimar "sonnetos".
37. Suceso imprevisto, casualidad.
40. Lo hace el personaje de Franka Potente en el filme de Tom Tykwer durante toda la cinta.
41. Pueblo manchego de simbolismo quijotesco.
43. Entre los favores pagados del calderonismo (quién sabe por qué servicios), estuvo apuntalar al _____ de Elba Esther Gordillo en la SEP.
45. Se usaba con adjetivos despectivos.
46. Alto funcionario de la Corte del Rey Arturo.
48. Batazo imparable.
49. Paso del tiempo: tic ____.
50. Unas gemelas.
51. Fiesta electrónica de Tlajomulco en la que se tundió con palos represores a adolescentes.
52. James Gandolfini, Edie Falco, Jamie- Lynn Sigler, Robert Iler (The).
53. Entre sus deidades estaban: Kinich Ahau, dios del Sol; Ah Puch, dios de la muerte; Ik, dios del viento; Kakupakat, dios de la guerra.

12. Palabra de chef al terminar el caldo: *consomate* _____.
14. Habitantes de estas tierras.
15. Personaje de Daniel Defoe.
16. Cuarzo lapídeo, translúcido y con franjas de colores.
18. Timothy Leary fue expulsado de Harvard por el grito en el cielo de padres escandalizados con sus experimentos a partir de _____.
20. Terminación verbal.
21. Tú en tus _____ y yo en mis noches.
26. Insistente ella.
31. Inconcebible la comida de los tapatíos sin estos.
33. Que ya no es.
35. Tres entre muros.
36. Dos iguales.
37. Las últimas de hábitat.
38. Nephualtitzin: _____ de origen prehispánico.
39. Premio devaluado del séptimo arte.
40. Cromo.
42. Nobel japonés de literatura: Kenzaburo ____.
43. Juego del personalista.
44. Un extraterrestre.
47. Vedet de época: ____ May.
48. Del haber.
51. Radio.

Solución del Crucigrama de Literatura Latinoamericana de TEDIUM VITAE Num. 04



Por óscar tagle, cruxigrama@hotmail.com

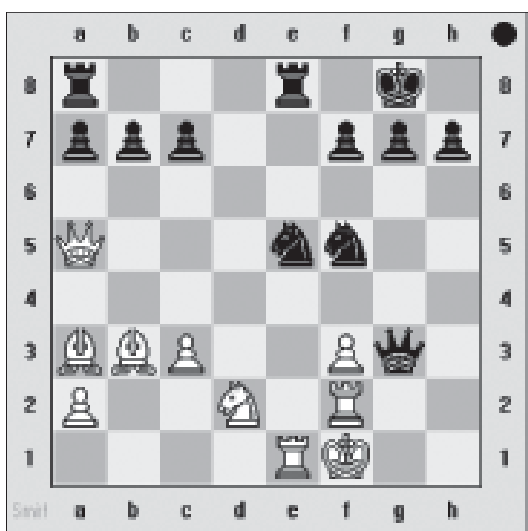
Verticales

1. La casa de Mona Lisa.
2. Actriz y cantante estadounidense que ha protagonizado innumerables cirugías.
3. Nota musical.
4. De esta forma.
5. "El pequeño mono me mira/quisiera decirme/algo que se le olvida".
6. En este lugar.
7. Princesa quijotesca que en realidad es Dorotea.
8. Borrachas las vocales.
9. Equipo tapatío campeón en el torneo 62-63.

Retos de ajedrez

Por A. Fiorentino

En el año de 1852, **Morphy** con negras da mate en 6 jugadas al blanco



L McConell vs Morphy, New Orleans, 1852

Actualice su rating:

Expertos.- 4min
Primera fuerza.- 10 min.
Intermedios.-30 min.
Principiantes.- una hora

Manda tu solución a nuestro correo: afoire7777@yahoo.com.mx

La solución del problema anterior es:
Blancas 1.- TXP jaq. ...RXT única jugada negra,
2.- D7R jaq., ... R1C única,
3.- D8A jaq.,R2T única,
4.- D7A mate.

los grilletes de óscar tagle

- /que su modus vivaldi era la música
- /no le han quitado ni una pluma a nuestro gallo de oro, responden los ruflo
- /la universidad autóctona de guadalajara
- /cantinero no hay cantina, se hace cantina al beber
- / los enólogos de la vagina se representarán en el tinto y blanco
- /"soy un pobre benedicto que habitó en la sacristía"
- / letras ni tan libres
- /¿de qué monero te olvidas?
- /anticortazarianos: se ostentan como cronopios, pero actúan como famas.
- /la insoportable levedad de fher o maná yo quiero saber de dónde son los farsantes.
- /que andaba como adulto con juguete sexual nuevo
- /tenía una forma muy amaderada de esculpir; al final, no tenía madera ni de escultor ni de funcionario cultural
- / no van a la fuente, pero se acuestan con su fuente
- /los viejos ilustran y las viejas enseñan
- /la chica de ipanema y el travesti de vallarta
- /yo soy yo y mi circunstancia; tú eres tú y tu abstinencia.
- /como dijo lorena ochoa: "golfa su abuela"
- /los videoastas rifaron una hermana para filmar su ópera prima
- /tanto tienes, tanto me vales
- /voy a apagar la luz para escribir en ti (con letra de semen fosforescente)



tegrafik

Impresión bajo demanda

El equilibrio entre la oferta y la demanda, hace la diferencia en costos.

La versatilidad para proporcionar un producto en el menor tiempo posible, permite llegar mas rápido al consumidor y con inversiones menores a las tradicionales.

- Gestión de inventarios
- Ediciones limitadas
 - Imprimes solo los que necesitas
 - con opción de Personalizar cada pieza
 - Revisiones o actualizaciones en línea
- Ciclos cortos de producción
- Alta velocidad de impresión
- Tecnología digital para libros y revistas
 - Color
 - Blanco y Negro
- Acabados
 - Hot-Mealt
 - Engrapado a Caballo
 - Barniz UV (brillante, mate y a registro)
- Impresión en variedad de papeles y sustratos



Calle 14 No. 2430, Zona Industrial, Guadalajara, Jalisco, México CP 44940, tel.: (33) 3134-3460
www.tegrafik.com

sando a
omo:
 $V_{ox} \hat{i} + V_{oy} \hat{j}$
 $V_o \cos \theta_o \hat{i} + V_o \sin \theta_o \hat{j} - 8.8 \hat{k}$
 $152 \cos 20^\circ \hat{i} + 152 \sin 20^\circ \hat{j} - 8.8 \hat{k}$
 $(152 \cos 20^\circ - 8.8) \hat{i} + (152 \sin 20^\circ) \hat{j}$ (1)
sición inicial e:
 $0 \hat{i} + 3 \hat{j}$ (2)

tambien $\frac{d}{dt}$
al
obteni

50 AÑOS

ITESO
Universidad Jesuita de Guadalajara

www.iteso.mx

